



E. PERIÉ

BIBLIOTECA
economica
de
Andalucia.

8

JOSÉ BĀLSAMO
CONDE DE CAGLIOSTRO

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE ANDALUCÍA

JOSÉ BÁLSAMO

CONDE DE CAGLIOSTRO

HISTORIA

DE ESTE CÉLEBRE PERSONAJE, ENTRESACADA DE
TODAS LAS RELACIONES, MEMORIAS, FOLLETOS
Y APUNTES DE SU PEREGRINA EXISTENCIA

POR

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ

Hay novelas qué parecen historias
en cambio de muchas historias que
pasan por novelas.

.

(F. Soulié.)

SEVILLA

EDUARDO PERIÉ, EDITOR

PLAZA DE SANTO TOMÁS 13

1871

INTRODUCCION.

Entre las difamaciones del gacetero Morand, los folletos en pró y en contra del gran maestro de la masonería egipcia en París, las memorias de sus contemporáneos, las declaraciones del proceso Rohan en el Parlamento francés, y la sentencia de la inquisición romana, que le encerró de por vida en la sombría fortaleza de Sant'Ángelo, José Bálsamo, conde de Cagliostro, coronel prusiano, médico, alquimista, magnetizador, médium, objeto de todas las atenciones curiosas, blanco de todas las conjeturas, oráculo de unos, fantasma de otros, profeta de estos, escándalo de aquellos, aquí tenido por un sémi-dios y allá conceptuado un innoble farsante, pasa por Italia, Inglaterra, Prusia, Rusia y Francia, marcando las huellas de sus pasos con multitud de aventuras, en que lo sobrenatural se mezcla á lo extraordinario, en que ya es adivino de jugadas de lotería, yá evoca á ilustres sombras en un céle-

VI

bre convite, ya salva de la muerte á un príncipe deshauciado, y entre opiniones que lo elevan á la apoteosis y dictámenes que lo rebajan á la esfera de los trapaceros y embaucadores, tiempo es de analizar esa vida extraña, esplicando las exaltaciones de sus apasionados y el odio de sus enemigos en las causas que produjeran esta diversidad de efectos; hoy que unos y otros han dicho cuanto podian decir en apoyo de sus loores ó vituperios con relacion á un personaje, en que hay demasiado mérito para el tipo de charlatan y hartas flaquezas para el rango de hombre superior, en paralelo con los reconocidos por tales en los fâstos de la familia humana:

Hombre singular en sus conocimientos, romancesco por carácter, ostentoso como un potentado, ávido de una reputacion insólita, votado á una propaganda, á la sazón peligrosísima, amigo del misterio y de sus escitantes prestigios, Cagliostro impresionó vivamente á los ánimos pre-dispuestos hácia lo maravilloso; alarmó las conciencias estrechas, que califican mal todo lo que no comprenden bien; sublevó á los intereses religiosos, políticos y sociales, que apercibieron en la sombra la tendencia de sus orientales ritos y las resultas de aquellas lójas en correspondencia activa; héroe de los espíritus despreocupados, fué tambien asombro de los tímidos; buscado con empeño por los amantes de la novedad, se hizo terrible para los elementos reaccionarios; fantástico y fascinador con los admitidos en sus se-

siones secretas ó á la intimidad de sus consultas, se convirtió en nigromántico para los crédulos, en agente de Satanás para los fanáticos y en redomado bribon para los recelosos. Extrangero, sin conocerse su oríjen, familia, títulos ni haberes, llevando una corona heráldica, usando un uniforme prusiano, prodigando el oro y aceptándole de quien se lo ofrecía, pareciendo unas veces hacer alarde de un prodijioso poder y buscar otras las nieblas de una oscuridad protectora, apelando á la magia de lo incierto y hasta de lo inverosímil en unas revelaciones y afectando después contrariedad de que circularan, dando margen á sátiras é invectivas, José Bálsamo presentaba un aspecto equívoco, tan propicio á los supuestos que podían encumbrarlo á una jerarquía fantasmagórica, como asequible á las miras hostiles de los adversarios, envidiosos ó mal avenidos con su fama y crédito. Simpático al pueblo, rechazado por la corte, acusado de una suposición infame en Prusia, reconocido por bienhechor de varios dolientes y menesterosos, asunto de anécdotas siniestras, cuentos rarísimos y diversos cálculos, complicado luego en una trama ruidosa como el robo de los diamantes de Bohæmer, las pretensiones galantes de Monseñor de Rohan, la intermision de la condesa de la Motte y la escena terrible en el Palacio Real entre Luis XVI y el gran limosnero de la corona, Cagliostro abandona á París, teatro de sus más brillantes empresas, y las pasiones diferentes que

VIII

habian escitado su conducta, sus relaciones, sus discursos, sus tareas públicas y sus trabajos secretos, estallan en explosiones entusiastas ó malévolas, desbordan en apolojías y libelos, se exhalan en confidencias, cartas y conversaciones, y crean esa atmósfera de encanto y de repulsion, en cuyo centro descubre su posteridad el nombre de ese italiano, figura entre viva luz y cruda sombra, que al par inicia el consorcio de las ciencias ocultas con la revolucion en feto, representa el extravío de la fé y la fé en los extravíos que caracterizan al siglo XVIII, y en las misteriosas iniciales L. P. D. (*lilia pédibus destrue*) adelanta el formidable amago de la subversion consternadora en que habian de purgar sus excesos los altos poderes del Estado en la vecina Francia.

Con este hombre particularísimo en su procedencia, educacion, costumbres, lenguaje, maneras y procedimientos, acontece que las ponderaciones del favor y del odio frustran los planes del afecto extremado y los propósitos de la sañuda malquerencia, porque ni su esplendor está exento de nubes, ni las nubes eclipsan su esplendor; provocando las biografías laudatorias y las reseñas envenenadas por la antipatía ó el encono, el vivo afan de un análisis detallado de todos los hechos que se refieren á tan singular personaje, para arrancar al poema las ficciones y los giros de fantasía en relacion á sus actos y arrebatarse á la infamia de ignominioso pílori su

memoria, inmoldada á vengativos furoros y prevenciones tenaces. Entre más de cien impresos que he consultado para este curioso libro no llegan á diez los que aspiran á restablecer el fuego de la verdad sobre los relatos novelescos y las declamaciones deprésivas al recuerdo de José Bálsamo, y en todos, no obstante, sobran datos y noticias para el juicio de este sér excepcional.

El empeño obstinado de los parciales y afectos al portentoso conde de Fénix por idealizar fuera de medida á su héroe llega hasta reflejar en su cabalística persona algo del misticismo tenebroso del sacerdote indio; de la ciencia recóndita del mago faraónico; del arcano profundo del hijo de Zoroastro; de la inspiracion del profeta hebreo; de la solemnidad terrible del druida; de la valerosa persistencia del agitador religioso político, como Huss, Arnaldo de Brescia y Wicleff. Unos pretenden que el discípulo de Althotas habia recibido de su maestro la receta alquimista que convertia en oro los metales, en piedras preciosas las vitrificaciones de materias químicas en fusion, y en el elíxir de vida la restauracion de la salud, el recobro de las gracias juveniles, el vigor del temperamento y la dilatacion del plazo que cuenta por término á la muerte. Otros ligan la mision de Cagliostro á los cultos recatados del antiguo Egipto; á los mitos persas, envueltos en un misterio impenetrable; á la comunidad cristiana primitiva, que de las iglesias orientales se implanta en los senos te-

X

nebrosos de las catacumbas de Roma; á las cruzadas, que precipitan monjes, guerreros y peregrinos, sobre Alejandría, Tolemaida y Jerusalem; á los templarios, que alían bajo fórmulas especiales el cristianismo práctico de Occidente y el rumbo apocalíptico de los ritos orientales; á los innovadores bohemios, moravos, germanos y suizos, declarados herejes por concilios y pontífices, y constantes en sus designios de remover los cimientos del sumo sacerdocio y de la autocracia política, ejes de la sociedad y polos morales del mundo. No falta quien sostenga que Bálamo por decreto providencial encontró en sus expediciones el eslabon que debia unir el saber antiguo con el moderno; iniciándose en muchos procedimientos, perdidos en la Babel de las revoluciones del viejo mundo y acreciendo con este grandioso hallazgo los vastos dominios de su inteligencia, triplemente cultivada por el estudio, los viajes y la comunicacion con los sábios de la mitad del universo. Algunos se esceden hasta colocar al conde en el escalafon de los hombres-astros, que con el fulgor de una luz suprema han alumbrado nuevos caminos en religion, política, ciencias, artes, industrias y mecanismos de colosal importancia.

Estos pujos de divinidad mitológica, estas alturas épicas y esos privilegios de la fortuna, más bien prestan armas á la maledicencia que contribuyen al relieve de Bálamo; porque sin tanta é injustificable prosopopeya, basta con lo

que consta de él por afectos y enemigos para que su historia no se confunda con la de tanto aventurero deslumbrador, como ha cruzado nuestros horizontes á guisa de luminoso y fugaz meteoro. Sacando á nuestro héroe de su papel, con ínfulas de enaltecimiento hiperbólico, se provocan las noticias que contradicen y anulan esa misión al través de remotas edades, esa jerarquía intermedia entre el Mesías y el apóstol. Entonces se alegan contra la sublimidad del rango las travesuras infantiles del inquieto José; la estafa del rico platero; la fuga de su patria; la despreocupacion conyugal que permitió á Lorenza Feliciani, su esposa, rivalizar en el corazon del hermoso Potemkin con la Czarina rusa; la explotacion de la vieja inglesa; la sustitucion de un niño, que motivó su salida precipitada de Alemania; sus relaciones con la Mothe; la señorita Oliva y Villette, reos en el proceso de Monseñor de Rohan; sus violentas disputas con el gacetero británico; sus retractaciones espontáneas en Roma; su reincidencia en la creacion de lójas en la metrópoli del catolicismo y las revelaciones, ingenuas ó forzadas, en la causa que le siguiera el Santo Oficio por franc-mason.

Por el contrario, los biógrafos de Cagliostro que rebuscan materiales para envilecer su nombre, degradar su persona, atribuir su crédito á la miope vista de la multitud, destituirlo de prendas, cualidades y circunstancias, suponerle

XII

un embustero y un farsante, y confinarlo al menosprecio, cuando no á la execracion de su posteridad, cometen una palmaria é indisculpable injusticia; porque abundan los datos que desmienten conceptos semejantes, viniendo á probar que José Bálsamo, si se fantaséa en la novela por Alejandro Dumas, se pinta en la historia con noble fidelidad por Julio de Saint-Félix, si menos que un Profeta, bastante más que un hombre comun y entre las especialidades raras.

En balde se pretende por los refractarios á la celebridad de Cagliostro torcer las naturales consecuencias de acontecimientos que relatan ellos mismos, si bien con el prurito de amenguar su efecto y la sensacion contemporánea con suponer artificios y amaños, como se ha hecho hasta con los milagros de Moisés y de Jesucristo. Cuando apenas era conocida la frenología de Gall, José Bálsamo hablaba de la cabeza humana de los ejipcios, emblema del alma, repartida en los órganos, como la fuerza en los músculos, conspirando á las divisiones del desarrollo y movimiento de la actividad humana. Todavía Mesmer no habia pasado de la aplicacion mecánica del magnetismo en ruidosas sesiones, y el siciliano influía en las sonámbulas, en clubs reservados y entre sus adeptos; haciendo pruebas reiteradas y triunfantes que la inquisicion calificó de artes diabólicas, tras de comprobar los casos. El espiritismo, que ha valido una inmensa nominación á Sport y á Hume recientemente, era fa-

miliar en sus últimos adelantos á nuestro héroe á fines del siglo anterior, y solo así esplicarán el banquete de los muertos, á que asistieran Voltaire, Diderot, d'Alambert y Montaigne, los que certifican esta escena, como pasada ante un círculo de ilustres vivos, sentados á la propia mesa y ante una comida opípara. La prestidijitacion de Macallister y la espectrolojía de Hermann, por más hábiles y sorprendentes que se crean, no hubiesen bastado entonces, como no bastarían ahora, á fundar la reputacion de José Bálsamo, que viniendo á París, después del admirable conde de San German, el de las múltiples existencias, necesitaba para distinguirse tanto de bastante más que juegos de destreza y fenómenos de física recreativa.

Me he propuesto escribir un libro sobre Cagliostro que compulse todos sus pasos con interés y atractivo, para fijar la cuestion con imparcialidad y franqueza; marcando su efectivo concepto con tacto y pulso. La mayoría del público le conoce por la libre pluma de los novelistas, por las apolojías calorosas ó en los libelos infamantes. Acepte estas humildes páginas con la voluntad afectuosa con que yo selas ofrezco y repasándolas con atenta reflexion, deduzca si hé procedido bien acometiendo esta empresa y si hé logrado llevarla á cima.

PARTE PRIMERA.

I.

Se cuenta del filósofo Pitágoras que para esforzar su doctrina de la *metempsícosis* ó transmigration de las almas de unos á otros de los tres reinos de la naturaleza, testificaba de sí, muy formal, que hacía memoria de haber sido lechuga hasta su introduccion en el estómago de un esclavo. Comenzad, si os atreveis, la historia de un hombre que recuerda haber sido lechuga, y que á otro esfuerzo de reminiscencia puede participar que fué lagarto en las ruinas de Ménfis, ó uno de los mosquitos de la tremenda plaga faraónica. El célebre conde de San German, el de las múltiples y sucesivas existencias, que tanto maravilló á los círculos aristócratas de París en tiempo del gran rey, solía referir sus aventuras de capitan rebelde en la Rochela, trás de su que-

ma en un auto de fé de Toledo como judaizante, y sus escándalos de cortesana en la Señoría de Venecia en la época del Dux Pietro de Malipieri. Emprended la biografía de un personaje que ha ido siendo sucesivamente dama libre, judío relapso y hereje batallador, y os mandarán enhoramala la mitad de vuestros lectores al primer conato de esplicacion de estas fases diversas de una propia vida. Si altos tribunales de justicia, como el Parlamento de París y el Santo Oficio de Roma, no hubieran hecho constar distinta y claramente la identidad personal de José Bálsamo con sus diferentes denominaciones de Alejandro, conde de Cagliostro, el conde de Fénix, el teniente Don Thiscio Napolitano, el coronel prusiano Cagliostro, el marqués Pellegrini, el marqués de Anna, y Acharat, criado en Medina y fruto de ilícitos amores entre el Gran Maestre de la orden de Malta y la Princesa de Trevisonda, ofrecería no pocas dificultades la empresa de escribir la historia de un hombre, á quien unos testigos aseguran haber oido la frase evangélica—«*Ego sum qui sum*,» otros declaran que les reveló haber estado en las bodas de Caná; vários convinieron en que se dió por antediluviano, y no falta quien diga que se proclamaba exento de la muerte por la virtud del supremo elíxir de la vida, último resultado de la famosa piedra filosofal ó ciencia de Hérmes, de que se decía depositario por revelacion del sábio Althotas, su imponderable maestro.

La fé de bautismo de José Bálsamo nos dá derecho á fijar su nacimiento en Palermo á 8 de Junio de 1743; siendo sus padres Pedro, modesto negociante, y Felicia Braconieri, y habiéndole servido de madrina una hermana de su madre, casada con José Cagliari, cambista de crédito en la pátria de Santa Rosalía. Apenas cumplido un lustro, nuestro héroe tuvo la desgracia de perder al autor de sus dias, quedando en una triste situacion la jóven viuda, por cuyo motivo sus tios maternos hubieron de encargarse de la educacion del niño huérfano, que yá mostraba una viveza y una travesura, tan graduadas á medida que adelantaba en edad que á los trece años fué preciso encerrarle en el Seminario de San Roque para comprimir sus aviesos instintos bajo la estrecha presion de la férula clerical. Lejos de plegarse á las costumbres severas y al ríjido método del seminario, José resistía la disciplina y osó hacer frente á la austera actitud del Rector y maestros, y dos veces huyó de aquella casa religiosa, y por último hubo que despedirle, deplorando que un chico tan dispuesto, especialmente para la caligrafía y ejercicios de memoria, se hiciera incompatible de todo punto con el orden y decoro del instituto eclesiástico de Palermo. Cagliari habló de abandonar á su rebelde sobrino; pero Catalina Braconieri entregó al seminarista expulso al Padre General de los Buenos Hermanos, quien se propuso domar al indócil muchacho en el convento de Calatagirona; hacién-

dole vestir el hábito de novicio, y agregándole al servicio de la botica, bajo la dirección del hermano Maffei, antiguo profesor de química, muy entendido en ciencias naturales y totalmente entregado al estudio experimental y á la práctica médica. El hermano Maffei tomó cariño á Bál-samo y por una coincidencia notable y de grande influjo en el porvenir del novicio de Calatagirona, este se acomodó desde luego á las lecciones y tareas del anciano religioso, y en cinco años que vivió el buen hermano, José aprendió muchos útiles secretos en el laboratorio, y no dió muestras de aversión á la existencia monástica.

II.

¿Hemos de creer todo lo que el mismo Bál-samo ha supuesto que aprendió en el laboratorio del hermano Maffei? ¿Supliría la enseñanza de este fraile químico cuanto pretende Cagliostro haber visto y practicado en el Oriente? ¿Perfeccionaría el griego Althotas, con sus conocimientos especiales, las nociones y experimentos del hermano farmacéutico de Calatagirona? Cuestiones son estas que resolvemos, conciliando perfectamente los elementos sólidos y las experiencias frecuentes de Sicilia con las revelaciones luminosas y el distinto rumbo de los procedimientos orienta-

les; y aquí encontramos la natural explicación de ese giro quiromántico y de ese misterio sibilítico del saber de nuestro hombre, que no es un charlatan, como le llaman sus enemigos, aunque le hayan servido sus raros méritos para mentir imposibles, como la alquimia, el rejuvenecimiento de los caducos y el licor de la inmortalidad.

A la muerte del hermano Maffei, el superior de la comunidad tomó á pecho la profesión del novicio-practicante, sacándole de la botica para someterlo á todos los rigores de la regla; pero el primer día de lectura en el refectorio, Bálsamo substituyó á los venerados nombres de santos y vírgenes los álias de los rufianes y los seudónimos de las meretrices, más conocidos entre la canalla de Palermo, y aquel escándalo fué castigado con largos días de reclusión á pan y agua. Comprimida su audacia por aquella reprensión, no tardó en triunfar la diabólica malicia del propósito de la enmienda, y hallando medio de introducirse en la cocina de los Buenos Hermanos sin ser visto, saturó la sopa de una dosis de polvos purgantes que produjo efectos activos en los religiosos, dependientes y pobres que acudían por las sobras de la humilde mesa del convento; recayendo las sospechas en el discípulo del hermano Maffei, que no confeso ni convicto, recibió sin embargo tres raciones de disciplina, bastantes á penar un conato de envenenamiento. José, persuadido de que á la tercera calaverada iba á reproducir la catástrofe del Apóstol San Bartolomé,

huyó del monasterio, refugiándose en casa de su tío, el cambista Cagliari.

Prévia solemne protesta de emprender un género de vida, conforme á los justos deseos de sus parientes, Bálsamo quedó admitido en casa de sus tíos; y entró en el taller de un reputado artista, dedicándose al dibujo con alguna asiduidad; pero las compañías aventureras extraviaron pronto sus aficiones, y concluyeron por retraerle del lápiz y de la tinta de China, no sin haberlos utilizado en falsificar billetes de espectáculos para él y sus camaradas. Una pendencia nocturna con los ministros de justicia por rescatar á cierto mala cabeza, conducido á la cárcel, obligó á la familia del turbulento José á mantenerlo oculto mientras se arreglaba el negocio á fuerza de influjos y á costa de sacrificios pecuniarios, y libre al fin de la acción de los tribunales, volvió á presentarse en la ciudad, prosiguiendo el curso de una existencia desordenada y tempestuosa. Mediador oficioso entre una prima suya y un cortejante de mala especie, fingió el papel de Mercurio con bastante destreza, poniendo á contribución el galán y comprometiendo á la damisela de tal suerte que vino á hacerse pública la intriga, con justa indignación de los Cagliari y descrédito del mozo, que así se prestaba á un oficio que Cervantes recomienda satíricamente ennoblecer por su utilidad en la república. Negado por su familia y comprendiendo ya que no había términos hábiles de composición con ella, entró de pa-

sante con un viejo escribano y algunos años despues de la ausencia forzosa del aprendiz de tabellion, fué descubierta la falsedad de un testamento á favor del marqués Mauricio por la lesion que producía á una obra piadosa, legal propietaria de los bienes que constituían la falsa herencia; habiendo en el proceso vehementes indicios contra Cagliostro, cuya letra fué declarada indubitable en el cotejo de los peritos. A esta persuasion añadía fuerza el lance de un religioso, que por intervencion de Bálsamo, y mediante una gratificacion crecida, obtuvo licencia para ausentarse de su convento, y perseguido por apóstata despues, presentó el permiso de sus superiores; reconociéndose falsificada la firma, imitado el sello, y modelado el documento por el tenor de algun otro que se tuvo á la vista para el caso.

III.

Como nos hemos propuesto en este curioso estudio de un personaje singular traer á cuento y sujetar al análisis de los lectores imparciales cuanto resulta de todos los diversos trabajos respectivos á Cagliostro, precedentes á nuestra reseña histórica, daremos en este capítulo una sumaria relacion de dos aventuras notables de su estancia en Palermo: la primera, inclusa en una

carta de noticias, ó justificación de vida y costumbres, como se llama en nuestro foro, reclamada por la Inquisición de Roma á los magistrados de la ciudad natal de nuestro héroe, y unida á la causa como antecedentes personales del procesado: la segunda, objeto de un ruidoso procedimiento criminal en la metrópoli siciliana, que precisó á José Bálsamo á huir de su patria, para evitar el riesgo de su vida ó serias complicaciones con los tribunales, hartos de miramientos con un mozo tan desmandado y audaz. No contaremos las anécdotas, sin advertir al juicio de los lectores que la una consta por declaración de dos testigos, que no se dan expresamente por presenciales del hecho que denuncian, mientras que la otra se encuentra plenamente justificada en un proceso, seguido por todos sus trámites, y que más tardese continuó con audiencia del culpable principal, transcurridos muchos años de la queja del agraviado en el hecho punible.

En varias ocasiones habia dicho Bálsamo en íntima franqueza con sus compañeros de disipación que el hermano Maffei era nigromántico, y que sospechoso por este concepto á la comunidad de Calatagirona, le habia legado por su muerte secretos de su arte mágica y el odio de los Buenos Hermanos del citado convento, que le obligó á abandonar aquella casa por conservar su vida, amenazada por continuos y siniestros planes. Estimulado con frecuencia á demostrar algo de lo que suponía aprendido del hermano Maffei en

punto á ciencias ocultas, siempre torció el giro del diálogo ó se excusó de ello con alegar que no debían tratarse ligeramente cosas tan graves; remitiendo á los incrédulos á una prueba súbita y satisfactoria, cuando menos lo esperasen y mejor pudiera contribuir á disipar su desconfianza y desvanecer sus dudas en este negocio. Una noche, reunidos en tertulia sus principales corifeos en casa de una dama de dudosa moralidad, se echó de menos á cierta jóven, que ordinariamente concurría á las veladas galantes de aquel círculo; empezando las conjeturas sobre los motivos que retrasaban ó impedían la venida de una persona, que prestaba su principal encanto á aquella asamblea de mujeres despreocupadas y de manebos disolutos. La dueña de la casa, chanceándose con Bálsamo acerca de su pretendida ciencia de sortilejos y adivinaciones, le invitó á revelar á los curiosos el paradero, ocupacion y estado de la ninfa en cuestion, y los circunstantes tomaron pié de esta broma para insistir con más teson que nunca en que el discípulo de Maffei se prestara á una inmediata prueba de sus diabólicas habilidades. José entonces se levanta con resolución imponente, y anunciando que vá á complacer á la sociedad, pero que exige impenetrable misterio sobre lo que vean en la operacion cabalística; traza un cuadro en la mesa; coloca un espejo en el trazado cuadro; pasa las manos repetidamente sobre la luna, y excita á mirar á los sobrecojidos espectadores que se agolpan con avidez,

retrocediendo algunos con asombro, y no pudiendo otros comprimir sus exclamaciones de sorpresa ó de agrado por el éxito portentoso de aquel conjuro. Todos vieron clara y distintamente (según el doble testimonio de la expresada *carta de justicia*) á la jóven ausente, en compañía de tres personas, jugando á los tres sietes en el gabinete de su casa y á la parte en el juego con cierto protector de su desamparada juventud, sujeto de posicion y de arraigo en Palermo, y conocido de toda la sociedad, testigo de aquella evocacion evidentemente improvisada. Hubo quien no fiándose del testimonio del espejo y autorizado por sus circunstancias á presentarse en casa de la damisela, fué con un pretesto especioso y volvió á la tertulia á testificar la exactitud de la vision nigromántica; dando este lance materia á todas las conversaciones, quizás por lo mismo que el jóven hechicero habia encomendado la reserva más profunda.

Pasemos á la aventura más comprobada y auténtica del platero Marano, que no solo decidió la fuga del revoltoso José por el ruido que produjo en toda Sicilia, sino que averiguada por el sarcástico y violento Morand, célebre redactor del *Correo de Europa* y enemigo acérrimo del conde de Cagliostro, tuvo una publicidad escandalosa en nuestro continente, exacerbando el encono de la víctima de aquel chasco, y dando lugar á persecuciones que impulsaran á Bálsamo á su último y funesto viaje á la capital del catolicismo.

Bien por las conversaciones de José respecto á las ciencias ocultas, que pretendía haber estudiado bajo la férula del hermano Maffei, bien por la reputacion tenebrosa que le valieran algunas indiscreciones de los testigos del relatado conjuro, ya por aquello que dice un adagio español de que la fortuna de un loco es dar con otro, es lo cierto que un artífice palermitano, Marano de apellido, de buena fortuna pero de codiciosa índole, prestó fé á los conocimientos mágicos del ex-novicio de Calatagirona, y comenzó á asediarle con formal empeño de utilizar las artes adivinatorias en provecho de su avaricia. No se necesitaba de tanto para despertar el espíritu emprendedor y la genialidad burlesca de nuestro personaje, y apercibido de los intentos de Marano, y de los vehementes impulsos que cegaban con la venda de un fabuloso interés su ordinaria mezquindad, disimuló maestramente que penetraba los móviles de aquellas insistentes consultas, y como escitado por la curiosidad indagadora del platero, le habló de tesoros ocultos, de cavernas ignoradas, de cuevas reales de Sésamo, que á costa de poco dinero, y con el auxilio de conjuros salomónicos y de sacrificios nefandos, podian abrirse á la posesion de los que arrostrarán algo por obtener magnífica recompensa de sus atrevidas operaciones. No pudiendo resistir la hidrópica sed de riquezas, y el ánsia de penetrar en los arcanos babilónicos, el seducido artífice propuso resueltamente alex-seminarista de San Roque, una aso-

ciacion explotadora de tesoros recónditos; exigiendo el concurso de la industria del discípulo de Maffei y brindando el capital necesario para tan árdua y lucrativa empresa. Lejos de ceder á la proposicion cuando se la hubo formulado el avaro platero en el colmo de su vertiginoso afan, trató José de disuadirlo de su temeraria resolucion representándole vivamente los riesgos de ser observados y sorprendidos quizás en flagrante delito de hechicería; confesándole que no en todas ocasiones surtian las fórmulas cabalísticas sus ordinarios y apetecidos efectos; manifestándose instintivamente fosco á los bienes materiales y con marcada preferencia á la comunicacion con el mundo de los espíritus, y dejando comprender al ambicioso Marano que habia peligros extraños y terribles en el empeño de arrancar al pasado sus revelaciones y de explorar las riquezas, sepultadas en las entrañas de la tierra por la mano del hombre, en las revoluciones de los pueblos ó en las subversiones de las razas. Más enardecido por la resistencia de Bálsamo á secundar su tiránico y esclusivo pensamiento, Marano rogó, hizo promesas, adelantó diez onzas de oro, y recabó en fin palabra de honor de nuestro taimado personaje de consagrarse inmediatamente y sin trégua á los conjuros y ceremonias, conducentes al ya comun designio; quedando preso en las redes de la trapacería del picaresco doncel, que corrió á publicar entre sus camaradas el chistoso lance; quedando convenido entre todos el escarmiento

de la credulidad y la avaricia de un hombre, que no disfrutaba de simpatías en la capital del reino siciliano. De promesa en promesa y de contrariedad en contrariedad, ora remoto el plazo del mágico descubrimiento por inopinados óbices, ora cercano el suspirado instante de ver y palpar las ánforas rellenas de oro, las cajas de antiguos collares, cinturones, diademas, brazaletes, anillos, amuletos, estatuillas, sellos, frascos y preciosos dijes, y los estuches de rubíes, jacintos, esmeraldas, zafiros, topacios, sardix, cornelinas y granates, Bálsamo entretuvo al platero impaciente algunas semanas, sacándole hasta sesenta onzas, y por último, le descubrió que la gruta maravillosa existía á corta distancia de Palermo, donde irían pronto, en el sombrío silencio de la noche, á los ritos indios que debían franquear el acceso á los codiciados tesoros. En efecto el nigromántico y su víctima fueron á un descampado, próximo á la ciudad, entre las sombras de una oscura y medrosa noche; pero apenas encendida una hoguera y pronunciada la primera frase de la evocacion, una turba de diablos, armados de sendos garrotes, administró al espantado artífice paliza tan soberana que dejado por muerto fué recogido á la mañana siguiente y trasportado á su casa en una situacion deplorable.

IV.

Si algun mérito concurre en este compendio-
so relato de existencia tan original y peregrina
como la de Cagliostro es seguramente el método
en la exposicion correlativa de sus vários suce-
sos y peripecias, que falta en casi todas las rese-
ñas biográficas de tan escéntrico personaje, por
no haberse comprendido la manera de conciliar
lo cierto, lo constante y lo probado, en ese tejido
de extrañas aventuras, con lo falso, lo supuesto y
lo inverosímil, ya procedan las fábulas de impu-
taciones artificiosas, ya provengan de los conatos
de singularidad de nuestro héroe. El método de
nuestra relacion ha nacido así de las mismas di-
ficultades en combinar por su órden tanta diver-
sidad de especies en unas mismas fechas, y de tan
prolija combinacion ha resultado la necesidad de
unir antecedentes dispersos, separar hechos dis-
tintos y dedicar útiles advertencias á gran parte
de los episodios de accion tan rara como confusa
en ciertos interesantes pormenores. Desde la fu-
ga de Palermo hasta la aparicion en Nápoles de
nuestro hombre hay un período que se disputan
dos historias, y lo más notable del asunto es que
ambas se refieren á declaraciones del mismo Jo-
sé Bálsamo: la una ante los jueces de la inquisi-
cion romana y la otra en el proceso Rohan ante

el Parlamento de París, inclusa tambien, como dato biográfico, en la *Memoria justificativa* ó alegatos de sus defensores, de que trataremos en su respectivo lugar, y en relacion con la causa por robo de diamantes al joyero Bohæmer. Importa asimismo hacer presente, ya que estamos preparando la narracion consecutiva y fácil de los acontecimientos, que una y otra de las declaraciones excluyen la idea de haber importado Cagliostro de Egipto el rito particular que introdujo luego en la francmasonería; denunciando sus posteriores espontaneidades en Roma que hasta su ida á Lóndres no se habia iniciado en los misterios de las lójas del masonismo, con lo que dejamos prevenidas las infundadas versiones que derivan el rito nuevo de congregaciones místicas del Oriente.

V.

Expongamos el contexto de la declaracion de Bálsamo en el proceso de Roma en 1790; debiendo hacer notar que no cabia presion, recelo ni disimulo en esta parte de sus revelaciones al Santo Oficio, puesto que no tratándose de especie alguna de cargo que desvanecer ó destruir con amañadas esplicaciones, el reo. quedó completamente árbitro de contar lo que tuviera por conveniente de una época de su vida, no sujeta á la

jurisdiccion de aquel tribunal, ni afecta á los resultados del procedimiento, como lo corrobora la circunstancia de omitirse en este y en otros puntos de sus confidencias toda clase de informes, *cartas de noticias* y pruebas testificales.

Despues de la aventura traji-cómica del plate-ro Marano, José fué á Mesina, donde expresa que su inquieto espíritu se inflamó con la idea de recorrer los puertos del Asia, y aun de penetrar, á serle posible, en el interior de algunas ciudades, famosas por sus recuerdos, industrias ó singulares costumbres. En la factoría griega tuvo ocasion de ver y de tratar á un personaje, llamado Althotas, hombre de edad, pero fuerte; de complexion robusta; carácter enérgico; versado en idiomas y dialectos de las costas asiáticas y africanas; inteligente en metales y pedrería; conocedor de importantes procedimientos químicos; hábil en multitud de métodos de fabricacion y productos artificiales, que habia estudiado en comarcas remotas y de escaso comercio con nuestro continente; instruido en porcion de curiosas antigüedades de la India, del Egipto y de Grecia, de donde se decia natural; coleccionista infatigable de manuscritos y preciosidades artísticas, particularmente piedras grabadas, medallas y monedas; persona de irresistible atraccion por la franqueza y amenidad de su instructivo trato; relacionado con las primeras casas mercantiles de Italia y de Grecia y de venerable aspecto por su luenga y blanca barba, su traje oriental y

otras semejanzas de traza y maneras con los tipos bíblicos del Asia.

Althotas propuso al jóven siciliano asociarle á sus expediciones y tráficos por los puertos del Archipiélago, Bósforo y Mar índico, y Bálsamo aceptó el partido en el colmo de la alegría por ver realizada su ambicion de recorrerlejanos países; tratar gentes de otros hábitos que los de Europa, y estudiar vetustas y escitantes tradiciones de pueblos ilustres y civilizaciones insignes. En Alejandría se ocupó el viejo Althotas en montar una fábrica de telas de lino y algodón, imitando las manufacturas persianas y chinas de seda cruda é hilada, así en tejidos como en dibujos y colores, y en Ródas planteó talleres de metalería y quincalla; vendiendo á los directores de la especulacion várias recetas para baños de oro y plata de los objetos de cobre, laton y plomo; y descubriéndoles un nuevo sistema de labrar el vidrio para la pedrería falsa, como lo habia visto practicar en las ciudades de Bagdad y Bassora. Althotas pensó en dirigirse al Cairo, donde concurrían al bazar de joyeros en determinada época multitud de judíos, griegos y piratas malayos, tratantes en perlas, diamantes, perfumes, elíxires, yerbas y plantas medicinales, y particularidades de los industriosos pueblos de las razas amarilla y cobriza; pero antes fué á Malta, con objeto de ver á un amigo suyo, empleado en los arsenales de la religion militar de San Juan de Ródas, y habiendo tenido ocasion de ha-

blar con el Gran Maestre Pinto, de elaboraciones, mecanismos y orden de trabajos en los primeros pueblos fabriles y artefactores del viejo mundo, convino en tomar la direccion de una fábrica de espejos, superiores á los venecianos en calidad, y de menos costo por ciertas manipulaciones particularísimas en la masa de azogue. En compañía de Bálsamo pasó Althotas á San Juan de Acre y á Tolemaida, para deshacerse de un surtido cuantioso de joyería arábica y de labores de alquimia, y una vez realizadas las ventas y recogido su importe en cequíes y escudos, regresaron á Malta, donde el Gran Maestre, que era fanático por la ciencia hermética, declaró al anciano griego que lo adscribía á su laboratorio para eficaz auxilio de sus trabajos en las faenas de la piedra filosofal y en la confeccion del elixir de la vida. Tratado con todo género de consideraciones, pero retenido en la isla como un cautivo, y en la absoluta precision de consagrarse por entero á las especulaciones de la vana ciencia de Hérmes y al cuidado de los hornos de crisología y transmutaciones de las sustancias y espíritus, combinados segun las indicaciones vagas de la crisopeya, Althotas se contristó de manera que al año y medio de esta vida sedentaria y esclava en realidad, murió consumido y desfigurado, y entonces José pidió al Maestre Pinto que le permitiese regresar á Italia, haciéndolo en compañía de un caballero de la orden á quien fué encomendado hasta su arribo á Nápoles.

Bálsamo agrega en esta declaracion que trabó amistad con un príncipe extremadamente afecto á la química, con quién pasó una temporada, arreglándole el laboratorio en una hacienda de Sicilia, y que estuvo en Mesina, donde encontró á cierto abate de Palermo, hombre de vida airada, y uno de los que hicieron papel de demonio en la inícuca farsa del platero Marano. Con persona de tales antecedentes José emprendió segundo viaje á Nápoles, sufriendo un arresto de algunas horas en la aldea de *Pirro* por creérseles raptos de una muger, arrebatada violentamente á su familia; pero reconocido el yerro por la autoridad, se les permitió seguir libremente su camino hasta la capital antedicha. Allí se hubieron de separar los camaradas, y provisto Bálsamo de cartas de recomendacion y de señas de personajes distinguidos marchó á Roma, alojándose en la Fonda del Sol en la Rotonda.

Hasta aqui nos cumple llegar en el cotejo de las declaraciones diversas de nuestro héroe en las causas de Paris y de Roma, porque de aquí en adelante la ruta, los actos y los procederes de este hombre extraordinario se siguen con alguna regularidad, si bien no faltan cuestiones en ciertos incidentes, que zanjaremos tambien con ayuda de una crítica, ilustrada con todos los datos para formar juicio competente de la verdad ó al menos fijarse en lo más verosímil en cada punto dudoso ó enmarañado.

VI.

Cuando el conde de Cagliostro (José Bálsamo), preso en la sombría fortaleza de la Bastilla y complicado en el proceso contra Monseñor de Rohan, fué sometido á la alta jurisdiccion del Parlamento de justicia é interrogado sobre su pátria, familia, estado y demás personales condiciones, tuvo que ocultar sus efectivos y nada favorables antecedentes. Se propuso autorizar con sus manifestaciones en una causa de Estado las consejas que habia referido acerca de su nacimiento, origen, educacion, viajes y aventuras; conjeturando acertadamente que en un actuado de tal importancia y de tantas personas, en complicacion más ó menos directa con un Príncipe de la sangre, Cardenal, gran limosnero de la Corona y envuelto en las sospechas de un robo, con el conato de seduccion de la hermosa y altiva Maria Antonietta, ni habria tiempo ni interés en inquirir la certidumbre de los hechos, no pertinentes á la cuestion de actualidad. Creyó que la lectura pública de las declaraciones en un proceso, que debia escitar en tan alto grado la curiosidad y la atencion del impresionable París, atraería prestigio fantástico á su persona para la desdeñosa corte, la versátil aristocracia, la clase media y el pueblo, merced al arcano de la procedencia, á

lo remoto del país y á lo extravagante del destino que se atribuía el hijo de Pedro Bálsamo y Felicia Braconieri, y no solo detalló, más de lo que cumplía á un procesado, tales pormenores de su existencia, sino que permitió copiar íntegras sus revelaciones en la *Memoria justificativa* que presentaron sus defensores al tribunal, repartida profusamente, impresa en fólío, con una portada grabada en acero, con el retrato del supuesto conde; laudatorios epígrafes; pasajes de su mentida historia y signos heráldicos; atributos científicos y misteriosas cifras. Los abogados de Juana de Valois, condesa de la Mothe, antes amiga y despues acusadora formidable de Cagliostro en aquel voluminoso proceso, á falta de auténticos comprobantes contra la novela oriental, que Bálsamo se permitía contar á sus jueces, y sus defensores ponían en circulacion en la forma expresada, se desataron en invectivas, improperios y burlas contra un hombre á quien calificaron alternativamente de ignorante, impostor, descreído, hechicero, advenedizo, héroe de los simples y rey de los bribones, hasta compararlo con el famoso *Giuseppe Borri*, profeta y nigromante, que despues de várias correrías por Europa y de una ruidosa residencia en Strasburgo, abjuró en la inquisicion romana sus errores; confesó sus trapacerías; pidió clemencia para sus excesos y abusos, y murió desterrado en 1695.

Pasemos á la declaracion de Bálsamo en el proceso de París, dejándole explicarse libremente

y sin interrupciones, pues ya consta al lector lo que expuso luego en la causa de Roma sobre la propia materia, y en cuanto á las deducciones de esta conducta reservemos nuestro juicio hasta conocer perfectamente al personaje.

Cuando el conde de Cagliostro tuvo esa edad en que se fija el niño en su sér y en los objetos que le rodean, se encontró en Medina, con el nombre de Acharat; en el palacio de Mustí Salhaim, servido por tres eunucos; cuidado amorosamente por el venerable Althotas; visitado por el Mustí con grandes consideraciones, y ocupando un aislado pabellon en el vasto jardin del alcázar, protegido por altos tapiales y á la sombra de gigantes palmeras. Después Althotas entró en el desempeño celoso del encargo de Mentor con el Telémaco de Medina, y comenzó á instruirle en la religion cristiana, noticiándole que tenia por nombre Alejandro, y que era hijo de padres católicos y de suprema jerarquía. Era el ayo de Alejandro una eminencia en ciencias físicas y naturales, y no contento con enseñarle química y botánica, solía pasar con él temporadas en un caserío del Mustí, entretenido en coleccionar plantas y en hacer operaciones en un extenso y rico laboratorio; guardando el caserío veinte esclavos negros del opulento Salhaim, armados de largas espingardas y de sendas gumías. A los doce años sabia el niño las lenguas orientales, en que están escritas las grandes obras de las civilizaciones india, ejipcia, pérsica y arábica,

y algunos dialectos, derivados de la matriz árabe, particularmente la jerga franca, en que se entienden asiáticos y europeos en sus litorales respectivos y en sus traficciones y activo comercio. Althotas dispuso la partida, al paso de una numerosa carabana, que se dirigia á la ciudad santa de la Meca, y el Mustí, colmándolos de ricos presentes, y despidiéndolos en lucida cabalgata á buen trecho de Medina, se volvió triste y preocupado á la ciudad, mientras los huéspedes del pabellon continuaban su ruta, incorporados á los musulmanes peregrinos.

Al llegar á la Meca, Althotas se encaminó con su pupilo al palacio del Sheriff Alí-ben-Heroam, y despues de un rato de conferencia con este Príncipe en su gabinete, le presentó á Acharat, notando este la viva ternura con que le estrechó en sus brazos el potentado ismaelita, y las muchas lágrimas con que bañó su rostro al besarle en ambas mejillas con paternal efusion. Instalados los viajeros en la suntuosa morada del Sheriff, y en departamento interior y libre de exploraciones importunas, desde la primera noche durmió sobre una piel de tigre, rebozado en su alquicel de lana amarilla, desnudo el alfanje de empuñadura de plata, y á los piés del púbero Acharat, el corpulento eunuco etiope Helloim, adscrito al servicio y custodia de nuestro héroe por el gobernador de la Meca. Maestros, buscados entre los más competentes en la ciudad sagrada del mahometismo, enseñaron á

Acharat la historia de la raza de Ismael en todas sus múltiples divisiones en castas, familias, bandos y personalidades, desde que el Profeta redujo á creyentes á los idólatras de la Arabia, hasta las victorias de los turcos, en compensacion de las pérdidas sarracenas en la Europa y en el África. Matemáticos y astrólogos completaron esta ilustracion particular, vijilada de continuo por el anciano Althotas, que temia por la fé de su patrocinado en este roce y comunicacion continua con fakires y rabinos; pero que cedia á este trato con infieles por dar gusto á Alí-beu-Heroam, obstinado en hacer partícipe á su huésped de la sabiduría musulmana. Tres años pasaron en el palacio del Sheriff los que habian vivido otros doce en el alcázar del Mustí de Medina, y Althotas anunció nueva ausencia, que llenó de pesar al Príncipe y de sorpresa á Cagliostro; siendo precisa la separacion en obediencia á secretas instrucciones; exijiendo Alí que los viajeros aceptasen el regalo de su fiel eunuco; haciéndoles obsequios de inmenso valor; abrazando á Acharat con emocion profunda, y diciéndole entre sollozos:—«*Adios, hijo desventurado de la naturaleza.*»—Los excursionarios, en compañía del negro Heloim, se alejaron de la Meca; uniéndose á una carabana de hadjís, que cumplidos los trámites de la expedicion al sepulcro de Mahoma regresaban al Egipto.

En el imperio de los Faraones, y ya en edad y con elementos de aprender mucho en corto es-

pacio, Alejandro se entretuvo en rebuscar lo que restaba de aquellos magos, que segun las Sagradas Escrituras, rivalizaron con los prodijios de Moisés y Aaron, y en recojer los procedimientos médicos, quirománticos, astrológicos, artísticos, industriales y etnográficos de aquel pueblo, admirable en los míseros despojos de sus monumentos, como en los escasos vestigios de su saber. Allí asegura Acharat que visitó los templos, donde se dedican viejos ministros á la interpretacion de arcanos sublimes, depositados en pirámides y monólitos, y encerrados en esos geroglíficos, que si eran para el vulgo raros exornos de arquitectura, constituian caracteres sagrados de una estenografía tradicional, clave suprema de profundos misterios y cifra luminosa de las importantes conquistas de la intelijencia de una raza de sacerdotes, enteramente votada al cultivo de ciencias y artes, que hicieron al Egipto segunda cuna de la civilizacion del universo. Allí supone el patrocinado de Althotas, que entre doctores, derviches, fakires, santones, humildes fellahs, saltimbanquis y vagamundos, coleccionó multitud de conocimientos extraños y de una diversidad infinita; pero que desde los específicos más eficaces contra dolencias, tenidas generalmente por de imposible curacion, hasta la fascinacion de las serpientes por el canto acompasado y los balances del cuerpo, le proporcionaron una riqueza de elementos instructivos, útiles y curiosos, superiores á toda ponderacion en su núme-

ro, interés, aplicacion y resultados. Del Egipto fueron nuestros expedicionarios al imperio de Marruecos, y de allí á las rejiones de Arjel y Trípoli; pasando á Túnez, cuyo bey les hizo un recibimiento amigable, dándoles alojamiento en casa de su secretario particular. En Túnez murió el etiope Heloim de una fiebre pútrida pestilencial que se declaró epidémica, importada por un buque liornés, y antes de que cundiese el estrago por la ciudad y su circuito, Althotas y Acharat se embarcaron en un bergantin griego, que regresaba á la isla de Ródas; teniendo que sufrir á su arribo una ríjida cuarentena sanitaria. En Ródas aguardaron el anciano y el adolescente contestacion á unos pliegos, remitidos á Malta por conducto del comandante de una urca de transportes al servicio de la órden de San Juan, y no tardó la respuesta, con letras de cambio que se hicieron efectivas al punto; navegando con tiempo bonancible hácia Malta, donde fueron ellos solos dispensados de las prevenciones severas contra la temida infeccion.

Althotas condujo al mancebo al palacio del Gran Maestre, dejándole en un aposento reservado mientras iba á presentarse al gefe de la insigne órden hospitalaria y militar, y volvió á la media hora, transformado en sacerdote de la religion de San Juan de Ródas, para anunciar al asombrado *hijo de la naturaleza* (como le dijo en la Meca el Sheriff) que habia dado término el encargo de velar por su vida y servirle de pa-

dre, una vez seguro en aquella isla, y bajo la proteccion de quien le tocaba más de cerca. Vino á interrumpir esta conversacion el caballero de Aquino, de la ilustre familia de Caramánica, á cuya tutela confiaba el Maestre al jóven Alejandro, y le acompañó á la cámara del poderoso Pinto, superior de la sagrada milicia, quien le recibiera con los brazos abiertos, y análogas efusiones á las del viejo Alí-ben-Heroam. Informado con grandes muestras de interés de todo lo sucedido en tantos años al patrocinado de Althotas, el Gran Maestre confirmó lo que en Medina habia sabido acerca de su nacimiento el niño educado en casa del Mustí; protestando que si sus padres no podian reconocerle con orgullo por obstáculos insuperables, compensarian esta satisfaccion con ennoblecerlo á par de los más altos, y enriquecerle al nivel de los más favorecidos por la fortuna. Desde aquel dia Alejandro ocupó el primer lugar á la derecha del Gran Maestre en comidas, recepciones, fiestas y paseos, y los caballeros y personajes que visitaban la isla, cristianos, cismáticos ó infieles, trataban al jóven extranjero como á un hijo adoptivo de Pinto, por cuyo medio se obtenian gracias, dispensas, y toda especie de favores. Althotas, que desde el segundo dia de su llegada habia desaparecido á la vista de su discípulo, quien no se atrevia á preguntar por él en la especie de sombra nebulosa que le circundaba en su nueva situacion, regresó á Malta á los dos meses de su precipitada ausen-

cia, y abrazándolo con cariño, le manifestó que habia ido á Roma á un asunto de interés peculiar de Alejandro; y en efecto, el Gran Maestre, haciendo comparecer á su despacho á su protegido, le hizo entrega del título de Conde de Cagliostro, caducado por extincion de una antigua y esclarecida familia romana, y restablecido en su prez y singulares privilegios por la Sede Apostólica á favor de Alejandro de Medina, ahijado de Su Santidad.

Algunas veces, y en particulares conversaciones, el Maestre se informaba con ciertas muestras de curiosidad del Sheriff de la Meca por reiteradas preguntas á Cagliostro, y en más de una ocasion ponderó la peregrina belleza de su hija, princesa de Trevisonda; prohibiendo siempre al conde que fuese á aquel imperio, donde podria costarle la vida una imprudencia. A los diez meses del arribo á Malta, Althotas sucumbió á la intensidad de una pulmonía fulminante, y Alejandro se entristeció de tal suerte con tan dolorosa pérdida, que temeroso el Maestre Pinto de aquella preocupacion constante y sombría de su ánimo, determinó hacerle viajar por Italia, proveyéndole de fondos, y haciéndole acompañar hasta Nápoles por el caballero de Aquino, quien no dejó al conde sin hacerle entrega de unos pliegos voluminosos para presentarlos en Roma en la secretaría particular del Santo Padre, cuya comision llevó á nuestro héroe á la metrópoli del catolicismo, donde vamos á incorporarnos con él.

para la continuación de esta historia, que tiene mucho de novela en las complicaciones de su fingido y real argumento.

VII.

Ya en la soberbia ciudad de los Césares y de los Papas, Jose Bálsamo recurrió á las cartas comendatorias y á las útiles indicaciones de que en Nápoles se habia provisto; introduciéndose en la amistad del Baron de Brettevil, de otros considerados señores y graves Prelados, á cuyo amparo vivió algun tiempo, ocupándose en dibujos fantásticos á la tinta de China, que se rifaban á título de socorro decente á un caballero menesteroso, por más que esta clase de industria además de agotada en un país, frecuentado por tantos artistas, fuese de las más expuestas á retraer á los protectores por sus inherentes compromisos. Escrito estaba, como dicen solemnemente los mahometanos, que José no pudiese vivir en paz mucho tiempo, y el diablo, encargado de armarle una de sus celadas, le vino á deparar disputa y pendencia con cierto huésped de la fonda del Sol, de cuyas resultas le pusieron á la sombra en la cárcel de policía por haber herido á su contrincante en la cabeza, y si bien los influjos válidos de sujetos de suposición le devolvieron la libertad á poco más de los quince dias de su ar-

resto, la aventura le dañó infinitamente en el concepto de sus favorecedores y nuevos amigos, que recibíéndole con otro semblante y negándole despues algunas exigencias en su provecho, le pusieron en el caso de recurrir á otro género de especulaciones para garantía de sus medios de subsistencia en la capital de los Estados pontificios.

El discípulo del hermano boticario de Calatagirona se dedicó á las composiciones de laboratorio y el compañero del griego Althotas amplió las preparaciones químicas con objetos y nombres orientales que diesen estimacion á los productos. José inauguró con cautelosas precauciones, que aumentaban el efecto de títulos y usos de las drogas, la venta reservada del *vino egipcio*, para escitar temperamentos débiles ó agotados por el abuso de los placeres sensuales; del *agua del Serrallo*, para conservar ó adquirir la frescura, suavidad y coloracion de la tez femenina en los hermosos dias de una brillante y lozana juventud; del *óleo prodigioso* para restituir al cabello enfermo la brillantez del oro de Ofir ó el lustre del ébano, fortificando sus raices é imprimiendo á los renuevos de la cabellera ese brote en ondas suaves, que tanto acrecen el mérito de una cabeza de corte clásico ó de graciosos contornos; del *elíxir de Ménfis*, para infalible y radical remedio de vicios humorales, desarreglos interiores y causas ordinarias de esa esterilidad, que infamaba la ley de los hebreos,

que producía el divorcio en Esparta, y se consideraba en Roma como el castigo de una ofensa á los dioses, y de *pasta de Siria*, cuyo aroma, apenas perceptible y delicadísimo, lleva en sus efluvios el secreto de esa simpatía, que el materialismo oriental refiere á impresiones de los sentidos, independientes de espontáneos impulsos del alma; haciendo sierva de sus siervos á la que creemos señora de sus esclavos. Libertinos, viejos gastados y algunos hombres tiples, vinieron á pagar á peso de oro las botellas del *vino egipcio*, espendidas con cláusula de grande sijilo por el astuto siciliano. Las Frineas, Aspasia y Lais, las presumidas y las rebeldes al imperio de los años, buscaron en el agua de Cagliostro el Jordan de sus encantos marchitos, y en su aceite la reparacion de cabelleras más ó menos necesitadas de los auxilios del *óleo prodigioso*. Multitud de esposas, deshauciadas del placer ó del provecho de la maternidad, y de mugeres que por ella entendían conseguir ciertos propósitos, fueron á la fonda del Sol á avistarse con el jóven extranjero, á consultarle respecto á su estado y relativas aspiraciones, á informarse acerca del régimen que hacia eficaz el método de propinacion del *elíxir de Ménfis*, á interesar al amparo de las estériles en el logro de sus afanes con dádivas y pingües promesas, y á recoger la pócima fecundante, contenida en frascos de estructura particular, con etiquetas ovales y caracteres cúficos, que costaba sendos escudos,

como es de suponer de la truhanería de nuestro Dulcamara y del deseo, pasión, designio ó cálculo de las visitadoras de su recóndito y misterioso gabinete de consultas. Esa cáfila de hombres depravados y de mugeres impúdicas, libidinosos á par de crédulos, que en Atenas requerian encantos para forzar resistentes voluntades á los inmundos sacerdotes de la diosa Cotito, que en Roma compraban filtros amatorios y brevajes afrodisíacos á la infame Locusta, que en la edad media demandaban hechizos eróticos, y recetas mágicas para vencer las dificultades de sus caprichos á viejos rabinos ó á zíngaros miserables, y que aun en nuestros dias se hacen echar las cartas, encargan bebedizos, y se dejan saquear por zahoríes, adivinos y quirománticos, acudieron tambien á la Rotonda, más que para hacerse de las cajas de cedro, en que Bálsamo les brindaba su *pasta de Siria*, á inquirir si, además de aquel perfume de atracción simpática, se mezclaba el huésped de la fonda del Sol en prestar su ayuda al vicio, al crimen y á los frenesíes de antojos, elevados á pasiones, y enardecidos hasta la monstruosidad por el insidioso diablo de la lascivia.

La existencia del espendedor de específicos y del médico intruso en una capital, por más extensa y populosa que fuere, no puede prolongarse con fruto mas allá del tiempo de dar salida á sus drogas y producto á sus recetas; porque el empírico es ave de paso, y porque subleva á

la envidia, si adquiere algun crédito, ó suscita la difamacion, si no dan resultados sus pociones y métodos curativos. Satisfecho Bálsamo de sus ganancias en un período bien corto de aquella especialidad médico-química, pensó en correr las primeras ciudades de Italia con sus pócimas, sólidos, líquidos, extractos y espíritus, y cerrando definitivamente despacho y gabinete de consultas, se dedicó á ver^{la} á Roma como curioso, antes de despedirse de ella como industrial.

VIII.

El hombre propone y Dios dispone, establece un adagio español, reflejo de esa fé de nuestros padres, más sábia y poderosa que la vana ciencia de sus hijos; porque la una, haciéndolos creer lo movia á obrar con un fin seguro y por un rumbo determinado, al paso que la otra amontonando confusiones, guía por lo incierto hácia lo desconocido. José Bálsamo fué uno de tantos vivos y fehacientes testimonios de la verdad religiosa, moral y constante, contenida en el citado proverbio castellano, y cuando vagaba, distraido é indiferente, por los bárrios de la ciudad santa para los católicos occidentales, creyendo próxima la hora de evácuar su recinto, libre y audaz como penetrara en él, la Providencia guiaba sus pasos hácia la Trinidad de los peregrinos, donde

vivia el calderero Feliciani, padre de una Lorenza, destinada á Eva de aquel Adam palermitano, para union de sus nombres en una misma, aventurera, vária y curiosísima historia.

No creais por vuestra vida, lectoras sensibles, que voy á contaros una de esas patéticas é interesantes leyendas de amor, tan comunes cabalmente en la poética y apasionada Italia, que por nuestros amantes de Teruel, y por el Abelardo y la Heloisa de los franceses, nos presenta inseparables los simpáticos nombres de Rafael y la Fornarina, de Romeo y Julieta, de Tasso y Leonor, de Petrarca y Láura, de Paolo y Francesca, de Alfieri y la condesa de Albany. Ni José Bálsamo ni Lorenza Feliciani, á decir verdad, habian nacido para injerir los suyos en esa lista de nombres célebres en los fastos amorosos; ni su belleza física, delicadeza de sentimientos, ni su elevacion de alma, eran tales que los preindicasen á un rango subalterno, pero inmediato en la historia de las parejas memorables, como Báucis y Filemon, Píramo y Tisbe, Leandro y Eros. Lorenza era una muchacha del pueblo, bastante agradable de fisonomía; mediana estatura; vulgar educacion; espíritu limitado; dotada de gracejo natural; susceptible de lo bueno como de lo malo que se le influyera, y que pasó la vida entre resistir consejos perniciosos, obedecer á sugestiones malignas, ser cómplice de intrigas y manejos de su consorte y comprometerlo despues en revelaciones abrumadoras. Los

que no han visitado la egregia ciudad de Rómulo y de San Pedro, no conociendo el tipo vulgar romano, suelen creer exajeradas las descripciones de ese pueblo escepcional en belleza, distincion, lenguaje, actitudes, maneras y costumbres; porque no se fijan en la idea de que esto procede por necesidad lógica de la magnificencia, del esplendor, de la ostentacion, del trato selecto, de la familiaridad con lo majestuoso y lo sublime, del buen gusto en las tradiciones, y del instinto educado por las impresiones continuas de los encantos de la naturaleza, de la escelsitud suprema de la religion, de los alardes de la ciencia, de los prodigios de todas las artes, y de esa maravillosa armonía entre destinos siempre grandiosos al través de diversas civilizaciones. Hija del pueblo-rey, Lorenza Feliciani, muchacha oscura, nacida y educada en un taller y tienda de calderería, sitos en un barrio extremo de Roma, tenia esa expresion fisonómica, ese porte airoso, ese timbre de voz, esa locucion atractiva y esa elegancia en su misma negligencia, que ha hecho llamar *pueblo de diosas* á las romanas á perito de la competencia indisputable de Lord Byron. Así se explican ciertos triunfos de la condesa de Cagliostro en Prusia, en Madrid y en París; ciertos prestigios que le valieron sus gracias y atractivos en Lisboa, Lóndres y la capital de Francia; ciertos recursos de sus prendas y cualidades en España, Inglaterra é Italia. En cuanto á Bálsamo, no habia recibido de la naturaleza

esa especie de carta de recomendacion, que suministra un físico agradable, y que amplía un continente noble y de ingénua insinuacion en la benevolencia de los demás. Hombre de corta estatura, bilioso, cejijunto, ojos de un brillo fosforescente, pelo crespo, abultado de facciones, de traza descuidada y aire singularmente sospechoso por la penetracion y malicia que revelaban sus observaciones y actos, puede asegurarse que sin el papel de Profeta, la mágia de sér extraordinario por sus conocimientos y circunstancias, y el carácter de reformador de la francmasonería con las novedades y fórmulas del rito ejipciano, Cagliostro lo hubiera pasado mal, atendido á valer por sí exclusivamente como tantos otros, faltos de medios para abrirse camino con ayuda de originales expedientes y á fuerza de industriosas mañas. Concluyamos esta especie de retrato físico-moral de nuestro personage con exponer que gracias á su talento de revestir exterioridades peregrinas y de cobrar relieves fantásticos de criatura escepcional y exenta de reglas y usos comunes, pasaron en él por accidentes de su privativa condicion algunas cosas que habrian influido en su disfavor en gran manera, como su dura pronunciacion siciliana, mezclada de giros y vocablos de la jerga franca, penosa y confusa enunciacion y voz imperiosa y áspera.

No comenzaron las relaciones de José y Lorenza por esos encuentros, señaladas ocasiones y lances críticos, que parecen distinguir desde

su origen á las uniones, que han de hacer ruido en el mundo por sus consecuencias y su complicacion en notables sucesos. Bálsamo, en vez de representar el D. Juan Tenorio ó el Macías con la linda calderera, tomó el partido prosáico y expeditivo de entenderse con sus padres, como lo hubiera hecho un viejo baron enamorado ó un menestral decidido á tomar muger para mejor arreglo de su casa. Lorenza tenia dote, y una mejora en el testamento de un tio materno, capellan que fué en *Santa Maria della Scala*, y aunque en su estado podia pasar por conveniencia de cualquier honrado forjador, como su padre, para esposa de un caballero de las apariencias y de las ínfulas de Bálsamo le faltaban muchos quilates; y así fué recibida la proposicion del siciliano con una mezcla de júbilo y desconfianza, harto frecuentes en las familias humildes ante inesperadas y ventajosas situaciones. Nuestro héroe justificó sus títulos de soltero y su procedencia nativa con los documentos que hizo traer de su país; supo insinuarse en el ánimo sencillo de su futuro suegro; alhagó á su joven cuñado con perspectivas de fortuna y porvenir; deslumbró á la novia con sus obsequios, regalos y planes de risueña y plácida vida conyugal; se creó una atmósfera de estimacion y respeto entre los trabajadores y vecinos del maestro Feliciani, y sólo no pudo vencer una prevencion antipática, muda pero tenaz, latente pero vigilante: la de Magdalena Fierri, madre de Lorenza, que

puso por condicion á su consentimiento en la boda, la de vivir los esposos un año en la casa paterna. Consintió en dicha cláusula José, con alborozo de su nueva familia, y se celebraron los desposorios en la parroquia del *Salvatore in campo*; entrando el sócio de Althotas en legítima posesion de una jóven, graciosa y cándida, que pronto habia de convertir en instrumento de sus cábalas y especulaciones.

IX.

No se habia engañado Magdalena Fierri en sus recelos y prevenciones contra el marido de su hija Lorenza, educada con más devocion que moral religiosa y más recogida que resguardada, como sucede á las pobres jóvenes de la clase popular en el mediodia de Europa. Desde luego se impuso la madre en la sorpresa de su hija por ciertas burlas de Bálsamo sobre la idea del honor, la fidelidad conyugal, la fé de los juramentos y la respetabilidad de las familias irrepreensibles, que herian en lo más vivo cuanto la pobre niña tenia entendido y podia alcanzar respecto á estas bases de la sociedad cristiana. Tras de las burlas de principios tan respetables vinieron las inmorales anécdotas, los ejemplos escandalosos de la historia, las costumbres lúbricas ó galantes de ciertos pueblos, los cuentos picantes, las doctri-

mas depravadoras y las indicaciones cínicas, en que la prevision maternal columbró, odioso y siniestro, el plan de pervertir á Lorenza para arrastrarla á un camino de perdicion, premeditado y gradualmente propuesto en sus inícuos trámites por un esposo indigno. Más adelante reveló consternada á la inquieta Magdalena la muger de aquel hombre sin pudor que claramente le habia significado la necesidad de que abandonara trage, hábitos, pensamientos y orden de vida, para darse el aire, la compostura, el tono y las costumbres de una muger, exenta de ciertas preocupaciones; convenida con un consorte prudente y tolerante en ensanchar el horizonte del porvenir con cierto género de recatadas complacencias, y asociada á los proyectos de posicion y bienestar de su compañero de destino, con todos los incentivos de la coquetería, y los deslices útiles, velados lo más posible por el tacto y las reservas de las intrigas bien guiadas hasta su desenlace.

Práctica vergonzosa de estas exhortaciones disolutas, Bálsamo condujo cierta noche á Lorenza á una hostería, donde estaba aguardándolos un gallardo aventurero siciliano, que habia tomado el título de marqués de Agliata, quien despues de chanzas algo libres sobre la luna de miel de los nuevos esposos, hizo á la desconcertada cónyuge de su amigo y paisano una corte por demás porfiada y atrevida, sin que manifestara advertirlo José, activamente ocupado en los

preparativos de la cena y desentendiéndose de las repetidas llamadas de su muger, cansada de las importunidades de un asedio tan marcial y ejecutivo. Servida la cena, continuaron las solitudes y las audaces insinuaciones de Agliata, que tenían como en un potro de tormento á la jóven Feliciani, mientras que su marido, con la paz de un bienaventurado, comia, bebia, recomendaba ciertos manjares, servia salsas y especias á los *distraídos*, como solia decir á su muger y á su camarada, les llenaba las copas del dorado vino de Frascatti, y desempeñaba el papel de miope moral con un aplomo digno de la vena cómica de Moliere. Hacia el fin de la cena, y á pretexto de elegir entre los postres ciertas golosinas del gusto de su muger, salió Bálsamo de la habitacion, encargando juicio á los que abandonaba por algunos momentos, y Agliata redobló entonces sus instancias y osadías tan desmesuradamente que á impulsos de la indignacion y del despecho, levantóse Lorenza con tal expresion de enojo que el marqués prometió renunciar á su porfia; esforzándose en tranquilizarla, achacando sus transportes arrebatados al influjo del Frascatti, y rogándola que volviese á ocupar su asiento en la mesa, poniendo en olvido palabras y obras que exajeraba una susceptibilidad, hija de su inesperienza. Al regreso de Bálsamo portador de unas conservas de melocotones de Zara, se entabló un diálogo en dialecto siciliano entre los dos aventureros, en que Lorenza, perspicaz

como todas las hijas de Eva, á falta de entender las frases, penetró el concepto con tanta amargura como humillacion; comprendiendo que Agliata se quejaba de una virtud salvaje, que no se había cuidado de advertirle para que sirviera de norma á su proceder, y que José disculpaba el exabrupto pundonoroso de su costilla con la educacion plebeya, lo reciente de su matrimonio, y la táctica demasiado brusca y apremiante del galanteador para una primera entrevista. Concluyó la cena, y para colmo del sufrimiento de aquella pobre criatura, su marido la escitó á disculpar su conducta con el marqués; tratándola, entre festivo y amenazador, de mojigata, simple y asombradiza; prometiendo en su nombre que se curaria muy luego de esos espantos impropios de la gente de buena sociedad, y despidiéndose hasta otra próxima noche de Agliata, que besó la mano de la afligida muger, protestando que seria siempre su mejor amigo.

Ya en la calle, y libre de la presencia del aventurero, Lorenza se rebeló abiertamente contra las intenciones bajas y ruines de su esposo, y reuniendo todas las fuerzas de su exaltado espíritu declaró al que minaba su virtud debiendo velar por ella solícito, que nunca desmentiria con sus liviandades la enseñanza y el ejemplo de su familia y que entablaria el divorcio antes que consentir en la prostitucion asquerosa á que se creia fácil arrastrarla por la pendiente de un vil y abominable interés. Bálsamo adivinó en

aquella actitud y en aquellas palabras el influjo materno, fortificando con todos los recursos de la religion, de las buenas costumbres y del crédito en la sociedad, el ánimo débil é irresoluto, que se habia congratulado de quebrantar en sus propensiones naturales, inclinándolo á secundar dócilmente sus torcidas ideas y sus planes malignos. Disimuló no obstante por entonces, y quiso convencer á su esposa de que en el gran mundo, que ella no tenia motivo alguno de conocer todavia, pasaban lances como el que habia causado su cándida sorpresa y producía su estraña alteracion; lances que jugaban con donaire las damas de buen tono, ya cortando sin violencias ni escándalo la aventura que no entraba en sus miras, ya enredando la trama si les ofrecia ocasion conveniente á su interés, capricho ó mera curiosidad. Lorenza cortó las explicaciones prolijas y artificiosas de José, manifestando que preferia su rusticidad, como salvaguardia de su decoro, al lustre y á los goces de toda posicion, que se lograse con la ignominia ó que incluyese la abdicacion de la honra y de la pérdida de la buena fama, y el siciliano omitió nuevas reflexiones que agriaran la disputa; proponiéndose firmemente aislar á la víctima de su especulacion, sacándola cuanto antes del hogar paterno, y sustrayéndola al dominio de Magdalena, verdadero ángel custodio, en arma perenne contra Satanás y sus tentaciones. Una riña doméstica se suscita pronto y bien, parti-

cularmente cuando fermentan pasiones comprimidas que la menor palabra provoca á súbita y terrible explosion. Bálsamo tuvo la habilidad de hacerse insultar por su suegra de tal forma que Feliciani mismo le invitó á mudar de casa en el momento, y el matrimonio fué á ocupar un piso bajo en la plaza de España, logrando Cagliostro su designio.

X.

El bizarro, apuesto y ostentoso caballero siciliano, marqués de Agliata, era lo que en el lenguaje convencional de cárceles y presidios se llama *todo un pez*, y su secretario particular y mayordomo, Octavio Nicastro, natural de Messina, coronó en el patíbulo por delito de homicida aleve una existencia, enteramente votada al mal en todas esas esferas y gradaciones, que en balde se afanan los criminalistas por comprender las escalas penales de sus códigos, supliendo los vacíos con las circunstancias de atenuacion, y las agravantes, cuñas de una ensambladura dificultosa. Agliata á fuerza de lujo, prodigalidades y dispendios, hizo fijarse en su persona esa atencion del pueblo romano, tan distraida de continuo por la afluencia á la augusta ciudad de toda especie de extranjeros, y á poco de haberse detenido en el brillante marqués, descubrió esa aten-

cion, imprudentemente provocada, que habia allí demasiados alardes y se hacía demasiado ruido, para que título, fortuna, fáusto, esplendor y larguezas, proviniesen del nacimiento y la condicion, que no suelen revestirse de esa jactancia vocinglera, ni desplegar para abrirse paso esa suma de bulliciosas manifestaciones. De esta observacion fundamental á las suposiciones desfavorables habia un espacio, que franqueó muy pronto la malicia popular romana, y continuando las pesquisas y las conjeturas un curso rápido, aprovecharon indicios en los hábitos, relaciones y amistades del prócer forastero, viniendo á sacar en limpio que era un bribon cuando se rodeaba con tan evidente preferencia de hombres desconocidos ó desacreditados en la capital del orbe católico.

En el piso principal del nuevo domicilio de Bálsamo y de Lorenza, plaza de España, vivia el marqués, con su secretario y servidumbre, y á título de vecindad se presentó en el piso bajo, ofreciéndose á los esposos con una cordial franqueza, que parecia proponerse estrechar el trato; pero reparó la Feliciani que respecto á ella habia cambiado totalmente de sentimientos ó de intenciones, porque se mantuvo en una línea deferente, pero reservada, mientras que brindó á José, á fuer de paisano y de conocido, con cuantos elementos, influjos y proporciones, pudiesen contribuir á mejorar su precaria situacion.

Bálsamo remplazó al secretario particular,

Octavio Nicastro, enviado á diligencias perentorias por su noble y rico señor, y dos ó tres veces subió Lorenza, invitada con exquisita urbanidad á la mesa del marqués, en compañía de su marido; echando de ver una transformacion completa en Agliata, que mostrándose con ella atento en las ocasiones de procedente cortesía, no indicaba en un gesto, en una mirada furtiva, en una distraccion siquiera, remoto recuerdo de la escena en la hostería, donde estuvo tan impetuoso como emprendedor con la graciosa romana. Era Lorenza demasiado muger, en la acepcion vulgar de esta palabra, para que tal circunstancia no preocupara su viva imaginacion; porque ella hubiese querido señales de confusion por las reminiscencias de lo pasado; alguna que otra alusion disimulada á ciertos agravios, que se quisieran hacer perdonar á expensas de cualquier sacrificio; hasta un conato reprimido de reincidencia en el agrado de las gracias juveniles de una mujer fresca y linda. Para mayor causa de extrañeza, creyó traslucir la hija del calderero Feliciani en la circunspeccion y el tono amable del marqués, después de lo sucedido, algo de arrepentimiento de haber pensado en su conquista; algo de afan de borrar toda suerte de memorias á fuerza de atenciones y pruebas de una proteccion desinteresada. Esto hirió tan en lo vivo la vanidad de la señora Bálsamo, (que como sucede á várias, era coqueta sin saberlo ella misma) que no cabiendo en su interior aquel cúmu-

lo de reflexiones, previas algunas preparaciones oratorias, se las comunicó á su consorte, si bien riendo de aquellas niñerías, como de futilidades de una fantasía loca. José, encojiéndose de hombros desdeñosamente, replicó á su esposa que se habia exajerado mucho la chanza de la hostería, y que sus necedades de muchacha plebeya en aquella noche sirvieron de leccion al marqués, sobre los inconvenientes de andar entre zarzas quien podia caminar entre rosas, y por buena fortuna le proporcionaron á él un destino ventajoso, con el cual subsistía decorosamente. A las dos semanas de esta conversacion el secretario Nicastro regresó, evacuadas sus comisiones, y Bálsamo tuvo que partir precipitadamente á encargos de su señor en Nápoles; advirtiéndole á Lorenza que tardaría un mes á lo sumo en arreglar los negocios, cometidos á su intelijencia y actividad.

Si en vez de una historia, cuidadosamente entresacada de relaciones, folletos, artículos y apuntes, (como queda confesado en la portada de este libro) escribiésemos una novela, yá en el intencionado estilo de Honorato Balzac, yá con el particular atractivo de Alejandro Dumas, ó bien con el interés recargado del vizconde Ponson du Terrail, materia daban para capítulos de curiosidad y efecto la preocupacion de Lorenza Feliciani por la indiferente actitud del marqués de Agliata, y la farsa hábil de este redomado bribon para lastimar el amor propio de aquella

susceptible hembra, y llevar las cosas al punto á que se proponia conducirlas, por medio de la táctica que sirve de título á la célebre comedia de Moreto «*El desden con el desden.*» Pero por más verosímiles que parecieran esos capítulos, no serían históricos, y careceríamos de citas de comprobacion y textos en abono de nuestro relato, que hasta aquí vá ajustado á lo que consta de estos detalles de la vida íntima de José Balsamo por declaraciones de la misma Lorenza en el proceso de Roma ó por cargos contra la moralidad de Cagliostro, formulados por el violento periodista Morand en el CORREO DE EUROPA, notable gaceta de Londres. Lo que podemos asegurar, porque la Feliciani lo confesó á los jueces romanos, es que al volver de Nápoles su marido, estaba ella en relaciones con Agliata, y que empezando á usar de estratagemas para disimular su correspondencia amorosa con el marqués, le dijo lacónicamente su esposo:—«Inútil es que me ocultes lo que sé tan bien como tú misma.» En efecto, ni el amante se impuso especie alguna de reserva por la llegada de José, ni la adúltera creyó necesario cubrir las apariencias á un hombre tan penetrado de lo acontecido y tan conforme con los hechos consumados.

Agliata, Nicastro y Balsamo, constituian una sociedad, cuyo objeto no era otro que la falsificacion de marcas de Bancos, cédulas de pago, cartas de crédito, patentes de comision y órdenes de abono, las cuales se confeccionaban en la

capital de los Estados Pontificios, siendo llevadas luego á diferentes plazas mercantiles de Italia, donde se negociaban ó hacian efectivas; teniendo esta esplicacion los viajes de Nicastro y de Bálsamo á distintas rejiones del país itálico, saqueado así por las trazas de esta trinidad de aventureros sicilianos.

XI.

Por difíciles que fuesen en aquella época las comunicaciones entre Roma, centro de la falsificacion de billetes, letras y cédulas de crédito, y las plazas negociadoras y comerciales de Italia, víctimas de aquellas hábiles estafas de la trinidad rapante, no tardó mucho en cundir entre los hombres de finanzas de la ciudad eterna que en Nápoles, Milan, Venecia, Génova, Florencia, Liorna y Malta, se habian negociado fondos romanos con documentos de una falsedad, que hacian evidente la falta de cartas de aviso, la omision en facturas y liquidaciones y la negativa formal de su expedicion por los bancos, casas de giro y particulares acaudalados, que aparecian suscribiendo billetes, letras y credenciales. Grande fué la impresion que tales noticias produjeron en el círculo de cambistas y negociantes de la metrópoli católica; porque no se reducía el daño á lo que pudiesen importar las exacciones fraudulentas con títulos romanos en los primeros

puntos de contratacion de Italia, sino que el crédito de Roma recibia una herida terrible en los mercados latinos de mayor importancia, paralizando lastimosamente el giro de los intereses extranjeros, fiados con preferencia á las cajas de la ciudad matriz del Lacio por los infinitos visitantes de sus ruinas y de sus grandiosos monumentos.

La consternacion del mundo rentístico (como se dice hoy) se hizo sentir en la sociedad romana, pasando de esfera en esfera hasta el vulgo, y yá empezaron las conjeturas y los arbitrarios supuestos; poniéndose en tela de juicio todas las reputaciones sospechosas, y de cálculo en cálculo, desechando unos para formar otros, vino la suspicacia á recaer en aquel título de Sicilia, que con trazas de nadab indiano, jamás habia recibido letras á cobrar en bancos ni casas de Roma, ni tenido relaciones con el círculo mercantil para girar fondos; deduciendo de tales circunstancias precisamente lo contrario de lo que parecía argüir este desvío de los establecimientos de crédito y negociacion. Agliata y sus cómplices, apercibiéndose de la recelosa desconfianza que pesaba sobre ellos, apresuraron las obras que tenían en laboriosa confeccion para otros golpes de fortuna; disponiendo su partida con sigilo, y sin que penetrara su determinacion la servidumbre numerosa del titulado marqués, que no convenia dejar en Roma al abandonarla los tres aventureros.

Magdalena Fierri, vivamente escitada contra su hija por haber repugnado el consejo de divorciarse de su marido, siguiéndole gustosa á su nuevo domicilio en la plaza de España, llenóse de indignacion al saber las culpables relaciones de Lorenza con el marqués, cuyo desenfreno en la hostería tuvo la jóven que reprimir con un arranque de fiereza altiva, y más creció su enojo al no ser recibida en el piso bajo que ocupaba su yerno, cuando fué allá con el propósito de afear su conducta á la que no habia logrado sustraer al pernicioso influjo de un esposo inmoral.

Un dia festivo por la mañana, al salir de San Pedro la muger de Bálsamo, fué detenida por su madre, llevada á la galería de columnas que forma la inmensa plaza circular del obelisco y de las fuentes, y duramente interpelada por la enardecida Magdalena acerca de su degradacion; llegando la esposa de maese Feliciani en el colmo de su exaltacion furiosa á amenazar á la manceba de Agliata con la denuncia á la policía de que el marqués y José eran los autores de las falsificaciones escandalosas, objeto de todas las conversaciones en la capital pontificia. Lorenza, corrió, llorosa y desolada, á comunicar á su consorte la amenaza de su madre; pero Bálsamo, dando escasa importancia á la revelacion, dijo á su muger, (como ella lo declaró expansivamente en el proceso de Roma)—«*No lo hará; pero por pronto que lo hiciere, amiga mia, yá estaremos en salvo.*» A los dos dias del encuentro de Loren-

za con su madre á la puerta de la basílica de San Pedro, y antes de la alborada, salían de la plaza de España dos sillas de posta, yendo en la una Agliata con su querida, y en la otra Octavio Nicastro con el discípulo de Althotas. Los criados habian precedido á su señor en distintas direcciones, y con encargo expreso de aguardarlo en vários pueblos y en ciertos lugares por donde no habia de pasar ciertamente el triunvirato fujitivo, pero que no queria dejar testigos importunos en una ciudad, que evacuaba con tantas precauciones, y no sin fundamento.

Nuestros expedicionarios se dirijian á Venecia por la ruta de Loreto, y Agliata habia convertido en marquesa á la Feliciani, que disfrutaba con cierta complacencia orgullosa del título de *Eccellenza*, de que son tan pródigos en Italia, posaderos, postillones, criados y mendigos; saboreando las muestras de respeto á su finjida condicion y los homenajes á su belleza y juventud en los pueblos y paradores de su tránsito. Al llegar á Bérgamo, donde llevaban nuestros viajeros plan combinado para el curso de letras y créditos de Roma, estando ausentes de la fonda el marqués y Nicastro, la justicia invadió las habitaciones que ocupaban los cuatro extranjeros, apoderándose de maletas y baules; registrando cómodas y armarios; recojiendo carteras y alhajas, y conduciendo á la cárcel á la consternada marquesa y á Bálsamo, que se dijo mayordomo del señor Agliata. Una requisitoria del gobierno

pontificio reclamaba á Octavio Nicastro, conocido en Nápoles como circulador de billetes falsos y supuestos abonarés de bancos y casas de giro de la ciudad eterna, y el nombre y señas del falsificador se habian hecho circular por todas las hospederías, con el estímulo de una recompensa pecuniaria á quien lograrse la captura del peligroso siciliano. Mientras que Lorenza y José prestaban sus declaraciones ante el juez de policía, Agliata y Octavio, apercebidos de la ocurrencia, concertaron su fuga con el aplomo de hombres avezados á esa persecucion de la justicia, que no dá derecho á la bienaventuranza; reconociendo el acierto de su conducta en llevar consigo, y en cintos ceñidos al cuerpo, cuanto numerario podrían acomodar sin violencia á esta conduccion; pues de otro modo, y secuestrados sus cofres, se hubieran visto en la situacion apurada de la Feliciani y su esposo, que no reunirían veinte escudos romanos entre lo que ambos tenían en sus bolsillos al ser arrestados por los agentes de la autoridad.

Quince dias estuvieron detenidos los consortes en las prisiones de Bérgamo, y como Lorenza confesó que era muger lejítima del mayordomo de Agliata, y José no habló de Nicastro, de quien no se encontraron cartas, papeles, ni aun marcas en la ropa de su maleta, limitándose á decir que habia entrado al servicio del señor marqués dos dias antes de su partida de Roma, el majistrado les expidió pasaporte de destierro, como á gentes

sospechosas de mal entretenidas, y salieron de la cárcel y de la ciudad, no atreviéndose á la más mínima reclamacion acerca de sus equipajes, secuestrados en la pesquisa contra el falsificador Nicastro. Hasta Génova caminaron á pequeñas jornadas, y con una economía que rayaba en las privaciones de la miseria; y gracias á que en un bolsillo recatado de su sobre-todo de viaje pareció un billete del Banco Genovés, de á veinticinco escudos, (fabricacion romana por supuesto) que José se arriesgó á presentar á un cambista, y que le fué descontado sin dificultad alguna.

XII.

Era necesario seguir adelante, porque la pareja tras del suceso de Bérgamo no se creia segura en toda la extension de la península italiana; pero con veinticinco escudos no se vá lejos, y con un pasaporte de destierro no se viaja bien, por lo cual ideó Bálsamo una traza como suya, aprobada por Lorenza, y puesta en ejecucion inmediatamente por nuestros aventureros. Un sombrero de anchas alas, una esclavina con algunas conchas y un baston grueso y largo, con una calabaza atada á su remate superior, convirtieron á José en venerable peregrino, y un sayal franciscano, un sombrerillo guarnecido de menudos caracoles y unas alforjas de lana, equipararon á

Lorenza al piadoso destino de su consorte; conviniéndose en la historia de un matrimonio clandestino, por evitar el impedimento de la desigualdad de clases, que habia recibido de Su Santidad la penitencia de una romería á Santiago de Galicia, á expensas de la caridad pública, y con suspension de vida matrimonial hasta la expiacion impuesta al culpable consorcio.

Con su barba larga, sus penetrantes ojos, su aparente humildad y los súbitos rasgos de ingenio de su conversacion, el siciliano representaría admirablemente su papel de Príncipe, arrastrado por la pasion á un exceso pecaminoso, y dispuesto como hijo sumiso de la iglesia á rescatar su culpa; descendiendo de su rango á la doble y penosa condicion de penitente público y de importuno pordiosero. Para entonar esta viril y grave figura, como otra piadosa hija de Belisario, acompañaba al peregrino, compartiendo sus penalidades, privaciones y morales sufrimientos, una muger en la flor de su edad; de atractiva presencia; dulce palabra y voz melodiosa; cómplice en una falta, que disculpaba la vehemencia del amor frente á irritantes obstáculos, pero partícipe resignada de las fatigas y amarguras del peregrinaje al sepulcro del Santo Apóstol, Patron de Iberia.

En los estados sardos, y principalmente en villas y carreteras, nuestros peregrinos recueltaron limosnas de cuantía, y la Feliciani declaró en el proceso de Roma que al llegar á Génova te-

nia más de treinta escudos en dos divisiones, cosidas en el interior de sus alforjas; siendo frecuente en sus expediciones el caso de separarse de la ruta para ir á demandar albergue en castillos y quintas, donde vivian ó estaban de temporada familias opulentas, que solian favorecer con mano franca á los peregrinos extraviados; contando ella en íntima confianza la historia del matrimonio clandestino y la penitencia severa del Santo Padre, que interesaba hasta lo sumo á sus oyentes, y les valia regalos, que hacia escrupulo aceptar, admitiéndolos á condicion de que no se enterase de ellos *el conde*, cual denominaba á su esposo como por descuido.

En Antivo pararon en una posada, ocupada militarmente poco despues por un rejimiento de milicias, destacado á la ciudad, y que por la tardanza de las autoridades en despachar las boletas de alojamiento invadió en tropel las casas de hospedaje, cometiendo abusos y delitos, y entre ellos el hurto de las alforjas de la Feliciani con cuanto contenian. Bálsamo resolvió recurrir á la municipalidad en queja de tropelía semejante, enviando á Lorenza á entenderse con el coronel de aquella soldadesca indisciplinada. El primer majistrado civil, doliéndose del peregrino, á quien habian quitado hasta la carta pontificia de excursion en penitencia, prometió á José subvenir con los fondos comunales á su arribo á las costas de España. El gefe militar, conmovido por la juventud, gracias y lastimoso atropello

de aquella muger suplicante, juró dar una carrera de baquetas á los sarjentos y cabos de la compañía que allanó la posada en tumulto, sin perjuicio de abrir una suscripcion entre la oficialidad en socorro de los penitentes desbalijados; rogando á Lorenza que volviese de allí á dos dias y á la misma hora. El municipio acordó expedir á los penitentes pasaportes que autorizáran su calidad, en equivalencia del rescripto de la penitenciaría romana; abonándoles cincuenta escudos para el embarque en direccion á su destino en nuestra península. El coronel recibió á Lorenza con exquisita urbanidad, entregándole veintitres escudos que habia producido la suscripcion, abierta en favor de su infortunio y en compensacion del atropello de los soldados. Esta relacion, justificada por várias referencias con-
testes, se nos figura preferible á alguna que otra noticia menos autorizada, y aun sospechosa, que supone á Lorenza en Antivo poco menos que prostituida para allegar recursos y embarcarse con rumbo á las playas de Cataluña.

XIII.

Ni la historia ni los trages de la peregrinacion á Santiago, atravesaron el mar, y José y Lorenza desembarcaron en el muelle de Barcelona con modesto equipo y escasez de fondos, des-

pués de satisfacer la mitad del precio corriente del pasaje por benévola consideracion del capitán del bergantin *Leggiadro* de la matrícula genovesa. Bálsamo tenia sus razones para no recurrir á los cónsules de Italia, que no siendo italianos por lo comun, exigian pasaportes, documentos y hasta testigos de abono; precaviéndose de multitud de engaños y trapacerías de vários aventureros de aquella península, que los habian comprometido gravemente hasta con las autoridades del pais. Los consortes se alojaron en un cuarto bajo de la calle de Escudillers, y calculando lo que les restaba de capital, decidieron salir á tomar lenguas de personas de su posicion, crédito caritativo, influencia en las clases elevadas y pudientes, y disposiciones particulares á dejarse dominar por determinadas ideas, inclinaciones conocidas ó caprichos singulares. José queria enseñar á la Feliciani el arte de recojer útiles informes, y apesar de cuanto sabia el futuro conde de Cagliostro, ignoraba, por lo visto, que el instinto femenino suple con inmensa ventaja á cuanto enseñan de consuno ciencia y esperiencia á los engreidos hijos de Adam.

Al segundo dia de residencia en la capital del Principado de Cataluña, Lorenza salió muy de mañana, envuelta en un manto veneciano de felpa negra y llevando sujeto á la mano en varias vueltas un rosario oriental, con medallas, reliquias y el escudito de oro, con la tiara y las

llaves, signo de la sagrada bendicion del Padre comun de los fieles. Bálsamo no se cuidó de preguntar á su esposa dónde iba, porque indiferente á las prácticas religiosas, consentia en que las observara su mujer, devota como buena romana, y á su regreso tampoco le movió la curiosidad á inquirir en qué habia empleado más de tres horas de ausencia.

Apenas consumido un almuerzo harto frugal, llamaron discretamente á la puerta, y saliendo Lorenza á abrir, entró con un eclesiástico de grave y respetuoso continente, que saludando á José con el título de Excelencia, fué invitado á sentarse por la hija del calderero con la dignidad afectuosa con que hubiera podido hacerlo Maria Teresa de Austria ó la czarina de Rusia, por quien decia Voltaire aquella lisonja de *venir la luz del Norte*. Era Bálsamo demasiado astuto para dejar conocer sus impresiones, y lo bastante sagaz para comprender que la visita, como el tratamiento honorífico que le habia dado el sacerdote al saludarle, respondian á una mañana de su mitad, tal vez análoga al cuento del matrimonio clandestino y del peregrinaje al sepulcro del apóstol Santiago, que les habia hecho la costa del camino desde Bérgamo hasta Génova, y se abstuvo de tomar parte en la conversacion hasta descubrir campo, y saber á qué atenerse en la situacion que Lorenza habia creado esta vez por inspiracion propia. El eclesiástico expuso á la señora Condesa que venia de

parte de su Prelado á socorrer su necesidad con un corto auxilio por el momento; habiendo enterado á Su Ilustrísima del matrimonio desigual, que obligaba á los jóvenes esposos á huir del resentimiento vehemente de los déudos de la señora, y que mientras no llegasen de Nápoles los fondos del marqués Riccotti, anciano tío de la dama prófuga de su país, tendría cincuenta pesos de asignacion mensual, reembolsables á la caja de pobres de la mitra así que correspondiera el marqués á las esperanzas en su cariño y en su consideracion generosa. Entregando á Lorenza cinco escudos de á ochenta reales en un papel de dobleces prolijos, tornando á saludar á Bálsamo respetuosamente, y encareciendo á la señora Condesa la confianza en el favor divino para el arreglo de todos sus asuntos, se retiró el sacerdote, acompañado hasta el vestíbulo por la sirena romana, que le besó la mano al darle gracias expresivas por el interés que habia tomado en su infortunio, revelado algunas horas antes, y entre sollozos, en el tribunal de la penitencia.

José no pudo menos de sonreir al apercibirse de la treta, que en esta ocasion le habia jugado su consorte; pues en la peregrinacion él era el aristócrata enlazado á una muchacha oscura, y en Barcelona se le convertia en plebeyo, casado con una condesa, y causa del furor de altivos parientes contra la jóven dama, que así envilecia la prez de antigua y gloriosa estirpe. El

sacerdote engañado por la Feliciani volvió á los quince dias con otra decente limosna de un sujeto, que guardaba el más severo incógnito en sus beneficios á personas de clase, reducidas á la indigencia, y Bálsamo, ya seguro en lo que exigia su papel, afectó una desolacion profunda por las humillaciones y pesares que su amor habia impuesto á la más noble y resignada de las mujeres.

Ausente de la populosa ciudad de Barcino el crédulo confesor de la Feliciani, se presentó en la vivienda de los héroes de nuestra historia el señor rector de la feligresía, tipo bien diferente del otro sacerdote, sobrino y secretario particular del prelado. El señor rector, secretario y capellan del Santo Oficio de Zaragoza y párroco más antiguo de la segunda capital de España, extrañó que no se hubiesen presentado á él los esposos; ya para inscribirse en el padron eclesiástico, justificando su union con el certificado correspondiente, ya para enterarle como á padre espiritual de sus necesidades y falta de recursos; haciendo saber á la señora Condesa que para tranquilizar á su Ilustrísima sobre ciertos escrúpulos acerca de socorros á legítimos consortes convendría infinitamente presentarle la fé de casamiento ó indicaciones terminantes de parroquia, año, mes y dia, para pedirla por conducto competente. Bálsamo contestó que al dia inmediato iria en persona á la casa rectoral á satisfacer la exigencia del señor cura, y á proporcionarle con qué con-

téntar los justos deseos de su Ilustrísima, de acuerdo con el señor cónsul del reino de Nápoles, que había intervenido en otro asunto de grande empeño y urgencia para los expatriados cónyuges. El señor rector se despidió, algo menos receloso, pero no libre de sospechas, y José echó mano de sus avíos de pendolista, dibujante, grabador y falsificador de autógrafos, y en un abrir y cerrar de ojos fraguó un despacho del Conde Grotta, ministro de Nápoles en la corte de España, suplicando á la señora condesa de Fénix que se presentara en Madrid, con su esposo el capitán D. Thiscio Napolitano, á fin de enterarla de graves asuntos de familia y de cartas del señor marqués Riccotti, su tío. Sello de la embajada, en relieve y en lacre, marca postal de Madrid y Barcelona, letra cancilleresca, firma del ministro napolitano, contra-marca del sobre..... nada faltaba en aquel documento magistral.

El rector cayó en el lazo, no obstante sus prevenciones contra los extranjeros, y llevó á Bál-samo á la presencia de Su Ilustrísima para entera satisfaccion del Prelado; explicándose José de tal suerte que al despedirse llamó el buen Pastor á su mayordomo, encargándole que diera cien pesos al capitán D. Thiscio para trasladarse á Madrid en compañía de su esposa, la señora Condesa de Fénix.

XIV.

La estancia en la coronada villa de nuestros héroes no se ha fijado en sus precisos detalles ni por declaraciones de José ó de Lorenza en el minucioso proceso de Roma, ni en el folleto de Madama la condesa de la Mothe, intitulado por esta dama—«*Mi correspondencia con el conde de Cagliostro;*»—ni en la série de fulminantes artículos del gacetero Morand en *El Correo de Europa*, reseña terrible de las aventuras de Bálsamo en las primeras capitales de nuestro continente. Solo un artículo biográfico de nuestro personaje en el *Diccionario histórico* (edición de Bruselas, 1836) contiene pormenores curiosos, que más bien parecen conjeturas que noticias, basadas en datos ó conformes con referencias autorizadas. Advertimos á nuestros lectores, antes de transcribir el período del Diccionario, que toda la biografía de Bálsamo en esta obra se resiente de un criterio empeñadamente hostil á su celebridad, escojiéndose para ello con evidente preferencia los testimonios y apreciaciones que le perjudican contra los antecedentes y supuestos favorables.

«Madrid ofrecia poco fruto á la móvil condicion del aventurero (escribe el citado biógrafo.)
»Los italianos, despues del motin contra Schi-

»llace y sus hechuras, eran tan poco aceptos á
»la corte como al pueblo, que recordaba la es-
»candalosa privanza de Farinelli y la insolencia
»del antiguo director de aduanas en Nápoles.
»Lorenza no podia competir con las beldades del
»teatro, de las provincias y de extraños reinos,
»que obtenian la boga en el imperio de la galan-
»tería en una corte ostentosa, como la de Espa-
»ña. En un país, donde la Inquisicion juzgaba to-
»davía á los sospechosos en la fé, á los curiosos
»en ciencias ocultas y á los de conducta relajada
»en familia, el siciliano debió temer ejercitarse
»en farsas nigrománticas ó alquimistas ó inten-
»tar el oficio de marido complaciente. La fiebre
»de quimeras que llenaba el vacío de creencias
»en Francia y el vértigo iluminista que hacía
»palpitar á la jóven Germania, como en un ac-
»ceso de epilepsia, tenian en España el dique de
»el altar y del trono, en toda la plenitud de su
»poderío, y cerrando el paso á novedades é in-
»novadores, Cagliostro tenia mucho que perder
»y poco que ganar en Madrid, y con ayuda de sus
»enredos y trápalas ordinarias, se hizo de fon-
»dos para trasladarse á Lisboa.»

XV.

Lisboa era el centro de una contratacion que ya conocia Bálsamo, por su sociedad con Altho-

tas en las excursiones á Oriente; la de piedras preciosas. Del imperio del Brasil y de las posesiones portuguesas en la India venian á la corte lusitana, para extenderse por Europa, aljófares y piedras, que acudian á comprar los comisionistas de sociedades y plateros acaudalados; introduciéndose en el negocio terceras personas, intermediarias entre las que traian el surtido y los que buscaban ocasion de adquirirle en mayor cantidad ó en condiciones más ventajosas. José halló medio de filtrarse en el número de estos corredores de pedrería, merced á la amistad que trabó con un señor, Vasco de Pereira, joyero de S. M. Fidelísima, persona de enorme capital y de caprichoso carácter, que gustó mucho del siciliano, y más aun de su jóven y linda compañera. En el comercio lisbonense se introdujo nuestro personaje con un fabricante y mercader, llamado Suarez de Coutiño; interesándolo en labrar maritatas ó telas de lana y seda, por el estilo de las imitaciones de las manufacturas persas y chinas que montó en Alejandria Althotas, empleando el lino y el algodón; haciéndoles invertir en este proyecto sumas de cuantía, valiéndose de las relaciones de nuestro héroe para traer muestras y dibujos de las fabricaciones asiáticas, adquirir recetas de colores y procedimientos de estampacion y disponer talleres para la elaboracion de aquellas imitaciones, de las que Cagliostro prometió maravillas de belleza y baratura que no llegaron á realizarse.

El tráfico en pedrería acercó á Bálamo á cierto marqués de Vivona, título napolitano que derrochada su fortuna habia recorrido la América como audaz aventurero, subsistiendo de cien profesiones diversas, desde minero en Chile hasta bandido en Méjico, y de tratante en pieles en Buenos-Aires á comprador de piedras y efectos coloniales del Brasil. Vivona con su figura arrogante, su intrepidez y su muda conciencia, pudo hacer fortuna en el nuevo mundo en varias de sus arriesgadas especulaciones; pero el juego, las orjías y locos dispendios, agotaban pronto sus ganancias, y el hombre, que tiraba hoy el oro á puñados por la ventana de una puipería en la escitacion de la borrachera, se concertaba luego con piratas ó bandoleros para un golpe criminal, con exposicion terrible de su vida por una participacion en el lucro de aquellos miserables, que ó quedaba en el tapete en un copo de banca, frustrado por el azar, ó se consumia en bacanales estrepitosas entre mulatas, guajiros, pardos y la cañalla peor de cada territorio. El marqués habia venido á la corte de Portugal con un surtido de amatistas, esmeraldas, zafiros, rubíes y topacios, y como unos diez mil pesos, ganados al juego del monte, y yá en contacto con José intimó con el siciliano, encargándole la venta de su pedrería y la compra de brillantes y perlas, si se ofrecian lances que proporcionaran buen negocio en la reventa á los comisionistas.

El joyero de S. M. Fidelísima, loco por los

atractivos de la Feliciani, la colmaba de obsequios, haciéndole regalos de gran monta; siendo tales su asiduidad en las visitas á la jóven romana y su desatino por aquella mujer, que hubo de enterarse su familia de una amistad, que tanto perjuicio irrogaba á su crédito y á sus intereses. Bálsamo, que nunca habia dado motivos de celos á Lorenza, entró en relaciones con Lucy, jóven inglesa que servia de doncella á su esposa, y la hembra despreocupada, que aceptaba las inmora-les concesiones de su marido, se rebeló contra la recíproca, invocando el principio de que la utilidad era la sola disculpa de la infidencia, segun aquellas persuasiones que tanto alarmaran á Magdalena Fierri cuando se las confesó su hija, quejosa de tan indignos consejos. Vivona, introducido al fin en casa de José, y adquiriendo gran confianza con la celosa consorte, consiguió atenuar los escándalos domésticos que amenazaban con una ruptura inminente, y el señor Vasco de Pereira tuvo un rival, que sabía desaparecer en la sombra en el momento oportuno, dejándole dueño de un campo, salteado en sus ausencias.

La esposa del joyero Pereira tenia un hermano en la servidumbre Real, caballero de la órden militar de Santiago de Avis y caballerizo de campo, y este señor, estimulado por las súplicas y lamentos de su aflijida hermana, y deseoso de arreglar el asunto con el menos ruido posible, se avistó con Bálsamo, y con tanta claridad como

energía le participó que no sería difícil á su influencia conseguir una órden de destierro, que evitase á su cuñado el ridículo y los costos de una pasión libertina; pero que preferia á semejante extremidad cualquier recurso menos propicio á las murmuraciones vulgares, aunque envolviese un sacrificio á trueque de remover las causas de una situacion violenta é insostenible. José, que ya no podia sufrir las justas reconvenciones del fabricante Suarez de Coutiño, perjudicado en la elaboracion de las maritatas de lana y seda, y que por otro lado comprendía imposible la continuacion de relaciones entre su mujer y el joyero de cámara á la altura que habia tomado la cuestion, viendo cercano el dia en que tuviese necesario término la proteccion que D. Vasco le dispensaba en el tráfico de piedras, se mostró inclinado á una avenencia que sufragara su traslacion á Londres, y por último aceptó una letra de cien libras, pagadera en la capital de la Gran-Bretaña, á condicion de embarcarse con toda diligencia y profundo secreto. Vivona, Lorenza y Lucy aprobaron la transaccion, y realizados los valores en pedrería, y hechos cofres y maletas con sigilo impenetrable, y trasportados en el misterio de la noche á bordo de un buque inglés, próximo á hacerse á la vela, nuestros héroes anochecieron y no amanecieron en Lisboa, como dice el vulgo; dejando al viejo Pereira desesperado, á Suarez de Coutiño maldiciendo las imitaciones persianas y chinescas, burlados á vários acree-

dores, y á no pocos amigos sorprendidos de aquella brusca desaparicion.

XVI.

En el hotel de Lóndres, donde se alojaron como una propia familia Bálsamo, Lucy, Vivona y Lorenza, paraban tres cuákeros, procedentes de la Pensylvania, uno de los cuales demostró con tanta franqueza la viva impresion que le producía la Feliciani, que lo notaron cuantos estaban reunidos en la mesa redonda. Al dia siguiente, y en disimulada observacion nuestros cuatro personajes, el cuákero repitió sus señales de agrado á la vista de Lorenza, y en todo el tiempo que duró la comida no apartó sus ojos de la italiana, repitiendo fielmente su semblante las emociones que se reflejaban en la móvil y graciosa fisonomía de la jóven, interesada en avivar el efecto de sus atractivos con esa incitante seducccion de las mugeres del mediodia. Reiteradas las pruebas de aquella especie de fascinacion poderosa, y cada vez mayor el desconcierto del cuákero en presencia de su ídolo, trazó el marqués de Vivona un proyecto, basado en las viejas leyes de Inglaterra, que autorizaban al marido, cuando sorprendia el adulterio ante un testigo que diera fé del hecho, á perseguir ante los tribunales al adúltero, ó á componerse con él en el precio en

que estimára indemnizado el perjuicio de su honra. Lorenzá se hizo de rogar algun tanto para prestarse al proyecto de Vivona, que mereció la sancion más unánime de Bálsamo y de Lucy; pero cedió á la tentacion de sacrificar una víctima en los altares de la vanidad, entregándola á merced de la codicia y la impudencia de sus cómplices, á cuyo efecto hizo notar al cuákero que habia advertido su amorosa inclinacion, y que no era insensible á las pruebas de su ternura, con cuyo estímulo tomó cuerpo la pasion del americano hasta prescindir de las más vulgares conveniencias. Palabras furtivas, sonrisas maliciosas y recatados favores de su dama, acabaron de trastornar el poco juicio que restaba al cuákero, y valiéndose éste de una camarera del hotel hizo llegar á Lorenza un billete, en que solicitaba el honor de una audiencia, enteramente libre de testigos importunos. El plan quedó convenido para la noche del dia siguiente: Lucy, pretestando una súbita indisposicion, no se presentaría á la hora del almuerzo, ocupando sus lugares respectivos en la mesa José y Vivona, en trage de camino, y hablando de una excursion á los alrededores de Lóndres, y la Feliciani, al pasar por junto á su rendido amante, deslizaría en sus manos una contestacion, que fijára las diez de la noche, y su cuarto, como hora y lugar de la ansiada cita. Todo pasó como el marqués napolitano lo trazára en su diabólica inventiva, y el sencillo hijo de Guillermo Penn tragó el anzuelo,

prometiéndose una noche de felicidad; confirmándose en tan deliciosas promesas á la hora de la comida, al ver á su amado objeto sola en el comedor, y correspondiendo á sus gestos expresivos con miradas, que parecían encargarle prudencia, y tranquilizarlo respecto á las resultas de la entrevista. Sonó la hora, acusada de cruel lentitud por el enamorado é impaciente cuákero, y subió á donde en vez de Cupido le aguardaban dos bribones, ocultos en el aposento de Lucy desde la mañana, y dispuestos á poner á contribucion su bolsa á la sombra de la ley, pues ya sabian que era hombre de buena fortuna. La inno-ble escena comenzó por las majaderías de un amante, balbuciente de júbilo y de inquietud, y en las primeras tentativas de su enardecimiento, Bálsamo y Vivona se precipitaron en la sala, huyendo la Feliciani como despavorida, y quedando el cuákero bajo el dominio de un esposo ultrajado y de un testigo del ultraje, que lo conminaron con todo el rigor de la legislacion británica en el castigo de esta clase de escesos. El desconcertado cuákero trató de atenuar su responsabilidad en aquella accion, jurando que sus intenciones no tenian la tendencia que José y Vivona les imputaban; pero ante la expectativa del escándalo, del proceso y de la grave pena de tal delito, habló de avenencia y de transacciones, y el marqués, interviniendo entonces en el asunto, hizo salir á Bálsamo de la estancia, y como oficioso mediador, y tanto por su amigo, como por

lástima del comprometido americano, compuso el negocio en cien libras, dando carta de renuncia de toda accion criminal por el encuentro de Tom Werley en el aposento de la señora Lorenza Feliciani, esposa del señor José Bálsamo.

Despues de esta exaccion, nuestros cuatro personajes se mudaron á una casa, lujosamente dispuesta y propia de una rica familia, que emprendia una série de viajes instructivos, y en tres meses no se hizo allí otra cosa que disfrutar de lo adquirido por tan malos medios, con una indiferencia hácia el porvenir, nada extraña en gente aventurera, y que se indemniza en la prosperidad de las adversidades pasadas y de las que prevé en lo futuro. Vivona salia más que de costumbre, y faltaba algunas noches, porque habia descubierto ciertos garitos y ciertas tabernas de la gran ciudad, donde sus vicios predominantes lograban libre curso y digna compañía, y Lucy se manifestaba disgustada de todo, taciturna y afecta á la soledad en el retiro de su aposento. José habia hecho notar á su consorte el cambio en la conducta del napolitano y de la inglesa, y segun sus noticias el capital del marqués corria peligro en las carabanas, por tugurios, lupanares y casas de perdicion, por lo cual creia conveniente romper unos vínculos, que amagaban consumir los fondos del siciliano, así que hubieran desaparecido los de su tempestuoso camarada. Para conseguir la separacion sin provocar una ruptura violenta, quedó convenido

entre los dos esposos Bálsamo que se figuraría una residencia temporal en cierto castillo en los contornos de Londres, diciéndose invitado el matrimonio por una familia inglesa que habia conocido y tratado íntimamente en Roma; decidiendo así deshacerse de Vivona y de Lucy, que por diferentes conceptos eran ya una carga penosa para nuestros italianos; la una porque nada tenia, y el otro porque nada tendría pronto.

El pacto de abandono del marqués y de la doncella se convino entre José y su consorte, paseando por la plaza de San Pablo en una driska rusa de alquiler, y ya bien entrada la noche dió Bálsamo al conductor las señas de su domicilio, conforme Lorenza en anunciar á la mañana siguiente, á la hora del almuerzo, la temporada de castillo á que se les habia convidado por la rica familia que conocieran en Roma. Otro pacto, y tambien de abandono, se habia concertado entre Vivona y Lucy, dignos de entenderse y con algun tiempo de haberse entendido, y aprovechando la ausencia de los esposos, que rara vez salian juntos, entre el napolitano y la hija de la nebulosa Albion descerrajaron cómodas, armarios y gabetas, llevándose el dinero, las prendas mejores y alhajas de nuestros héroes, y desapareciendo con su presa en amor y compañía, para ocultarse en un asilo, ya buscado á propósito, y de donde saldrian unidos á continuar el hilo de sus aventuras al cabo de cierto tiempo de retraimiento prudente en el arbitrado escondite. La

sorpresa, la indignacion y las mútuas reconven-
ciones de nuestros burlados personajes, son más
para calculadas que para descritas. José dió co-
nocimiento á la policía del golpe que habia su-
frido; hizo pesquisas activas de su propia cuenta;
interesó en su infortunio á várias personas ser-
viciales; pero no todos los delincuentes de Lón-
dres eran tan finos y espertos como Vivona, ni
sabian estarse á la capa con tanta pericia, y to-
das las gestiones salieron fallidas; escapándose
los despojadores tan luego como se enfrió la ta-
rea de buscarlos por todos los extremos de la ca-
pital, cuando ellos se refugiaron al centro de la
City, donde presumian que no debian buscarlos.

A todo esto hacia cuatro meses que Bálsamo
arrendara una casa con pretensiones de palacio,
y amueblada con primor exquisito, y el mayor-
domo de la familia viajera, que la cedia al uso
particular por una suma de bastante considera-
cion, cubriendo sus obligaciones con una seve-
ridad puritana, al oir que no podia abonársele
el trimestre vencido, no se curó de averiguar si
era ó no cierto el inícuo expolio de que el inquilino
se quejaba, y haciendo uso de su derecho redujo
á prision al deudor insolvente; embargando quan-
to no se habian llevado por falta de tiempo Vivo-
na y Lucy, y haciendo notificar á Lorenza que
en el término improrogable de tres dias evacua-
ra el edificio, cuyo alquiler no habia pagado su
esposo.

XVII.

Fuese verdadero recurso á la misericordia divina ó bien una trama como la célebre confesion de Barcelona, la Feliciani, el primer dia de su triste desamparo fué á la capilla católica de Baviera, asistiendo al santo sacrificio en el ángulo más oscuro de la concurrida iglesia; cubierto el semblante con el velo de su largo manto á la veneciana; de rodillas sobre la alfombra, sin cojin ó asiento como era allí costumbre; bañada en lágrimas, y en la actitud más conmovedora de ferviente súplica á ese poder que dirige los destinos humanos al impulso de su recóndita y suprema voluntad. Terminada la misa, y después de una larga oracion, levantóse Lorenza, dirigiéndose al depósito del agua bendita, donde estaba un caballero de aspecto venerable, en trage de riguroso luto, que presentó á la italiana el hisopo con una galantería melancólica; recibiendo en pago uno de esos saludos agradecidos, cuyo secreto parece reservado á las mugeres del mediodia, en compensacion de otras cualidades que precian á las del norte. Al volver dos ó tres esquinas, hubo de notar la graciosa romana que la seguia de lejos el anciano de la capilla católica, y disimulando que lo hubiese conocido, se detuvo á socorrer á

tres ó cuatro mendigos ciegos, de esos singulares pordioseros de Lóndres, que con la placa de laton dorado al pecho, la mano tendida y sin proferir una palabra, denotan que su desgracia es efectiva y está sancionada por el permiso de la autoridad para impetrar discretamente la beneficencia de los transeuntes. Continuó su camino, sin apresurar el paso, nuestra picaresca amiga, y al llegar á su domicilio, donde solo debia permanecer dos dias, conforme á providencia judicial, se detuvo en conversacion con la portera lo suficiente para observar con ciertas precauciones si pasaba el viejo respetable, que le ofreciera con atencion tan cortés el agua bendita, siguiéndola después á lo lejos, como si tratase de inquirir su morada. Pasó en efecto el caballero; se detuvo un instante frente al edificio; pareció reconocerle con minuciosa curiosidad, y prosiguió su marcha con la lentitud y seguridad de paso de un anciano bien conservado y de fuerte complexion; subiéndola la Feliciani á sus habitaciones algo preocupada con aquel encuentro en la capilla católica.

Al dia siguiente, y á la misma hora, asistió Lorenza á la misa de nueve en el propio templo; ocupando el lugar que en la mañana anterior escojiera, y tan recojida en su actitud y porte como convenia yá á las observaciones que la traian al santuario. Acabado el incruento sacrificio, y dado espacio bastante á la salida de los fieles, que acudian en gran número á la ca-

pilla, la Feliciani se encaminó al depósito del agua bendita, donde encontró al anciano caballero, prevenido para repetir la galante demostración del día antecedente. La italiana dirigió esta vez al buen señor una de esas miradas dulcemente tristes, que hacen palpar el corazón más helado por las decepciones ó el tiempo, y pronunció la frase—«*gracias*»—con esa inflexión lánguida y melodiosa, que los latinos prestan á los rudos y broncos acentos de los idiomas sajones, germánicos y slavos. El caballero saludó con solemne reverencia á la dama, y cuando estuvo en la calle se adelantó resueltamente, y la detuvo con protesta de que le movía á este paso el deseo de ser útil á una extranjera, de su misma comunión, que parecia aflijida y que debia carecer en Londres de relaciones, de apoyo, ó quizás de recursos. El señor era irlandés; enriquecido en el comercio; casado en edad madura con una joven de constitucion delicada, que al morir le dejara dos hijos, varon y hembra, ambos de contestura endeble; habiendo sucumbido el varon de tisis tuberculosa hacia tres meses ó poco más, y aconsejando los facultativos á la hembra distracciones de espíritu y el aire libre de los campos, con cuyo motivo Mister Jhon O'Dailly habia comprado una propiedad rústica, á dos leguas de la capital del Reino-unido, para trasladar á ella á Miss Mary; ocupándose en buscar una familia honrada y de cierta clase, que hiciese á la joven compañía más amena que la de su atribu-

lado y taciturno padre. A esta historia, ingénua-mente contada por el caballero, correspondió Lorenza con otra, en que Bálsamo era pintor adornista, que habiendo ido á estudiar á Roma se enamoró de una sobrina del conde de Fénix, casándose con ella á disgusto de la ilustre familia, y teniendo que abandonar á Italia para dirigirse á Madrid y Lisboa, donde su habilidad le proporcionara un capital decente, robado en Londres por el marqués de Vivona, antiguo conocido del artista, y á quien diera franca hospitalidad en sus hogares, pagada con tan infame alevosía. Mister Jhon citó á Lorenza para la mañana siguiente en la capilla, y tomados sus informes, que convinieron esencialmente con la sustraccion de ropas y metálico por el marqués, con la prision de Bálsamo por descubierto de cuatro meses de alquiler de la elegante casa, desocupada por una rica familia viajera, y el deshaucio notificado á la Feliciani, propuso á esta que sirviese de dama de compañía á su hija en la quinta que acababa de comprar, y que yá ocupaba Miss Mary; pudiendo su esposo entretenerse en pintar á su gusto techos y estancias, mientras se le buscaba una colocacion á medida de sus deseos, ó en consonancia con sus inclinaciones; entregando á Lorenza un bolsillo con más de lo necesario para restituir la libertad al cautivo por déudas, desembargar lo que no habian podido transponer Vivona y Lucy, y prepararse á seguir á Mister O'Dailly á la hacienda el sábado próximo.

En el proceso de Roma, refiriendo esta aventura, trazó la Feliciani el retrato físico y moral de Miss Mary en dos palabras decisivas—«*brutta é fantástica*,» esto es, fea y extravagante. Educada en la libertad más completa de seguir el rumbo de sus caprichos, superficial, vana y terca, como niña no contrariada, la jóven inglesa tomó una afición loca á las lecturas sentimentales, tan en boga en Francia y á su imitacion en Inglaterra. A similitud del hidalgo manchego de nuestro inmortal Cervantes, se identificó tan al vivo con las heroínas de sus leyendas, tradiciones, poesías y cuentos, que la señorita Scudery ó Ana de Radeliff no hubiesen hallado en toda la extension de la Gran-Bretaña un tipo más perfecto de sus damiselas escuálidas y ojerosas, rodeadas de poéticos vapores y consumidas por la intensa hoguera de un amor inextinguible. El exceso de semejantes y estragadoras lecturas, la predisposicion funesta á la tísis, que habia segado en flor las vidas de su madre y hermano, y la tenacidad de sus antojos, aumentada por la condescendencia temerosa de su anciano padre, que no se atrevia á contradecirla en lo más mínimo, hicieron de Miss Mary un sér romancesco, irritable, voluntarioso y despótico; de trato insufrible; quejándose de no ser comprendida por nadie; presa de una exaltacion fébril hácia lo desconocido y lo singular, y objeto de la antipatía de todos los criados del viejo irlandés, que la toleraban por los agasajos continuos y reflexiones de

Mister Jhon para impedir que abandonaran su servicio, como tantas veces lo habian anunciado, hartos de las impertinencias y majaderías de Miss Mary. Tal era la figura principal en la familia, que admitía en su seno á José Bálsamo y á Lorenza Feliciani.

XVIII.

Morand, el redactor del famoso CORREO DE EUROPA, publicado en Lóndres; el mas temible de los adversarios de Cagliostro, porque suscribia las imputaciones más vejatorias al célebre siciliano, citando nombres, fechas, lugares y testigos; el publicista más notable en su época por su vasta instruccion, facundia prodijiosa, y actividad incalculable en recojer, ordenar y emitir noticias curiosas, raras y diversas, vá á concluir el episodio de Mister Jhon O'Dailly con uno de sus períodos más candentes, después del desafío singular que le propuso Bálsamo, y de que nos ocuparemos en el lugar respectivo de este volumen. Morand, contestando á la *Carta al pueblo inglés* de nuestro personaje, y ratificándose en las paladinas acusaciones que habia formulado contra él y que trataba de desmentir en la referida carta, llega á la aventura del anciano irlandés y se expresa de este modo:

«¿Negará ese aventurero, truhan miserable,

«escondido bajo un título que no justifica, que
«conoció su esposa al honrado, crédulo y hasta
«fanático Mister Jhon*** en la capilla católica de
«Baviera, donde le contó que estaba su marido
«encarcelado por trampas; fingiendo que era pin-
«tor de notable habilidad y hombre de clase, de
«educacion distinguida y de elevados sentimien-
«tos?... ¿Se atreve á dar por una fábula ese mis-
«tificador sempiterno que merced al oro del an-
«ciano irlandés salió de la cárcel, para ir con
«su digna compañera á la casa de campo de Mis-
«ter Jhon, donde ella debia hacer compañía á la
«valetudinaria hija del confiado viejo, y él habia
«de ocuparse en decorar techos y habitaciones de
«la quinta, sin tasa de tiempo ni de remuneracion
«de sus tareas artísticas?... ¿Con qué se defiende
«ese menguado burlador de inmerecidas confian-
«zas del cargo de haber ensuciado techos y mu-
«ros de la quinta del buen anciano, con mamar-
«rachos del género más estrambótico; aprove-
«chando la ocasion de seducir y perder á una
«jóven desgraciada, con la infame complicidad
«de la Feliciani, y esplotando su generosidad de
«una manera indigna, hasta que Mister*** pene-
«trando el secreto de su oprobio, expulsó á las
«siérpes que habia incautamente abrigado al ca-
«lor de sus hogares?»

XIX.

En Douvres hicieron amistad nuestros héroes con un Monsieur Duplaisir, hombre de buena fortuna y de ventajosas relaciones; pero de poca delicadeza y sobrado fácil á espontanearse en asuntos, que ningun caballero aborda y especifica con la lisura y desembarazo de que este señor dió muestras en el proceso de Paris, y como testigo favorable de Madama de Lamothe en el negocio ruidosísimo del collar de diamantes. Duplaisir, prendado de Lorenza, propuso á los esposos Bálsamo el viaje á París en silla de posta, y aceptado el partido por el transigente José, se verificó otro viaje como el de Agliata y la Feliciani de Roma á Bérgamo; entrando el aventurero; oscuro y degradado, en aquella capital, donde pocos años después debia representar el papel culminante de un esplendoroso sémi-dios. El capricho de Duplaisir por la italiana se convirtió en una de esas pasiones, con que estan penados debidamente ciertos afectos ilejítimos por una providencia justa y sábia, y en que los celos, la envidia y la imposibilidad de destruir trabas y obstáculos, hacen el papel de esas fúrias vengadoras, que los paganos apoderaban de los grandes culpables, para adelantar en sus almas los tormentos desapiadados del Orco. Obligado á con-

siderar á un marido despreciable, pagando la costa de una fastuosa residencia en París, no pudiendo imponer á la mujer amada el abandono, la separacion ni el desvío de su consorte, y no teniendo valor suficiente para desligarse de vínculos, que tanto oprimían su ánimo y laceraban su corazón, Duplaisir vacilaba entre multitud de pensamientos contradictorios, detenidos en su vertiginoso rumbo por el temor de una solucion aventurada, ó contenidos en su curso fantástico por la expectativa desastrosa de una ruptura irremediable.

Pasando José Bálsamo por la esquina de *Saint Jacques de la Boucherie*, y viendo cerca de una farmacia un círculo considerable de gente, se acercó movido de la curiosidad, enterándose de que el cochero del marqués de Chateaudun, gentil hombre de S. M., habia sido atacado de un accidente súbito, y yacía inerte y frio como un cadáver sobre el pavimento, rodeado de esos papamoscas que en los siniestros públicos para nada sirven, pero en cambio estorban en todos con su importunidad y su estancamiento embarazoso en el teatro de las catástrofes, que no saben ni pueden, ni quieren remediar. Bálsamo apartó con esfuerzo á la muchedumbre que le impedía el paso, y con todo el aire de un doctor en el arte de Hipócrates y Galeno, tomó el pulso al que parecia finado; hizo rápidas pruebas de pulsacion en sienes y pecho de la víctima de aquel ataque terrible; suplicó á uno de los circunstantes que

mantuviese levantada la cabeza del servidor de Chateaudun, y sacando un frasco pequeño, lleno de un licor rojizo, le examinó á la vislumbre con atencion esmerada, destapándole cerca de los labios del privado de sentido, y vertiendo en su boca tres gotas, con minuciosa detencion y exquisito cuidado. Aun no habia vuelto á guardar el frasquillo cuando el accidentado abrió los ojos, desperezándose como el que despierta de un largo sueño, entre los murmullos de admiracion de la multitud, que acalló el siciliano con un gesto imperioso. El cochero, asombrado de verse en el suelo y objeto de la fija atencion de tantas personas se levantó, sacudiendo su librea para disimular su embarazo, y pidiendo el sombrero á una obesa comadre, que le tenia amparado bajo su blanco delantal.

—¿Cómo te sientes? le preguntó Bálsamo con los fueros de salvador de su existencia.

—Me siento bien, señor, repuso el criado de Chateaudun, que recordaba ya su pasado acceso. Pero me duelen la cabeza y los lomos, sin duda de la caida, porque fué esto un rayo, señor. Nunca me ha pasado otra.

—Pues hazte asistir por facultativo, muchacho, añadió José con significativa importancia; porque no siempre tendrás la fortuna de que te vuelvan á la vida. Si tardo en llegar un minuto, buen amigo, hubiera sido tarde. Adios.

La gente siguió al resucitado á cierta distancia, y maese Rochambert, boticario de *Saint Jac-*

ques, testigo de esta escena, hizo entrar en su despacho al extranjero, tratándole como á hombre de la facultad; no tardando en quedar sorprendido del saber y experiencia de un profesor, que le habló de la Flora india y de los medicamentos, empleados en las tribus africanas por los derviches, escelentes naturalistas; acabando el buen farmacéutico por interesar á José en que ejerciera en París la profesion médica en determinadas condiciones de prestigio y respetabilidad; brindándole su establecimiento para punto de citas, gabinete de consultas y laboratorio particular.

José mismo no creia los vaticinios halagüeños de maese Rochambert acerca del pronto y seguro éxito de sus tareas médicas; conjeturando que en una capital de tanta extension y bullicio debia tardar mucho en adquirir un nombre esa fama, que requiere atmósfera más diáfana y tranquila para repercutir, claro y sonoro, el eco de una celebridad, no fundada en el estrépito ni el escándalo. Sin embargo, con no poca sorpresa, y reducido su círculo á la botica de *Saint Jacques*, tocó resultados tan imprevistos y satisfactorios que decidió extender la órbita de su asistencia facultativa, si bien ocultándolo al farmacéutico, su amigo; á cuyo efecto alquiló un piso bajo en la Barriere, donde recibía de diez á doce de la mañana á los enfermos, espendiendo las medicinas y visitando á domicilio á los que pasaban aviso en las horas, asignadas á la diaria con-

sulta. Dos ó tres curaciones felices en sujetos de buena sociedad impulsaron el crédito de Bálsamo entre la gente de forma, y retirándose poco á poco de la clientela vulgar, con acuerdo de maese Rochambert, se concretó á lo más florido; ayudando á su auge y al favor de su persona, su calidad de extranjero, su lenguaje singular, sus conversaciones incitativas sobre países remotos y desconocidas civilizaciones; sus historias extrañas de conocimientos y costumbres peregrinos, y su calma imperturbable en los lances de mayor apuro, que inspiraba á las familias una grande fé, sobre todo cuando veían conjurada la crisis ó superado el peligro, sin una sombra de duda, ni un gesto de impaciencia de aquel sér escepcional y extraordinario.

Bálsamo se equipó con lujo, comprendiendo cuánto influye el exterior en casi todas las cuestiones de sociedad, y regaló á su mujer algunas alhajas; determinando mudarse al piso alto de la Barriere, en la misma casa donde tenia el gabinete de consultas matinales; yá quisiera separar á Lorenza del asíduo cortejo de Duplaisir; ya se propusiera romper en definitiva aquellas relaciones. Por aquel tiempo (1772) era el maestro de baile Monsieur Lyon uno de los tipos parisien- ses más favorecidos por la boga, y cabalmente José habia asistido á su hermana, enferma de una erupcion variolosa, negándose á recibir honorarios, para estimular por el agradecimiento sus informes favorables en los primeros círculos de

la capital. En la noche del lunes, 21 de Diciembre, dió Lyon á sus discípulos un ostentoso baile é invitado á la fiesta nuestro héroe, se presentó en ella con la Feliciani, ambos equipados como príncipes, y causando en aquella numerosa y escojida reunion el efecto que Bálsamo aspiraba á producir.

XX.

Apenas supo Duplaisir por las revelaciones de Lorenza que Bálsamo trataba de abandonar su domicilio, trasladándose á la Barriere, calculó que el siciliano quería poner término á sus relaciones; sospechando por sus obsequios recientes á la Feliciani, y más que nada por haberla presentado con tanta fastuosidad en el baile de Monsieur Lyon, que se proponia buscarle empleo mas útil, haciendo á su consorte escalon de ambiciones que él no podia satisfacer. Entonces, y con todo el ascendiente que tenia en el ánimo de la italiana, empezó á cultivar su desprecio y su odio hácia un marido, bastante vil para trocar en mercancía las gracias de una esposa, cuya belleza y decoro merecian el culto de un amor intenso; proponiéndola romper la sumision vergonzosa de aquel aventurero miserable, que la haría apurar un dia, más ó menos próximo, el cáliz de la ignominia, y para prueba decisiva de que

estos consejos no eran disfraces especiosos del egoísmo, Duplaisir se comprometió á proporcionar á la fugitiva medios hábiles de volver á Roma y al seno de su familia, si preferia esta determinacion á vivir en la independendia ó al abrigo del tierno amor que la profesaba. Lorenza, que una vez fuera del camino por donde la habrian guiado su educacion é inclinaciones, carecia de talento y malicia para trazarse una marcha consecuente, en cuanto cabe en las existencias del género de la suya, tomó estas declaraciones de Duplaisir por efectos de una pasion impetuosa, y aunque había resistido á las sujestiones repetidas de su madre sobre entablar el divorcio, cedió á las instancias de su amante, consintiendo en huir del lado de su esposo, y en ocultarse en una linda casa de campo en *Fontenay-aux-roses*, uno de los más deliciosos contornos (*alentours*) de París. Tan pronto como José dispuso la traslacion á la Barriere, y dió sus instrucciones en tal sentido, Lorenza desapareció de casa, y Duplaisir finjió admirablemente la sorpresa más dolorosa por esta fuga; pero no engañaron tales apariencias á Bálsamo, que se resolvió al castigo ejemplar de aquella rebeldía con la firmeza propia de su carácter.

Sin perder el tiempo fué Cagliostro á casa de Madama Saint-Dizier, vieja opulenta en *Saint Jacques*, á quien suministraba su agua maravillosa para conservar la frescura de la tez y su oleo santo para teñir el pelo de un negro lustro-

so, y en la tertulia de esta señora habló á Monsieur de Lacaze, secretario del ramo de policía en el Parlamento; confiándole la escapatoria de su mujer, sus indicaciones para creer á Duplaisir cómplice, sino causa, de la evasion, y su deseo de que encontrada la prófuga fuese detenida en un encierro, en expiacion de su culpa y en escarmiento de sus propensiones á una inconveniente y peligrosa emancipacion. Monsieur de Lacaze, enterado del asunto, citó á Bálsamo á su oficina para el dia siguiente; haciéndole firmar la solicitud para la captura y arresto de su esposa, peticion que debia iniciar los procedimientos y diligencias de un actuado formal y objeto de controversias, como veremos pronto. Tomado con empeño este negocio por el secretario de policía, claro es que los agentes y subalternos del ramo recibieron órdenes algo más apremiantes y estrechas que las comunes; comprendiendo lo que les iba en cumplir los deseos de su gefe, y cumplirlos en el menor espacio posible y con las consecuencias más completas que fuesen dables á su comision. A los tres dias de expedidas las órdenes anunció Monsieur Lacaze á nuestro héroe que Lorenza, encontrada en su refugio de Fontenay, conducida á París en un carruaje celular, y presa en Santa Pelagia (cárcel de mujeres), aguardaba en sala particular de reclusion que su marido pronunciase su sentencia, fijando el tiempo de su detencion hasta un año de máximo, ó bien la restituyera la libertad, haciendo

constar su perdon en el expediente. José marcó seis meses al castigo de la Feliciani, señalando una pension módica á la reclusa para que distinguieran su trato y alimentos del réjimen ordinario de aquella casa de correccion; obteniendo una incomunicacion absoluta, interior y externa, que debia duplicar las penalidades de aquel semestre de purgatorio. En cuanto á ropas y alhajas de su mujer, Bálsamo las hizo recuperar por la policía de casa de Duplaisir, quien tuvo buen cuidado de callar por entonces, temeroso de una complicacion en el proceso, y asombrado de la influencia del siciliano con las autoridades gubernativas; pero juró vengarse del golpe que desbarataba sus proyectos, humillándole en su país, y esto esplica las declaraciones de este hombre en el célebre proceso de Monseñor de Rohan.

José continuaba con éxito la profesion médica, con sus agregados de preparaciones especiales, como las expendidas en la fonda del Sol en Roma, y algo de alquimia entre sujetos imbuidos en este sueño de las fantasías delirantes, y en sus accesiones, el elíxir de la vida y el secreto de la perenne juventud. Ya se habian dado algunas quejas en el Parlamento contra el médico intruso, unas exigiendo que se obligara al extranjero á presentar sus títulos á la subdelegacion de París, y otras reclamando sencillamente que se le prohibiera el ejercicio de la facultad; pero la proteccion de Monsieur Lacaze habia frustrado estas solicitudes, y ninguna dió margen á expediente.

en molestia ó perjuicio del curandero italiano. Duplaisir atizó el fuego contra Bálsamo, valiéndose de escitaciones y dádivas para que ciertos doctores denunciassen abusos indignos y verdaderos crímenes del siciliano, hasta bebidas y operaciones abortivas; pero tampoco surtieron efecto las acusaciones, y la sombra del secretario de policía siguió proyectándose, benéfica y garantizadora, en el físico de Madama Saint-Dizier. Por desgracia del curandero, Monsieur Lacaze fué promovido á una plaza de togado en Tours, y no conociéndole, entró en consulta en casa del baron de Jacquart con el subdelegado de medicina nuestro héroe, tratándole con cierta ironía desdeñosa. Faltando la proteccion en el Parlamento, y siendo la misma subdelegacion la querellante, el tribunal prohibió á José Bálsamo la profesion de la medicina bajo las conminaciones más severas; dándole tres meses de término improrogable para traida y presentacion de sus certificados y diplomas; debiendo sufrir exámen además para obtener reválida que le autorizase al ejercicio de su arte, en conformidad á las leyes del reino.

Nuestro personaje, creyendo bastante castigada á Lorenza con cuatro meses de rígida reclusion en Santa Pelagia, fué á verla para juzgar de las disposiciones de su ánimo; hallándola arrepentida, y deseosa de abandonar aquel lóbrego recinto, para seguir á su esposo, como entendia que era su obligacion. Arbitro de abreviar el

castigo, como lo habia sido de imponerlo dentro del término de la ley, Bálsamo perdonó en debida forma á la reclusa, y puesta en libertad por órden del Parlamento, la Feliciani, fué trasladada en coche por su marido al piso principal de la casa de la Barriere, lujosamente amueblado para recibirla.

XXI.

No queria Bálsamo abandonar á Paris hasta que dieran el fruto que de ellos se prometia dos negocios, entablados con tanto interés como sijo: el uno con cierto fanático por la alquimia, empeñado en convertir el azogue en plata, segun las indicaciones del libro de los *Secretos áureos* de Juan Hemstad, y el otro con la crédula Madama Saint-Dizier, ilusionada con el elixir egipcio, que debia hacer en su físico una restauracion prodijiosa; devolviéndole aquella lozanía y aquel vigor de los treinta años, de que habia abusado un poco la buena señora, á decir verdad. Un ensayo feliz de la direccion de José habia imbuido más y más al maniaco por la ciencia hermética en la posibilidad de la conversion química que afanosamente procuraba, y el barrote que resultó de dos meses de fusiones en la retorta, llevado al exámen pericial por Bálsamo, fué reconocido por contener más de un tercio de

plata de su compuesto; enloqueciendo de alegría al saberlo el ardiente discípulo de Avicena, Theofrasto y Evónimo. Madama Saint-Dizier se preparaba á la reconstitucion de su naturaleza, tomando todas las mañanas un baño de leche y cada tres dias una pocion de jarabe de la salud, tónico que lisonjeaba infinito las esperanzas de la vieja rebelde, que confundia el efecto momentáneo de las drogas escitantes con los impulsos de un temperamento, provocado á su regeneracion por estos preliminares de remedio más eficaz y decisivo.

Duplaisir, desesperado de no ver á Lorenza, despues de su salida de Santa Pelagia, por mas que rondaba la calle como pudiera hacerlo un imberbe escolar, le escribió por la pequeña posta ó correo interior de París; pero la Feliciani entregó la carta á su marido, despreciando á un amante, que tras de las exageraciones amorosas de un Orlando, la abandonó á los rigores de su suerte, sin aventurar un paso en favor suyo para rescatarla de un duro y penoso cautiverio. Duplaisir, exasperado por el desden de Lorenza volvió á escribirle, esta vez sin firmar la epístola; amenazando con hacer matar á un vil esposo, que no merecia poseer el tesoro de gracia y de ternura que robaba á quien mejor sabia estimarlo; apoyando su resolucion con juramentos tales que traian á la memoria el tremendo por la laguna Estigia, al cual no se atrevian á ser infieles los Dioses del Olimpo pagano.

José enterado de esas extremidades furiosas de Duplaisir, privado del lucrativo ejercicio de la medicina por el Parlamento, no sabiendo ya como desembarazarse de las impaciencias laboriosas del alquimista, cansado de la farsa regeneradora de la Saint-Dizier, poseedor de dos mil escudos en dinero y más de quinientos en ropa y alhajas, aguijoneado por ese espíritu de inquieta movilidad que de viaje en viaje le condujo al altar de la apoteosis y al ara del sacrificio, decidió abandonar á París, no sin hacer de las suyas para dejar en la Babilonia europea las huellas ordinarias de su paso. Al admirador de la ciencia recóndita de los Geber, Morienos y Crolios, supuso un viaje á Malta para conseguir del sublime Althotas, alquimista del Gran Maestre, la clave de la famosa *tabla smaragdina* de Hérmes sobre las transmutaciones de la materia prima, y á la loca del barrio de *Saint Jacques*, fingió una expedición á la isla de Ródas á consultar con el rabino Benjamin Achirat, sábio de Egina, si el elíxir restaurador del Oriente debía su acción más pronta y admirable que en los países europeos á recogerse allí, frescas y legítimas, las drogas secas y adulteradas que circulaban en nuestras farmacias y depósitos de plantas, raíces, gomas y productos asiáticos. Uno y otra de los clientes de Bálsamo creyeron efectivos los móviles de su expedición, y encargándole pronto regreso, le dieron muestras de su liberalidad, acompañando las sumas con delicados obsequios

para el sublime Althotas y el sábio Benjamin, sumos sacerdotes del saber oculto. José y Lorenza abandonaron á París en silla de posta, en direccion á Bruselas, proponiéndose atravesar la Alemania y entrar en los dominios italianos.

Estas aventuras parisienses fueron publicadas en el folleto de la condesa de la Mothe, intitulado—«*Mi correspondencia con el conde de Cagliostro*;»—justificándose la prision de Lorenza y la prohibicion de ejercer la medicina. José Bálsamo con certificaciones de los expedientes respectivos, y Morand hizo uso del texto y de las certificaciones en sus violentos artículos contra el siciliano en el *Correo de Europa*; pero audaz y descarado como pocos, sostuvo nuestro personaje en su ruidosa *Carta al pueblo inglés* que el Bálsamo curandero y la Feliciani reclusa nada tenían de comun con el conde de Cagliostro y la condesa Serafina de Feliziani; desafiando á toda la policía de París á probar lo contrario si tenia medios de hacerlo.

XXII.

Ora cediese Bálsamo al vanidoso pensamiento de lucir sus aparatos de buena fortuna en Palermo, ya condescendiera con el capricho de Lorenza por conocer la pátria ó familia de su espo-

so, ó bien la ley de la espiacion le reclamase para purgar algo de lo que debia en aquella primera escena de sus aventuras, es lo cierto que nuestros excursionarios se presentaron en la capital de Sicilia, y que á poco de aparecer en ella, José fué reducido á prision; reabriéndose el proceso de Marano, y teniendo que contestar á los cargos, que le resultaban en el asunto del falso testamento del marqués Mauricio. La esposa de Cagliari, tia de nuestro héroe, habia fallecido hacia dos años, y el cambista no queria ni oir hablar de un sobrino que le proporcionara tan sérios disgustos; por lo que fué inútil la visita que, estimulada por su marido, le hizo la Feliciani á fin de interesarlo en la situacion angustiosa, en que se encontraba á su regreso imprudente al país natal. Por buena estrella de nuestro singular personaje, llegó á Palermo á los dos meses de prision el baron de Brettevil, caballero á quien trató en Roma con alguna confianza y que gozaba de consideraciones en aquella ciudad donde poseía bienes patrimoniales de bastante cuantía. El baron fué á la cárcel al primer aviso de José, por conducto de su consorte, y enterado minuciosamente de las causas que se sustanciaban contra el diabólico mancebo que tantos abusos cometiera en aquella capital, prometió intervenir en favor del procesado con toda la valía de sus influencias; neutralizando los esfuerzos de la administracion de la obra pía, perjudicada por el testamento falso, y los manejos del platero, que

no perdonaba paso ni recurso por conseguir la venganza de su estafa y apaleo en el negocio del tesoro escondido. Ni en uno ni en otro de los procesos era evidente la responsabilidad criminal de Bálsamo, y ayudando á esta circunstancia los buenos y válidos oficios del baron de Brettevil, se logró en ambos la absolucion de la instancia, si bien con la cláusula de destierro en el de Marano, para satisfacer en algun modo el vivo resentimiento de aquel hombre, cruelmente burlado por José y sus dignos camaradas; abandonando á Palermo nuestros expedicionarios para ir á Malta, donde Cagliostro llevaba misteriosos planes.

Malta era entonces lo que Liorna en nuestros dias; el punto preciso de converjencia de las civilizaciones europea y asiática en intelijencias, relaciones y tráficos; concurriendo á mercado tan fácil á toda suerte de especulaciones, negocios y giros, tipos notables, curiosos y pintorescos, entre los cuales se familiarizaba el hombre observador y comunicativo con todas las tradiciones, costumbres y maneras de ser de los pueblos principales del Oriente y de nuestro litoral franco, del Mediterráneo hasta el estrecho de Calpe. Allí entre el armenio, el griego, el turco, el tunecino y el africano, se agitaban el judío holandés, el comisionista aleman, el negociante británico, el contrabandista genovés y el galo aventurero. Allí se traian á contratacion los elementos más vários de la produccion natural,

industriosa y artística, de dos regiones del mundo; las rarezas más curiosas de cada país, provincia y localidad, y hasta objetos, laboraciones y particularidades, que solo tenían exhibición franca allí, donde nada era extrañable ni ilícito. Allí, entre el corsario de Trípoli que bebía el café sin endulzarle, el viejo israelita, que sorbía una Virginia en menudo polvo, el bizantino, fumador de aromático latakié, el sajón, que saboreaba el gim como una ambrosía, el zantino, mascando vena de tabaco, y el hamburgués, nunca harto de cerveza, se recojian noticias, se conocían secretos, y se averiguaban operaciones, que la imaginación más privilegiada no alcanzaría á concebir en los términos de su efectiva y patente posibilidad. Allí buscaba José Bálsamo en el trato y comunicación con los extranjeros, gente nómada, hombres de valer, de experiencia ó de práctica en diversas partes del globo, instrucción diferente de la que proporcionan el estudio y las tareas abstractas; especialidades de distintas zonas que recoger y esplotar oportunamente; materiales dispersos del saber teórico y práctico de cada raza y de cada punto, herencia recibida de remotas edades, anónimo beneficio de invéntor incógnito ó de importador ignorado, ó novedad coetánea, poco extendida aun en sus procedimientos. Allí, en tres meses de residencia, aprendió José entre los rabinos de Asia la adivinación de la *paloma* (niña virgen); las aplicaciones magnéticas de los ejipcios; las preparaciones

estimulantes del ópio, del háтчis y del líquen entre los indianos; la evocacion de los muertos, tan usual en las sectas sombrías de la costa de Coromandel; los augurios peculiares al fetichismo malayo; las comunicaciones con los espíritus de los lúgubres buddistas; y allí recibió de regalo la antigua cornelina que le sirvió de sello, cuya cifra era una serpiente, llevando en la boca una manzana, y traspasado el cuerpo por aguda saeta, obra antigua y de admirable perfeccion en el grabado.

Bálsamo sacó además modelos de cajas, frascos, botes y singulares envases de pastas, frutos, esencias, gomas y espíritus, los más raros y preciosos entre asiáticos, africanos y europeos; recojió etiquetas, sellos, tapas, marcas y signos, de las fabricaciones más estimadas y costosas en cada país, dotado de especialidades productivas; acopió gran cantidad de pequeños y extravagantes objetos, procedentes de pueblos remotos, y que ya por su materia, ya por su estructura particular indicasen su origen de una industria sin relacion con la nuestra, y empleó una parte de su capital en pedrería, por conocer algo el ramo desde sus negociaciones en Lisboa.

Nuestros viajeros pasaron á Nápoles donde José tropezó sin buscarlo con un rico mercader, imbuido en los arcanos de la alquimia, y en sociedad para las operaciones hermética con cierto fraile franciscano, grandemente persuadido de que entendia como nadie el lenguaje sibilítico

de Roguer, Vulstadio y Libavio, por más que en tres años de horno, constantemente encendido, no se hubieran observado los fenómenos de cristalización de las promesas crisolójicas de dichos revesados autores. José conoció que su negocio consistía en separar al codicioso negociante del hijo del Patriarca de Asís, y se dió tan buena maña para el caso, que á los seis dias de consultas, el religioso, picado de la preferencia con que su sócio trataba al extranjero, declaró que su voto de pobreza chocaba con aquellos trabajos en la piedra filosofal; abandonando el campo á su émulo, que no creyendo una pizca en la transformadora y vana crisopeya, estaba en mejor disposicion seguramente de embaucar al obtuso comerciante y sacar partido de sus fantásticas ilusiones, como es de suponer que sucederia cuando un hombre tan inquieto y emprendedor como Bálsamo, se detuvo cuatro meses en aquella corte, sin otras ocupaciones y hazañas, que refieran sus enemigos ó él relate en el extenso proceso ante la Inquisicion en Roma.

Lorenza, que habia escrito á su familia enviándole además algunas alhajas y curiosidades de las adquiridas en Malta, enseñó á su esposo una carta de su hermano, en que recordaba con cierta especie de reconvencion melancólica las promesas de fortuna y prosperidades, con que solia halagarle Bálsamo en otros dias, y fuese inspiracion del momento ó plan en lo futuro, José autorizó á su consorte á invitarle á reunirse

con ellos en Nápoles, librándole veinte escudos para la costa del camino; no tardando en presentarse Bautista Feliciani, mozo de una belleza distinguida y en la flor de una lozana juventud; pero díscolo, huraño y poco idóneo para los destinos á que le preindicaba la compañía de su hermana y de su cuñado.

XXIII.

No tardó en presentarse la ocasion de disgusto entre el marido y el hermano de Lorenza, porque José necesitaba instrumentos de sus miras y Bautista tenia uno de esos caracteres de independencia ruda, capaces de renunciar á sus más vehementes deseos, si revestian la apariencia mas leve de imposicion, ó siquiera de connivencia con la voluntad de quien pudiese influir en su ánimo. La Feliciani, en vez de intervenir discretamente en la cuestion con el carácter de su parentesco y esa diplomacia insinuante de las mujeres, dejó inclinar la balanza hácia el cariño fraternal, y fué causa de una desavenencia, que no podia tener otra solucion que romper y separarse los hermanos políticos.

En Marsella entró Bálsamo en íntimas conexiones con Madama de Framblart, viuda de un rico negociante; madre de una preciosa

jóven, educada con solícito esmero; muger de historia en la ciudad, y amiga de mucho tiempo de un señor acaudalado, Monsieur Weisvillier, de quien se contaba que habia salvado más de una vez de las inminencias de una quiebra al difunto Framblart, armador, banquero y atrevido contrabandista. El favor extraordinario, con que fué recibido José en casa de la viuda, escitó el resentimiento celoso del opulento anciano; pero Madama, que por un nuevo amante no queria perder al antiguo, quien además carecía de cercanos parientes y era padrino de la linda Isabel Framblart, se apresuró á desvanecer sus sospechas revelándole que Bálsamo se ocupaba de la regeneracion de su sér con los recursos de la ciencia ejipcia, que habia aprendido entre los sacerdotes, custodios del saber tradicional de los tiempos Faraónicos. Era Monsieur de Weisvillier un espíritu limitado y accesible á toda especie de supersticiones; pero afectando ciertas dudas de *esprit-fort* (tipo comun entonces), quiso hablar con el discípulo de los sacerdotes ejipcíacos para juzgar de las probabilidades de su atrevida empresa, y Bálsamo se comportó de tal manera en la consulta que el pobre señor salió más ciego que la misma Framblart, prometiendo al restaurador de naturalezas agotadas que haria su fortuna con rejuvenecer á la señora de sus pensamientos, y vigorizar sus decaidas fuerzas, prestándose á todo cuanto fuera necesario al efecto, y proponiendo al doc-

tor oriental que fijara su domicilio en Marsella.

Disimulado galán de la vieja libertina, objeto de una especie de veneración de Weisvillier, extremadamente simpático á la jóven Framblart á quien traía de continuo finezas y regalos, y hasta grato á la servidumbre por haber curado al cochero Gros-Jean de un réuma inveterado en la pierna derecha, Cagliostro se hizo dueño absoluto de aquella casa en poco más de tres meses, y pensó en radicar su dominio casando á la linda Isabel con Bautista Feliciani, á quien presentó á la familia marsellesa como su pupilo, caballero romano de noble cuna y no escasos haberes. Madama no dejó de notar que el caballero Feliciani era hermoso y fuerte; Isabel le encontró parecido con el busto del Tasso, que con el de Ariosto, ambos en bronce, tenía en un gabinete su difunto padre; el señor Weisvillier habló de un buen dote si se encontraba un marido á gusto de la niña, aunque no contase con gran patrimonio, porque en su testamento sería otra cosa, y Bálsamo vió fácil y espedito el camino para colocar á su cuñado en excelentes condiciones; suponiendo que no había sido indiferente á los encantos y habilidades de la ahijada de tan generoso padrino. José contaba sin la huéspeda, como suele decirse, y cuando comunicó á Bautista su proyecto, pintándole el porvenir de felicidad y riqueza que le tenía deparado, encontró una hosquedad extraña en el mancebo, que acabó por

declarar bruscamente que no tenia inclinacion al matrimonio, y que no era para casarse con una tontuela rica para lo que habia dejado á Roma, decidido á correr el mundo con un hombre de génio y de recursos poderosos. Para mayor despecho de Bálsamo, la Feliciani tomó el partido de Bautista, reprobando el enlace con la Framblart en términos de una violencia extrema, y todas las observaciones, instancias, mandatos y hasta amagos de rigor del siciliano, fueron estériles; reconociendo que no conseguiria doblegar aquellas voluntades coaligadas contra la suya. Con la prontitud de ingenio que le caracterizaba y la destreza manual que ya le conocemos, nuestro héroe finjió una carta de Roma, en que se le participaba la postracion fatal de su suegra, Magdalena Fierri, y representando á maravilla el papel de tierno hijo político, hizo inexcusable su partida inmediata; sacando gruesas cantidades á Madama y á su viejo adorador, por supuesto con el compromiso de volver cuanto antes, y favorecido con obsequios extraordinarios por la Framblart, que exigió especiales y privadas protestas de regreso.

Aquí pierden las huellas del cónde de Cagliostro una gran parte de sus biógrafos y tratadistas de sus várias aventuras, y unos lo rastrean en Cádiz, y otros ván á buscarle á Lóndres, siguiendo los rumbos de historias y reseñas, que no se han cuidado de compulsar escrupulosamente las citas diversas de estos autores, recurriendo, como lo ha-

ce mos nosotros, á los datos oficiales, contenidos en los procesos de París y Roma, ó bien y en su defecto, á las indicaciones de Morand y de Madame de la Mothe, que procuran analizar todo lo posible los pasos de este personaje, blanco de sus encarnizados ódios. José dijo ante los inquisidores que habia atravesado á España, sin más especificaciones ni detalles; pero su enemiga en la causa de Rohan, en el folleto—«*Mi correspondencia con el conde de Cagliostro*,»—adujo el testimonio del cirujano inglés Mister W. Sachy, del cual aparece que el teniente Don Thiscio Napolitano, con su mujer y un jóven hermano político, estuvieron en Valencia, procedentes de Barcelona, parando unos quince dias en la misma fonda en que habitaba el testigo, y que en Alicante los volvió á encontrar cuando allí estuvo el cirujano en sus correrías facultativas por la península ibérica; por cierto (agregaba Mister Sachy) que la conducta de la señora y tolerancia de Don Thiscio eran objetos en la última ciudad de nada honrosos comentarios, por lo que evitó su trato el operador inglés, marchándose de Alicante sin despedirse de ellos. Cagliostro rechazó el testimonio de Sachy en su extensa—«*Carta al pueblo inglés*,»—negando que hubiese estado en uno ni otro de los citados puntos, ni conocido por consecuencia al cirujano británico; pero el gacetero Morand, noticioso de hallarse Sachy en Strasburgo, le escribió sin demora; obteniendo de él una ratificación más circunstancia-

da de ciertos hechos vergonzosos de la Feliciani que el iracundo gacetero se apresuró á publicar en su *Correo de Europa*.

Lorenza, declarando ante los jueces del Santo Oficio, se contrajo á decir que en Cádiz, donde su marido trabajaba en la piedra filosofal con un señor rico y pródigo con el auxiliar de sus tareas, hubo un altercado terrible entre Bálsamo y Bautista, pretendiendo el primero que el segundo se habia apropiado unas alhajas, extravíasadas en el camino; por lo que Feliciani salió de la casa furioso; disponiendo José el viaje á Londres, sin contar con su cuñado á quien abandonó en la perla del Océano, con profundo pesar de su hermana.

XXIV.

Por mas que sea histórico nuestro relato, no faltará lector que se pregunte con estraneza, al ver esplotadas por nuestro héroe á tantas personas de buena posicion y de elevada clase con la alquimia, la regeneracion de la naturaleza, y los elíxires de la perfecta salud y de la restauracion de fuerzas desgastadas, qué sociedad de imbéciles era esa del siglo XVIII, tan propicia á las fábulas de una pretendida ciencia, en pugna con los decretos providenciales, y tan accesible á los advenedizos que se jactaban de esos conocimien-

tos ocultos, cuyas pruebas costaban tanto á los curiosos, sin que jamás alcanzasen la realidad prometida por los embaucadores. A estos cándidos de siempre, admirados de que la humanidad sea loca, ávida de lo nuevo, propensa á lo inverosímil y amante de lo imposible, podríamos convencer de que la sociedad del siglo XIX, que tiene la preocupación de la despreocupación, como dice nuestro Figaro (Larra), no es menos afectada á los apóstoles de lo desconocido, ni menos inclinada á las ciencias ocultas, que lo fueron sus predecesores; pero baste á nuestro propósito citar á esos incrédulos en la credulidad común los tipos de Cubí, frenólogo y magnetizador; Hume, en inteligencia con los espíritus; Herman el de los espectros, y fantasmas, y los hermanos Davenport, espiritistas de grande espectáculo: tipos que realizan en esta época algunos relieves, que hicieron tan notable en la suya al héroe de nuestro estudio histórico.

Apenas llegado á Londres José, entró en conocimiento con la señora Fry y con el señor Scott, sócios en el estudio de la cábala de loterías, y muy convencidos ambos de que no había casualidad en tal juego, sino combinaciones misteriosas, que el ingenio humano rastreaba en noble y asídua lucha con los arcanos de la suerte, dando alguna vez con la clave, merced á la estadística de observaciones que organizan ese saber de los que nada saben en puridad. Bálsamo era demasiado listo para no aprovechar la coyuntu-

ra que le ofrecian los viejos cabalistas ingleses, y quiso el azar que á los dos meses no cumplidos de formar terceto en el estudio de los números premiados ganase la compañía un terno de dos mil libras con guarismos fijados por el siciliano con relacion á los consejos de una sonámbula, y no fué necesario más para imbuir á nuestros cabalistas en que el extranjero era otro Simon el mago, y tampoco hubo menester de más el discípulo de Althotas para persuadir á la Fry, como al Scott, que aquello era un juego pueril en cotejo con lo que sabia en la ciencia del divino Hérmes, hasta engrosar las piedras preciosas enterrándolas, y endureciéndolas despues de abultadas con los polvos consolidantes.

Madama regaló á Lorenza un collar, con setenta y dos brillantes formando estrellas radiosas, y el anciano caballero obsequió á José con una tabaquera de oro, primorosamente esmaltada, y con su cifra en diamantes menudos; entrando los cabalistas en la manía de la piedra filosofal, aumentado el incentivo de exorbitantes ganancias con la elaboracion del elíxir de la vida, á cuyo hallazgo referia solemnemente Cagliostro la prodigiosa longevidad del patriarca Mathusalem, padre de la crisopeya. Todo fué perfectamente en los tres meses primeros de trabajo alquimista, y la Fry dió su parte, lo mismo que el Scott, en los gastos cuantiosos de yerbas, metales, espíritus y combustibles; resultan-

do cumplidas todas las predicciones de Bálsamo en cuanto á ebulliciones del líquido en la retorta, colores prismáticos del borborismo, mutaciones y transmutaciones de las materias en fusion, y períodos de las proyecciones spagíricas. De repente estalló entre los asociados una disidencia formidable; siendo de notar que mientras Scott nada intentara contra José, la señora Fry le citó á juicio, acusándole de estafas á título de cábalas de loteria y de operaciones de la ciencia magna; originándose un proceso, fecundo en escándalos y en rarezas, en que la irritada vieja sacó á plaza todos los propósitos confidenciales de Bálsamo, y este tuvo la audacia de proclamarse cabalista, contó el premio del terno, debido á su clave particular, y negando bajo la fé del juramento los hechos de que la demandante no podia presentar testigos, salió absuelto de la demanda.

Tanto madama de la Mothe en su folleto antes citado, como el gacetero Morand, hicieron uso de estos autos para confundir al famoso aventurero; sin grande apoyo, á la verdad, en un litigio, en que apesar de las imputaciones y de los extravagantes asertos de la parte actora, los tribunales ingleses no hallaron elementos de justa condenacion del demandado, y de dos cólegas de nuestro héroe, solo uno salió ante la justicia querellándose de sus engaños.

XXV.

Vagando José á Dios y á la ventura por las calles de la extensa y populosa capital, que atraviesa el caudaloso Támesis, acertó á ver en la ventana de un piso bajo, y en ancho cartelón, el anuncio de una almoneda; penetrando en la casa por curiosidad ó por matar el tiempo, como dice la arrogante frase española. Los herederos de un celibatario, entregado totalmente al estudio, se desembarazaban de una gran coleccion de grabados, antiguos y modernos, de una selecta y numerosa librería, de una completa série de monedas romanas, galas, francas y góticas, y de porcion de manuscritos, papeles curiosos, notas y apuntes. Registrando Bálsamo los manuscritos, abrió un libro cuya portada decia—«*Masonería ejipcia, expuesta y comentada por Jorge Coston*,—y chocándole el título, leyó ligeramemente las bases del sistema y determinó adquirir el volúmen; disimulando la eleccion con incluirle entre otros que le interesaban mucho menos. Abonado el importe de su compra, salió José del local, vivamente preocupado con aquel libro, que habia abierto dilatados horizontes en su imaginacion volcánica; ofreciéndole un compuesto de mágia y de dominacion mística, muy acepto á las inclinaciones del aventurero siciliano; en-

sanchando con las solemnidades fastuosas de un rito oculto aquellas misteriosas operaciones con que habia impresionado tantas inflamables fantasías; prometiéndole un nuevo y grandioso carácter en las sociedades secretas, donde representar el papel de Gran Cofto ó sumo Sacerdote del rito ejipciano, especialidad del cuerpo general de la Masonería.

A pocos pasos de la almoneda fué Bálsamo detenido por un caballero, de traza militar y de difícil pronunciación en el idioma inglés, quien acababa de ser informado de la adquisición del libro de Jorge Cofton por nuestro héroe, por haberlo visto en el inventario y preguntado por él á los vendedores. El coronel Falsteind, prusiano, maestro en la gran lógia de Berlin establecida en 1752, y á la sazón laborante en una logia de masonería de York en Lóndres, no queria más que hojear aquel tratado del rito ejipcio, y consintiendo en ello de buen grado José, entraron en una cervceria próxima, departiendo largo rato sobre la franc-masoneria. Tres dias despues de esta conferencia Bálsamo y la Feliciani eran recibidos en la lógia de Lóndres, confiriéndoseles en un acto propio los tres grados de aprendices, hermanos y maestros.

XXVI.

Hagamos alto un momento en nuestra narra-

cion, queridos lectores, para ocuparnos en general de la franc-masonería; pero antes de esta especie de conferencia sobre una institucion, tan antigua como váriamente apreciada, cumple á mi deber y conviene á vuestro gobierno algo que sirva de preliminar, siquiera haya de ser muy breve. El autor de un libro establece una correspondencia noblemente confidencial con los que procura instruir y deleitar con sus obras, y les debe, á fuer de amigo, la verdad de sus convicciones y sentimientos, y la verdad de su situacion y condiciones. Al hacernos cargo del masonismo, como si nos refiriésemos á la compañía de Jesús, ningun móvil, favorable ó adverso, llevan mis informes, recojidos en multitud de autores que tratan del particular, y yo, que ni seria mason ni jesuita, por amor á mi libre albedrío, con todas las ventajas é inconvenientes de tal independencia, he tenido gusto particular en adquirir noticias de ambas sociedades, extraño siempre al patrocinio y al ataque de sus constituciones y consecuencias, y desautorizado en punto á conocimiento propio de una ni de otra institucion. Así pues, cuanto yo os diga en este y sucesivos capítulos, consideradlo como una condensacion de curiosos apuntes sobre la masonería, exenta de reservado pensamiento, y de pretensiones de iniciacion en arcanos, que ni conozco ni deseo penetrar.

En esa manía de antigüedad remota de la mayor parte de las asociaciones, el masonismo re-

fiere á Salomon el primer rastro luminoso de su origen, buscando en Hiram el jefe de la secta de masones, que erijieran el templo de Jerusalem; y hay quien remonte á Moisés y Aaron la cuna de la gran familia masónica, y quien suponga á Enoch y Elías fundadores en el monte Carmelo del rito de la fraternidad humana, bajo la idea del grande arquitecto del universo. Estas afirmaciones carecen de prueba posible; pero adjudicándose los hechos históricos más culminantes, la masoneria vé en el Mesianismo hebreo el trabajo secular de sus doctrinas, y en Juan el Bautista al precursor del cristianismo, evolucion suprema del único Dios (*Theos*) y de la hermandad entre los hombres, contra el bárbaro politeísmo del imperio romano; y mientras reverencia al Precursor, no dedica culto ni memoria especial á Jesucristo, aceptando en su confraternidad á los que profesan toda especie de religiones, con solo la exigencia del deísmo; alegando que circunscribe su accion á extender entre los hombres el principio fraternal, sin ligarlo á fórmulas religiosas que creasen innecesarias exclusiones á su fundamental propósito, puramente humano y esencialmente práctico. El rito ejipciano pretende que el *Theos* y el mútuo auxilio del sacerdocio, la monarquía y la aristocracia, fueron principios masónicos, velados á la multitud pária del inmenso dominio de los Faraones por esas complicadas fórmulas, que Moisés aprendió como hijo adoptivo de Príncipes, y que trasladó á los levitas del pueblo de

Abraham, de Jacob y de Josef; recordando el empeño de los patricios romanos por reservar de la plebe las fórmulas curiales, hasta la retirada tumultuosa de los plebeyos al monte Aventino.

La iglesia primitiva, en lucha tenaz con el abrumador poderío del despotismo idólatra, comunista en sus bienes, hospitalaria, entendiéndose por signos recatados, visitada en sus comuniones por apóstoles peregrinos, creciendo en los cruentos rigores de la persecucion, dividida en catecúmenos, confesores y maestros, fundiendo todas las categorías en una propia consagracion á la santa idea, refugiándose en lo íntimo de las casas para constituir sociedad de fieles, y guareciéndose en las sombrías catacumbas de Roma, ha dado tipo á la masoneria, para preciarse de provenir de ese tronco, cual de Abraham procedieran Isaac é Ismael. Cuando la iglesia (dicen algunos libros masónicos) auxiliada por los jefes de projénies bárbaras, convertidas al cristianismo, extendió sus conquistas por la espada de los vencedores, los pueblos nórdicos, ánglos, sajones y slavos, resistiendo en nombre de su nacionalidad á los misioneros, que precedían á francos y normandos invasores, formaron una liga masónica, con tribunales weímicos, juntas secretas, y agentes que se daban á conocer por señales convenidas, esplicándose de este modo el auge de las asociaciones misteriosas en aquellos paises, donde es tradicional y patriótica la union estrecha y solapada, que dirige sin ruido el con-

curso de las fuerzas á un designio inquebrantable.

Dos grandes fenómenos de la Edad media se atribuye el masonismo, que cualquiera de ellos, cuanto más los dos, ennoblecerían considerablemente al máspreciado instituto: las cruzadas y los gremios artísticos é industriales, que prepararon la regeneracion social de los siglos xv y xvi. En cuanto á las cruzadas, ya se sabe que fueron precedidas por la instalacion en Oriente de caballeros hospitalarios de la órden de San Juan, despues templarios por el edificio del *Temple* que ocuparan en París, y esta órden tuvo que consagrarse á transijir en una fórmula particular el misticismo de los cristianos orientales con el espíritu más realista y positivo de los cristianos de Occidente, á fin de crear una correspondencia moral, como creó la comunicacion entre unos y otros por la lengua franca. De esta idea surgió pronto un pensamiento: el de radicarse en la estimacion de cristianos é infieles por una fácil caridad, que prescindiese de diferencias entre los hombres, para no atender más que al socorro de necesidades y al alivio de infortunios; y tanto consiguieron en este camino los templarios, que hasta en las guerras de aquellas tres campañas titánicas entre la cruz y la media-luna se respetaron sus casas y hospitales, donde se daba albergue á peregrinos, extraviados y fujitivos, se acogian enfermos, heridos y fatigados, y recibian remedio, favor y amparo cuantos lo habian me-

nesser, adorasen á Cristo ó á Mahoma. Relajado yá en su integridad el intransigente espíritu religioso de aquella época, la órden del Temple, posesionada del Asia, cuando ya no iban á los santos lugares más que peregrinos, dueña en Europa de una inmensa fortuna, se organizó en sociedad política, con sus estatutos, impenetrables fuera del círculo de sus altos dignatarios; sus instrumentos dóciles en los caballeros, iniciados en las fórmulas, y no en el fondo del pensamiento de la nueva organizacion masónica de la órden; sus afiliados numerosos, que sentian algo de grandiosamente extraño en sus misiones respectivas, obedeciendo con una adscripcion absoluta los mandatos de una superioridad, respetada y temida como una Providencia. En el proceso de Roma declaró Cagliostro que la secta masónica de la *Estrecha Observancia* se proclamaba vengadora de los templarios; conspirando contra el Pontificado católico y la monarquía, para hacerles expiar el sacrificio de la órden á que presidieron Clemente V y Felipe el Hermoso. Respecto á los gremios artísticos é industriales, su cohesion obedecia á un pensamiento, intuitiva ó deliberadamente masónico; porque la fraternizacion, la recíproca y general ayuda de los hermanos, y los símbolos, alegorías y convencionales cifras de arquitectos, artífices, fabricantes y menestrales, vienen á ser los caracteres predominantes de las sociedades masónicas, definidas por el doctor Oliver—«*hermoso sistema de mo-*

ralidad, velado por alegorías é ilustrado por símbolos.»—En Escocia consta la introduccion del masonismo por los arquitectos que levantaron la insigne abadía de Kilwinning, primer centro en aquel país del antiguo rito escocés, hasta el incendio de la lógia en 1742, en que tomó el primer rango la lógia de Santa Maria, que conservaba sus archivos desde 1598, consecutivamente y sin interrupcion, porque la reforma no persiguió estas sociedades como lo hacia el catolicismo.

XXVII.

No es en el mediodia de Europa, sino en Inglaterra y Alemania particularmente donde podemos rastrear los fragmentos de la idea masónica, tanto en la integridad de sus principios, de los que Clinton escribe—*«que están basados en pura moralidad, siendo su élica la del cristianismo, sus doctrinas las del patriotismo y amor fraternal, y sus sentimientos los de una exaltada benevolencia;»*—cuanto de los extravios de estos principios por intereses relijiosos, políticos ó sociales y divisiones en sectas, de que no se han libertado otros vários institutos respetabilísimos, por su antigüedad, objeto y servicios á la civilizacion.

Mientras que en Italia, España y Francia,

los gremios abrigaban la union masónica al amparo del principio de religion, y bajo las formas piadosas de congregaciones, hermandades y cofradías, en Flandes, en Inglaterra y en la Germania, los laborantes del masonismo no tenían necesidad de escudarlo con otras aspiraciones, que paliaran su propósito, ni sus eficaces medios de accion. En Castilla, y en el movimiento de sus comunidades, en las germanías de la corona de Aragon, y en las revueltas de París entre Enrique III y los Guisas, pelaires, tundidores, sederós, tejedores, forjadores de hierro, mercaderes y traficantes en los mercados públicos (*halles*), probaron con su accion colectiva que no era una comunidad meramente piadosa la que los agrupaba y mantenía estrechamente unidos, como un poder, organizado para obrar en momentos precisos al servicio de una idea comun. El norte, menos propenso que el mediodia al estigma religioso en la existencia política y civil; disidente siempre del Pontificado, á cuyos influjos referia las continuas y desastrosas guerras del imperio y las cuestiones entre los potentados alemanes; avezado á que los gremios constituyesen poderes públicos, y rijieran verdaderas repúblicas en sus ciudades anseáticas, no desnaturalizó la fraternidad masónica de sus reglas; aplicándolas á fines de enaltecimiento de sus asociados por la union íntima, el auxilio mútuo de las respectivas necesidades, y los grados en la iniciacion de sus individuos, para evitar subversiones anárquicas,

manteniendo un orden que garantizara la estabilidad de la institucion.

En Inglaterra los franc-masones constituyeron cuerpo social en 926, y por mandato del rey Athelstane, y á peticion del príncipe Edwin, se congregaron en capítulo en York, nombrando á dicho príncipe Gran Maestre de la órden; dividiéndose esta en 1567 en dos grupos, antiguos masones de York y masones modernos, con dos Maestres, que con sus cismas debilitaron infinito la preponderancia de la poderosa asociacion, la que en tiempo de Guillermo III decayó mucho hácia el sur de la Gran-Bretaña, hasta no existir en la capital más que cuatro lójas, de vida languidescente, en la época de la reina Ana. En el reinado de James II el rito escocés designó para Maestre de aquella sociedad pujante al baron de Roslisco y á sus lejítimos sucesores, y en Irlanda se introdujo el mismo rito, con algunas modificaciones accidentales, creándose la lója-madre en Dublin en 1729, bajo el maestrazgo y presidencia del conde de Kingston.

En Alemania sufrió el masonismo una subversion extrema desde que cesaron en sus ejercicios aquellas familias masónicas de arquitectos, tallistas, pintores, vidrieros, carpinteros y alarifes (*macons*), que erijian catedrales como las de Colonia, Strasburgo y Tréveris; abadías, palacios comunales; puentes; castillos; casas solariegas, y barriadas de extension en las capitales y pueblos, florecientes por sus industrias y

tráficos. La reforma, con sus multiplicadas confesiones protestantes, quebrantó primero la unidad de pensamiento de la asociacion masónica, y las guerras de religion con España, Francia y el Imperio, acabaron de absorver la atencion en Holanda, Austria y las Sajonias; mezclando en sus cuestiones á la mayor parte de los círculos que constituian la confederacion germánica, y que sufrieron los cambios y peripecias, inherentes á una revolucion radical, en que el gigante moscovita, y el héroe sueco, y el político prusiano, destacáran en sus arrogantes figuras las fundamentales condiciones del porvenir de Alemania en los destinos continentales.

Witts, historiador juicióso de la masonería, asegura que Escocia y las lójas de York eran las depositarias de las tradiciones de la sociedad, y que la propaganda en Francia en el siglo xvii se debió á las dos sectas, por lo que las lójas francesas carecian de sumision á un centro comun en la independencia de sus trabajos, hasta que se entendieron para fundar la gran lója en París; confiriendo el maestrazgo al conde de Derwentwater, ardiente jacobista, decapitado más tarde en Lóndres por favorecer los planes de restauracion de los Stuardos.

XXVIII.

Al iniciarse en el siglo xviii ese movimiento

intelectual y preparatorio de la revolucion francesa, que produjo la agitacion fermentadora de los ánimos hasta el momento providencial en que los restos del feudalismo fuesen atacados, en sus bases ciclópeas por el implacable ariete de una reforma radical y absoluta del modo de ser de los pueblos, el masonismo pareció el núcleo más apropiado para concentrar fuerzas, que se prestaban á la accion, estimuladas por esa inquietud de todos los espíritus cuándo el soplo de Dios los conmueve para vitalizarlos, como al frágil limo de que formara á Adam. Esto, como observa cuerdamente Spen-Whall, si contribuyó en gran manera al auge de la decadente franc-masonería, comunicándola un impulso prodijioso de extension y de influencia, redundó en perjuicio del pensamiento capital de la asociacion fraterna para objetos altamente moralizadores; porque las sectas religiosas, políticas y sociales, se procuraron una egida protectora en el masonismo, disfrazando con sus ritos, alegorías y emblemas, cruzadas contra la religion, los poderes públicos y las costumbres ordenadas y morales, como la de Adam Weishaupt, profesor de derecho en la universidad de Ingolstadt, fundador en la logia de Munich de la peor secta de los Iluminados, de que se contagiò Francia en 1787.

En España se estableció en Gibraltar una logia en 1726, otra en Madrid al año siguiente, y la tercera en Andalucía en 1731; arrostrando peligros inmensos en un país, donde santos y sá-

bios no habian podido evitar las vejaciones inquisitoriales. En Italia se creó la primera logia reformada en 1732 por un hijo del duque de Dorset, segun lo consigna Ruselli en sus efemérides italianas. La gran logia del Haya se fundó en 1731, presidiendo la ceremonia el conde de Chesterfield, y cuenta Bremman que allí fué iniciado en el orden masónico el duque de Toscana, emperador de Austria después, con el nombre de Francisco I. Colonia fué logia-madre de la Germania desde 1733 y Ginebra disfrutó del mismo grado respecto á la Suiza desde 1737. En Polonia se introdujo la masonería en 1735; pero el rey Augusto II, á escitacion del Romano Pontífice, proscribió la hermandad de los Muratores-francos y sus convertículos, bajo penas severísimas, que contuvieron los adelantos de la asociacion hasta 1784, en que las afiliaciones se determinaron enérjicamente. En Rusia, pueblo entonces de señores y siervos, la masonería cundió, como Collins lo cree del Egipto Faraónico, entre príncipes y magnates; estableciéndose en 1740 la logia matriz en San Petersburgo; pero las vehementes pasiones políticas de aquel imperio infestaron de siniestras conjuraciones todas las lójas; extirpando la autocracia aquellos focos de perenne y sombría maquinacion. En Prusia se fundó en 1752 una logia central, con asiento en Berlin, que reja las numerosas lójas del reino de los Federicos, tan activas como penetradas del espíritu unificador que distingue á la verdadera

franc-masonería, al decir de sus defensores

Bien pronto se apercibieron, tanto la Iglesia como los poderes temporales, de aquel movimiento subterráneo por algunas trepidaciones, que preludiaran el cataclismo pavoroso, comenzado en aquella Francia, donde moderno Nabucodonosor, osara decir Luis XIV—«*yo soy el Estado.*» El pontífice Clemente XII fulminó contra el masonismo la constitucion *In eminenti*, fecha 26 de Abril de 1738, imponiendo á los hermanos muradores la excomunion mayor; con reserva á Su Santidad, á escepcion del artículo de muerte, sin perjuicio de las penas ordinarias contra los incursos en vehementes indicios de formal herejía; encargando al religioso celo de los príncipes la extirpacion de tan aciaga gente de sus estados y dominios. No contento aun con esta declaracion, Clemente XII publicó un Edicto en los estados pontificales en 14 de Enero de 1739, imponiendo pena capital irremisible á los masones, ya lo fuesen ó pretendieran serlo, y á cuantos auxiliaran y coadyuvasen á sus tareas perniciosas y sospechosísimas de herejía y sedicion; exigiendo la revelacion de cuantos supieran algo de asambleas ó trabajos masónicos bajo conmi-naciones de castigos severos, tanto personales como pecuniarios. El Elector de Baviera, noticioso del fondo de ateismo y perversidad de la secta iluminista de Munich, proscribió las sociedades secretas con un rigor en armonía con los graves peligros, que suscitaban á las bases de to-

da sociedad humana, la religion y la moral. En 1737, se copiaron estas represivas disposiciones en Manheim, y en Viena en 1743 por orden imperial fueron adoptadas, con agravaciones que aceptaron en sus respectivos decretos contra la masonería en 1751 España y Nápoles. El Papa Benedicto XIV, con ocasion del jubileo universal en 1750, oyó en confesion, en virtud de la reserva de la Santa Sede, á multitud de extranjeros llegados á Roma para aprovechar las indulgencias, y obtener absolucion de las canónicas censuras por hallarse adscritos á misteriosas y reprobadas sociedades, de las comprendidas en la constitucion *In eminenti*, y alarmado Su Santidad por el número y calidad de las sectas, que denunciaban tantos penitentes de diversos países, ratificó las condenaciones de Clemente en su Constitucion *Próvida Romanorum* de 18 de Mayo de 1751; expresando el asombro y desolacion con que veia crecer una semilla tan funesta para la iglesia y el Estado. En el ducado de Milan se tomaron violentas medidas contra el masonismo en la pragmática de 1757, que fueron aceptando con breves intervalos Saboya, Génova, Venecia, y Ragusa; distinguiéndose el principado de Mónaco por las extremas resoluciones que contienen sus bandos de 1784 y 1785 contra toda suerte de reuniones á puerta cerrada y con visos de congregacion misteriosa, aunque probaran sus individuos que no pertenecian á los muratores francos, iluminados, ni libres pensadores.

No faltaron gobiernos que por lo mismo que Roma abominaba á la masonería, armando en contra de sus instituciones y propagacion de sus lógicas el brazo de los príncipes católicos y de las potestades, sumisas á las paternales prevenciones de la Sede Apostólica, dispensaran singular y cariñoso patrocinio á los perseguidos muradores francos; atendiendo á su incremento y prestigio con marcada intencion de contrariar el proyecto exterminador del Sumo Pontificado. Inglaterra comenzó á fomentar el orden masónico; reivindicando para los ritos escocés y anglo los orígenes del antiguo rey Arturo, de los templarios refugiados en Escocia, del obispo Tomás Crammer, denominado *Azote de los príncipes*, y de Oliverio Cromwell, el protector de la Gran-Bretaña. Suecia prodigó señalados favores á la proscrita sociedad, autorizando en 1754 la pública apertura de una lógica céntrica en Stokolmo, presidida en la sesion inaugural por el príncipe heredero y Dinamarca consintió en Copenhague una lógica matriz, reconocida francamente por el Estado como una asociacion legal. Turquía, sin embargo, dió un curioso ejemplo de horror al masonismo cuando sabedor el Sultan en 1748 de que existia una lógica en Constantinopla, fundada por un francés en casa de un dragoman británico, hizo embarcar al francés, conminando al dragoman con la última pena, si permitia nuevas juntas masónicas.

XXIX.

Conocida ya algun tanto la historia general de la masonería, lo suficiente al menos para nuestra inteligencia en las peripecias futuras de la vida de José Balsamo, tratemos algo tambien del rito egipcio, que tomándole del curioso manuscrito de Jorge Cofton, adquirido en una almoneda de Lóndres, introdujo en vários países como una variante accidental del rito comun, que añadía consecuencias al pensamiento masónico, sin desvirtuarlo un ápice. En esto llevaba Cagliostro la mira de no afrontar las oposiciones, anexas á la obra de todo reformador paladinamente declarado, como lo fué Adam Weisshaupt en Munich; y así es que aceptaba los grados de todas las lógias á los que se decidían á admitir su rito, y se contentaba con los honores de Cofton de su secta, cuando repugnaban la novedad de sus principios y ceremonias algunos conventículos desconfiados de innovaciones, ocasionadas á sensibles extravíos de la idea fundamental de la asociacion. El Santo Oficio de Roma incorporó á los autos del proceso contra José el libro de reglas, que modificadas de las de Cofton, compuso nuestro héroe, hizo imprimir, y repartió profusamente entre las lógias alemanas y francesas; y más nos debemos referir á ese texto, indudable

y evidente, que á las explicaciones del procesado; porque ya hemos visto la facilidad, con que incluía historias inverosímiles en sus revelaciones á la justicia, y haremos notar más adelante su propension á lo maravilloso, hasta en perjuicio de sus intereses en el mismo procedimiento criminal.

Bálsamo no se atrevió á acometer desde luego su obra disimuladamente reformista, y como mason del rito de York visitó las primeras lógiás de Holanda, Italia y Austria, sin desplegar bandera hasta conocer en Alemania la predisposición á novedades de aquellos pueblos, que religiosa, política y civilmente, trabajaban exaltadas pasiones, demasiado exigentes é imperiosas para que dejaran de influir en todos los centros de actividad, incluso las coñfraternidades masónicas, cuyos objetos desviaron bastante de los que se dan por únicos y propios de la antigua institución. Cagliostro supuso que conspiraba su secta á la regeneración moral y física del iniciado; aspirando á la restauración moral por la práctica de las virtudes y á la física por la materia prima, resultado de la piedra filosofal. Con esta doble restauración del sér, por la reforma del ánimo y por la vivificación del elíxir maravilloso, debía obtenerse la restitución del hombre al estado de la primitiva inocencia, perdida por el pecado original: situación de rejuvenecimiento á que daba la regla el nombre de *pentágono*. Como es fácil de alcanzar por esta exposición de ideas funda-

mentales, Bálsamo involucró la masonería con aquellas especulaciones herméticas, de que tanto partido sacara en diferentes países, y él, que aseguró á sus jueces en Roma que habia modificado bastante el sistema de Cofton porque tenia mucho de supersticion y de mágia, introdujo cuanto le fué dable de alquimia y adivinacion, atendiendo á la boga de estas especialidades fantásticas en su época y entre gentes de la sociedad escojida. Tenido por los masones en grande veneracion Juan el Bautista, como precursor de la era mesiánica ó restauracion moral del mundo, José igualó en categoría con él á Juan Evangelista, alegando que el Apocalípsis no era más que el texto masónico de los primitivos cristianos, envuelta su doctrina en cifras y símbolos, familiares á las gerarquías de la iglesia, y misteriosamente sagrados para el comun de los fieles. El rito egipcio suponía la comunicacion de los hermanos, por medio de la *paloma* (niña vírgen) con los siete espíritus, asistentes al divino sólio, rejidores de los siete planetas, nombrados Anael, Michael, Rafael, Gabriel, Uriel, Zobiachel y Anachiel. Tambien se invocaban en la fórmula de conferir el grado de compañero (segundo de la órden) los nombres sacros de Helion, Melion y Tathagrámmaton, cuya novedad admitieron algunas sectas de Iluminados; leyéndose en el cuaderno de *Estatutos iluministas*, impreso en París en 1789, que estos tres nombres arábigos los recibió el conde de Cagliostro de un hebreo, asisti-

do por el espíritu de otro hebreo cabalista, el cual habia matado al Padre por arte mágica antes de la venida de Jesucristo. Todas las indicaciones del libro de reglas sobre el Gran Cofto (sumo sacerdote del rito) convenian con el tipo singular de Bálsamo, y donde pudo pasar esta ficcion José hizo creer que su existencia, renovada periódicamente por la ciencia hermética, presidia de siglo en siglo á la órden egipcia en su extension sucesiva por todos los confines del universo.

XXX.

En este arreglo de la masonería á una secta á su acomodo, Bálsamo atendió á filtrar en ella por el nuevo rito cuanto podia conducir al lustre y provecho de su persona, tanto como magnetizador, espiritista y adiestrado en adivinaciones por métodos orientales, cuanto en la crisopeya y sus promesas, tan deslumbradoras como irrealizables. Por eso hay en sus reglas pupilas y niños en apartados tabernáculos, en magnética comunicacion con el Cofto, un Venerable de la lógia ó iniciado á quien se autorice á preguntar, y *palomas* ó sibilas, que en garrafas de cristal llenas de agua vieran lo que se les consultaba sobre personas, lugares, espíritus y regiones inexploradas. Por eso, y para grado supremo de perfeccion moral, se preceptúa el retiro á un *Sinaí* en un

pabellon siónico, minuciosamente descrito, donde trece maestros de la orden, pasando cuarenta dias con las ceremonias rituales de una cuaresma rígida, obtienen la comunicacion visible con los siete ángeles primitivos; conocen sello y cifra de cada cual de estos inmortales seres; logran el pentágono ó carta-virgen, con cifras y sellos de dichos ángeles; adquieren por depuracion un poder inmenso, una penetracion sin límites y una voluntad constante al bien; se hacen partícipes de los dones particulares del Cofto, y con derecho á decir como él—«*ego sum qui sum.*»—La regeneracion física comprendia hasta un período vital de cinco siglos, á intervalos restauradores de cincuenta años; pero la voluntad de Dios era natural escollo de esta obra humana de infusion vivificante, que imponia otra cuarentena en el plenilunio de Mayo. En este espacio de tiempo se compartian con otras prolijas preparaciones medicinales las tres tomas en granos de materia prima, producto de la piedra filosofal, causando la primera deliquios, sudores y evacuaciones abundantes; la segunda fiebre con delirio para la caida de dientes y cabellos y renovacion cutánea, y la tercera un largo y tranquilo sueño, en cuya duracion se verificaba el fenómeno del rejuvenecimiento. Basta para idea general del masonismo y particular del rito egipciano, indispensables al lector para seguir el curso aventurero del héroe de nuestra historia en la nueva faz que le imprime su afiliacion á las sociedades secretas.

XXXI.

Orientado ya el lector en la variedad y multitud de sectas, que ponian sus diversas aspiraciones é interesados cálculos al abrigo del pensamiento fundamental y fórmulas especiales del masonismo, habrá concebido la idea de que Bál-samo debiera á su afiliacion en la familia masónica rápidos medios de elevacion y fortuna; utilizando en pró de sus ambiciones el apoyo inmenso de tantas lójas, extendidas por todas partes; y consiguiendo á la sombra de una variante de rito introducir en la masonería la alquimia y la adivinacion, convirtiéndose de simple maestro de la comunión de York en Cofto de la secta ejípcia, y para algunos en una, y no la menor, de las supremas inteliencias, que visitaban las lójas para velar por el cumplimiento de los estatutos, sirviendo de intermediarios entre las centrales y las de distrito en cada rejion. Cagliostro en sus declaraciones en el proceso de Roma, y tratando del concepto elevado de que disfrutara en la masonería, hasta tributársele honores casi divinos en varias ciudades de Alejandria por los hermanos de la fraternidad, habla de Scieffort, gefe supremo de una secta atea, á quien predijo cercana catástrofe, que justificó en breve con el suicidio; de Syedimbug, suizo que habia infestado de

inmorales prácticas las lójas de su país; de Isaías Falk, gran rabino de los hebreos alemanes, cómplice de Weisshaupt en el iluminismo depravador de Munich; del español Tomás Jimenez, á quien vió en diferentes países bajo distintos disfraces, sembrando en las lójas de la estrecha observancia el ódio contra el Sumo Pontificado y la monarquía francesa; diciéndose vengador de los templarios y representante del emplazamiento á uno y otro poder, hecho en la plaza Delfina por el Maestre Santiago de Molay. Todos estos personajes fueran desconocidos sin las revelaciones de José Bálsamo ante los inquisidores de Roma, y con esto se prueba que libres del ultra-pensamiento del siciliano, y únicamente contraidos á la propaganda misteriosa de sus principios en las sociedades secretas, carecían de la atmósfera exterior que nuestro héroe se procuraba á toda costa y por toda suerte de evidencias; siendo cosa averiguada que la masonería le sirviera de escabel en sus planes de engrandecimiento, sin que él prestara á los masones servicio particular y señalado.

Ya que nos ocupamos en fijar las ideas en punto al carácter masónico del pretendido Gran Cofto del rito ejipciano, evitando la interrupcion de nuestro relato sucesivo con noticias y particularidades, que era preferible adelantar á los acontecimientos, y en una digresion metódica como la presente, abordemos dos cuestiones, íntimamente ligadas con la existencia de Bálsamo

en el período brillante que vamos á comenzar, despues de las alternativas de fortuna que precedieran á tal situacion, y que dejamos expuestas detalladamente.

¿Creia Bálsamo en la ciencia de Hérmes? ¿Habia trabajado en ella en el laboratorio del hermano Maffei en Calatagirona ó en los gabinetes químicos de Althotas en Malta, Candía, Ejina y Ródas? ¿Creia, como tantos ilusos antiguos y modernos, en la materia prima, en la conversion del azogue en plata, en la elaboracion humana del oro, en la produccion artificial de las piedras preciosas, en el aumento de volúmen del diamante con sepultarlo bajo tierra, cubierto de ciertos polvos de tan rara virtud? ¿Prestaba alguna fé á esas rejeneraciones físicas por medio del elíxir supremo de la piedra filosofal, que tan sistemáticamente describe en sus estatutos del célebre rito ejipciano? A tales preguntas contestaremos con una negativa, fundada en datos de la vida de nuestro personaje. José no pudo ocuparse de especulaciones alquimistas en el convento de los Buenos Hermanos, mera oficina de farmacia para servicio de un pobre monasterio, y todas sus relaciones acerca del viejo Althotas se resienten de una variedad, que excluye el crédito en ninguna de sus versiones en el asunto. La alquimia y el elíxir restaurador eran en aquella época una preocupacion de esos espíritus fantásticos, que necesitan de algo imposible que absorva sus desatentados afanes y concentre sus esperanzas in-

sensatas, y mientras más avanzaba el materialismo, ganando terreno á la fé y á la ciencia que se deriva de su reconocimiento preliminar, mayor vuelo cobraban esas aspiraciones locas, que suponían á el alcance de los hombres todos los secretos de la naturaleza, hasta llegar á esa igualdad con Dios, prometida por la serpiente del Paraíso á los deslumbrados padres del humano linaje. Cagliostro aceptó, para explotarla por supuesto, la preocupación que hallara dominante en su siglo, y que repetidas veces le valiera productos pingües; prestándose infinito á entrete-
ner los anhelos de los crisopeyistas las mutaciones y transmutaciones de las materias en fusión en la retorta hermética, en cuyas operaciones le hizo adquirir la práctica un manejo que contribuía á la ilusión de los explotados, imbuyéndoles en la certidumbre de resultados inmediatos y felices. Su vida aventurera, que conocemos en todos sus pormenores, no podía permitirle dedicar á las pruebas crisolójicas un tiempo, empleado en correrías, y solo cuando por industria, y para fascinar á los secuaces de la vana ciencia, aplicó sus conocimientos químicos á las reglas de los libros falaces del *Arte Magna*, aprendería á realizar los fenómenos, eludiendo siempre unas consecuencias definitivas, en que de seguro no tenía la menor confianza. Si Bálamo hubiera creído algo de positivo en la alquimia, no hubiese desperdiciado las ocasiones que se le presentaron de trabajar en este ramo con gentes de fondos y

decision de apurar el secreto; contentándose con hacer su agosto con tales fanáticos, y desaparecer en busca de otras víctimas de su inagotable repertorio de recursos. Cuando se atrevió á injerir en su rito ejipciano las fábulas de la piedra filosofal habia visto y oido lo bastante en las ló-jias iluministas y de la profesion escocesa para entender que el delirio de las exaltadas ambiciones, llegando al punto máximo de la aberracion, admitia los últimos alardes de la soberbia presuncion humana, y estimó conducente al atractivo de su secta el alhago de la preocupacion de una casi-inmortalidad, que prometia impunemente, puesto que en ninguna parte se detuvo á la prueba material de aquellos efectos sobrenaturales de la materia prima.

¿Eran efectivas las adivinaciones de las *palomas* ó niñas vírgenes y de los *pupílos* ó impúberos? ¿Serian ciertas las visiones en las redomas de cristal? ¿Habria algo más que un juego óptico en las apariciones de espíritus y finados? ¿Se reducirian á una trampa diestra los pronósticos de Bálsamo, realizados con tanta repeticion? A estas preguntas satisfacen los sucesos ámpliamente; porque si de restauraciones por la famosa materia prima no aparecen casos, ni por tradicion, ni por confesiones de José ni de Lorenza ante los inquisidores romanos, de esos sortilejios, de esas apariciones y de esos vaticinios, hablan los enemigos de Cagliostro para acusarlo; sus afectos para enaltecerle; los imparciales como de pú-

blica voz y fama; su esposa como dato de un pacto diabólico que ella sospechaba; él mismo para atribuirlo á divino favor en privilegio de su sér. Magnetizador, espiritista, y familiarizado en Malta con el método de adivinacion de los cabalistas hebreos y de los hechiceros indios, el siciliano se anticipó á muchos tipos de nuestra época en lo que se conoce por arte mágica, y las pruebas de su habilidad fueron tantas y ante número tal de testigos que no permiten la duda de los hechos, aunque se divague en cuanto á la manera de realizarlos.

XXXII.

Al partir de Lóndres quedó convenido que José Bálsamo seria en lo futuro Alejandro, conde de Cagliostro, y Lorenza la condesa Serafina Feliziani; dirigiéndose nuestros ennoblecidos aventureros á la Haya, donde reconocido José por sus signos masónicos y hablando á dos Venerables de una lojia de la Estrecha Observancia acerca de su mision de Visitador del rito ejipcio, fué recibido por los masones bajo la *bóveda de acero*, honor que consiste en pasar entre dos filas de iniciados que cruzan sus espadas en alto. Su sistema encontró aceptacion en aquella sociedad, y Lorenza se acusó á los inquisidores de haber desempeñado el papel de Cofta para afiliarse en

la masonería á várias damas de aquel país. No desaprovechó el nuevo conde la coyuntura de un cabalista de lotería por el estilo de Madama Fry ó del señor Scott, á quien prometiera un terno infalible, y así que le hubo sacado hasta unos cuatrocientos escudos, segun confesion del reo en el proceso de Roma, le dió tres guarismos como polos de inmensa fortuna. El holandés partió precipitadamente á Bruselas para jugar allí su terno y Bálsamo no quiso aguardar á su regreso, poniéndose en camino para Italia, bajo el nombre de marqués Pellegrini.

En Venecia fué creído por los iluminados uno de los doce Maestres de la invisible lojia suprema, y confirmó esta persuasion de aquellos hermanos la noticia del rito particular que profesaba, y que les esplicó en tres sesiones, haciendo pruebas con un *pupilo* que maravillaron á los concurrentes. Un donativo de quinientos cequies de aquella lojia puso á Cagliostro en disposicion de aventurar el viaje á Alemania; pero decidió abdicar títulos que le adscribieran á nacionalidad determinada, tomando el de conde de Fénix, que lo mismo podia ser de aquende que de allende. De ciudad en ciudad, festejado, atendido con honras infinitas, y provisto con superabundancia de dinero y demás auxilios, llegó el conde de Fénix á Berlin; pero encontró aquellas lójas prusianas bajo el patronato y la inspeccion directa de la corona, y tuvo que abstenerse de insinuar novedades, que le hubieran allí compro-

metido. Entonces pensó en internarse en Prusia, y allá iremos á buscarlo; prescindiendo de sus tareas masónicas y para contraernos á las curiosas aventuras de existencia tan vária y singular.

PARTE SEGUNDA.

I.

El imperio moscovita, merced á los heróicos esfuerzos y á las felices empresas de Pedro el Grande, estaba muy lejos de aquella rústica fiera tártara que hacia á los rusos los bárbaros de la culta Europa, y en esta éra de civilización y de brillantes adelantos corresponde á las dos Catalinas un culminante puesto, cuyas nobles reminiscencias atenúan los recuerdos de ciertas debilidades á que no conceden escésiva importancia los hombres de entendimiento y de experiencia, que llevan por divisa el—«*nihil á me alienum puto*»—del célebre historiador romano. En la época de Catalina II hallaban en San Petersburgo una acogida extraordinaria todos los hombres de mérito en ciencias, letras, artes, industrias y especialidades útiles al progreso,

y aquella Czarina, que sabia compartir su tiempo entre las aventuras galantes y los negocios de un poderoso Estado, no contenta aun con fijar en el país con sus atenciones y dádivas á los extranjeros de valía, que venian á probar fortuna en sus extensos y florecientes dominios, atraía á su córte, por medio de sus agentes diplomáticos, á notabilidades de otros pueblos, descontentas de su suerte ó curiosas de juzgar por sí mismas de aquella rápida cultura de imperio ruso. La jóven nobleza, aliada resueltamente á este impulso civilizador de la emperatriz, contribuía por su parte á la atraccion y al agasajo de los extranjeros ilustres, y no teniendo tradiciones de buen tono y de gusto delicado, aceptaba con ingenuidad las importaciones en ambos conceptos, hasta formar escuela propia en materias y ramos que recibia con avidez, sin perjuicio de hacer indígeno lo exótico, tal y como ha sucedido posteriormente. Sin duda que el exceso de benevolencia con los extranjeros llevaria á la corte de la espléndida Czarina, algunos aventureros audaces como el conde de Cagliostro, de problemático provecho para el interés moral del país; pero aparte de que todo negocio tenia sus quiebras, Catalina merecia el águila por emblema tanto como Júpiter, y sabia descartarse de los inconvenientes y de los peligros con una variedad de medios, que todos confluían sin embargo en la prontitud y en la expedicion de las consecuencias.

Recomendado por los sujetos más distinguidos de Danzik, Konisberg y Mitau, donde pasó tres largas temporadas, paliando la propaganda masónica de su rito particular con el ejercicio de la medicina á la altura en que puede ejercer la profesion un conde de Fénix, llegó Bálamo á San Petersburgo con su esposa, usando el uniforme de coronel prusiano (cuyo falso título embargó en 1789 la inquisicion romana); tomando una casa retirada y espaciosa, lejos del bullicioso centro de la moderna y magnífica ciudad; montando su servicio con un lujo que excluyera la ostentacion, y poniendo en manos de las primeras personas de la corte las cartas que le acreditaban como una especie de providencia de los enfermos, un escelente consultor en multitud de lances de resolucion árdua, y una autoridad en casi todas las materias por sus raros estudios y dilatados viajes. Cagliostro dejó cundir la celebridad de su nombre con la noticia de su llegada, sin introducirse con el gremio masónico hasta que su reputacion pública de hombre singular estuviese establecida conforme á sus deseos, y con algunas garantías de su parte en el ejercicio de la medicina, entre los pobres á la vez que en las altas esferas sociales de aquella inmensa capital. En muy corto tiempo se entabló en San Petersburgo bajo los auspicios más lisonjeros la nombradía del conde de Fénix, y al paso que cantaban sus loores indigentes, menesterosos y gran número de enfermos, auxiliados con los medi-

camentos y costos de baños y aun de estancias en casas de curativa, se hacian lenguas de su ilustracion, de su erudicion portentosa y de su conversacion amenísima, las familias más nobles, opulentas y notables de la soberbia rival de Moscow.

Entónces; y noticioso de que el masonismo, con claras tendencias políticas, contaba por adeptos á todo lo más elevado, rico y distinguido de Rusia, donde no habia clase media, se puso en relacion con la lógia central y como Gran Cofre de la masonería ejipcia entró en compañía de la flamante condesa Serafina de Feliziani, en sesion extraordinaria en honor suyo; esplicando los dogmas de su rito, y haciendo pruebas con una *paloma* ó sibila que merecieron al concurso las mayores demostraciones de admiracion y entusiasmo. A los dos meses de residencia en San Petersburgo el conde de Fénix era el tipo de moda de la corte, y lo mismo se hablaba de él en los palacios de los magnates que en las barracas de los más miserables boyardos.

II.

La casa que se habia proporcionado Cagliostro en un barrio algo distante del centro de la capital de Rusia era linda y alegre, cuanto cabe en las construcciones peculiares del norte; pero aislada

en un distrito poco frecuentado, y de noche particularmente, envuelta en el silencio y la oscuridad, se destacaba en las sombras, como una masa confusa, con las luces de la sala de recibimiento de la condesa Serafina, que admitia jéves y sábados una escojida sociedad. Fuera de estas noches de animacion, en que aquel solitario distrito veia perturbada su profunda calma, con el tránsito de multitud de carruages, escoltados por batidores y correos casi todos, solo una luz ténue y suave, reflejo de una lámpara de alabastro, salia como lejana estrella de enmedio de aquel macizo, que cortaba el horizonte como nubarron siniestro; permaneciendo cerradas todas las puertas y ventanas del edificio.

Si los moradores de las casas contiguas á la de los condes de Fénix no hubieran sido rudos trabajadores, que vuelven á sus hogares rendidos de cansancio, si la beneficencia del conde y la caridad de la condesa Serafina no hubiesen rodeado aquella casa del cariñoso respeto de sus convecinos, y si entre estos no hubieran sido desconocidas esas curiosas comadres de otras capitales europeas, observadoras y charlatanas hasta los extremos más increíbles, alguien habria notado que la luz tibia y dulce de la alabastrina lámpara servía de faro á un coche, tirado por dos gigantescos frisonos, negros como la endrina, rejidos por un cochero colosal, envuelto en blanco redingot de casimir y con galoneado tricornio.

No bien franqueaba el carruaje la especie de plazaleta, en cuyo promedio se alzaba aislado el edificio, y apenas detenido ante el fróntis el galope de los pujantes caballos, se abría discretamente un postigo lateral, y el resplandor rojizo de una linterna sorda, con transparente de talco carmesí, guiaba los pasos de un bulto, que apeándose de la berlina, se introducía con precipitación en la casa, cerrando tras de sí la disimulada puerta. El cochero iba á situarse al abrigo de un muro, que continuaba la línea de construcción, sirviendo de alto tapial á un pequeño jardín, y á poco de esta escena desaparecía la luz serena y melancólica de la lámpara al eclipse de las hojas de una maciza puerta.

III.

No era la alquimia, con esa devoradora ansiedad, que llama «*auri sacra fames*» Horacio, la que traía misteriosamente á aquel recinto al bulto de la berlina; no era tampoco el designio de conocer los arcanos del porvenir; ni la consulta sobre dolencias, agudas ni crónicas; ni la cábala de loterías y juegos de azar; ni los ritos ceremoniosos de la masonería egipcia. Muchas veces no estaba aun en su casa el conde Alejandro cuando en ella se introducía furtivamente aquel bulto, y cuando José no salía alguna rara noche,

entraba sin embargo, seguro de que el Gran Cofre se hallaba en sus habitaciones al extremo opuesto de la casa, y no acostumbraba á interrumpir las veladas de su linda consorte.

Era el amor el que conducia allí, y á los piés de la hija del calderero Feliciani, al hombre más hermoso, más enaltecido, más pródigo, más envidiado y más influyente de la corte; al príncipe de Potemkin, favorito de la poderosa Czarina, sucesor en su corazon y en su confianza política de los Orloff y de los Vanoskis; pero más mimado que todos sus predecesores, á fuer del más completo en gracias y prendas, y á proporcion que Catalina veia resistir su sér moral y físico á los arranques de otros dias y á los estímulos de otros tiempos.

Potemkin no hubiera fijado la vista en la propia Vénus, á ser rusa la diosa de la hermosura y de los amores; porque amante de la dama primera de su país, se rebelaba su orgullo á la idea de un rango subalterno; pero habiendo visto en un sarao á la condesa de Fénix, y oido el eco melodioso de su voz y la inflexion musical de sus frases, concibió una pasion caprichosa por aquella jóven extranjera, y puso en juego todos los recursos para su conquista, que no era trabajo comparable con ninguno de los doce de Hércules.

Potemkin se figuró que, logrado su deseo, la saciedad seguiria al apetito como sucede la noche al dia; pero Lorenza, interesada por el altivo

y gallardo porte del príncipe, y por su trato galante y delicado, supo convertir en poema bucólico la comedia de intriga, y es lo cierto que el poema llevaba tres meses de duracion, y tanto la romana como el favorito de Catalina II se proponian añadirle nuevos cantos; sucediéndose las citas nocturnas con una frecuencia, que demostraban el extravío del primer ministro en la imprudencia de su conducta.

IV.

Dorliska, la camarera de la condesa Serafina de Feliziani, la confidente de sus amores con el hermoso Potemkin, entró á despertar á su noble señora apresuradamente, trayendo al abrigo de su delantal un bulto de cierto volúmen, y contándole que el cochero Michael habia venido á entregarlo bien de mañana, y con encargo expreso de urgencia en que llegase á manos de la señora. Lorenza, entre curiosa y alarmada, tomó el expresado objeto, que era un cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar y oro, colgando de una argollita la llave de la cerradura, y abierto el lindo mueble, recojió un billete perfumado, que destacaba su blancura sobre la superficie de una tapa de terciopelo negro, destinado á encubrir dos comparticiones del cofre. En la una habia seis paquetes de monedas de oro en cartuchos de

colores distintos, y en la otra un aderezo de diamantes, digno de una princesa de régia estirpe. El billete era de un laconismo extraordinario.—

«CONDESA.—*Nuestra felicidad ha tenido espías, y aun delatores. Dejadme arrostrar solo terribles iras y poneos en salvo cuanto antes. Adios, no me olvideis, y dignaos aceptar mi última memoria.—Vuestro siempre—*POTEMKIN.»

La Feliciani se vistió en seguida, yendo en busca del conde de Fénix á su despacho.

—Os doy la enhorabuena, *signora*, exclamó Bálsamo al ver entrar á su consorte.

—La enhorabuena! repuso Lorenza con asombro. ¿Sabeis quizás....?

—Hace una hora que me trajeron el despacho, exigiéndome recibo el correo de gabinete de Su Graciosa Majestad Imperial.

—¿Y ese despacho...? balbuceó la jóven, trémula de penosa agitacion.

—Hélo aquí, (dijo el conde, leyéndole con marcada páusa.)—«SEÑOR CONDE:—S. M. I. la Czarina, mi señora, ha señalado esta noche, de nueve á diez de la misma, para recibir en audiencia particular á la señora condesa de Fénix, encargándome el honor de participároslo.—Vuestro—SOUVEROFF.»

—¡Dios mio! exclamó la condesa con terror profundo. ¿Qué debo hacer?

—Ir á palacio (contestó friamente Cagliostro.) Cuando se aceptan los antecedentes no pueden recusarse las consecuencias.

V.

Abusando de la excesiva intimidad de la Feliciani, la condesa de la Mothe se enteró tan perfectamente de cuanto ocurriera en la entrevista de las dos rivales que al estallar la escision profunda y enconada entre la aventurera francesa y Cagliostro, y resuelta la supuesta Valois al escándalo de las revelaciones, la audiencia de la condesa de Fénix en el palacio imperial de San Petersburgo fué detallada con tal viveza de colorido que no faltan más que algunos toques para que la historia rivalice en interés con la mejor novela. Morand, escritor de una *vis* especialísima para el sarcasmo y la ironía sangrienta, fundándose en los datos que le suministraba en este asunto el ruidoso folleto.—«*Mi correspondencia con el conde de Cagliostro*,»—hizo de la recepcion de Lorenza por la Czarina un cuadro plástico, digno de nuestro Cervantes por la intencion satírica del concepto y la incisiva fuerza de la palabra. Término medio entre la narracion de la una y el panorama burlesco del otro, voy á permitirme la licencia de figurar el curso de un suceso, histórico y comprobado; fantaseándole en gracia del lector, que así reposa de la série del relato, sin perjuicio de la verdad intrínseca del hecho, y sin abuso por mi

parte de su credulidad ni de su confianza.

Introducida por el chambelan de servicio en la sala de recepciones particulares de Catalina II, la condesa de Fénix, vestida de negro á la veneciana, y con el aderezo de diamantes, regalo del imperial favorito, pálida de emocion, procurando en balde sobreponerse á sus temores y extraordinariamente inquieta por las resultas de la entrevista con su Graciosa Magestad, aguardó, sola en aquel aislado recinto, á una testa coronada, que no seguia el ejemplo de Luis XIV, quien solia decir que la puntualidad era la cortesía de los reyes.

Al cabo de una hora, y sin el prévio aviso de costumbre, se abrió una puerta maciza y pesada y Catalina, radiosa de ostentacion, de orgullo y desdeñosa fiereza, dió tres pasos en el aposento, deteniéndose á contemplar en silencio á la Feliciani, mientras cerraba la puerta y venia á colocarse á su espalda la Princesa de Souveroff, una Hébe, pero Hébe de mármol. La italiana no tuvo fuerzas para inclinarse en reverente saludo á la Emperatriz, que continuaba examinándola como se examina un objeto curioso; durando esta escena muda y terrible más de tres minutos.

La Czarina se volvió hácia su dama favorita, diciéndole sin cuidarse de apagar un tanto la voz:

—No es hermosa, pero es linda. ¿No es verdad, Ana?

La Hébe rusa continuó siendo de mármol.

—Acercaos, condesa, dijo Catalina á la Feliciani con la fiereza reposada de la leona. Acercaos sin temor.

Lorenza dió tres pasos vacilantes, y se detuvo sin fuerzas para adelantar uno más. La Emperatriz franqueó la distancia, midiendo á la romana con sus ojos centelleantes y terribles, como los del águila caudal. La Souweroff avanzó también, á respetuosa distancia siempre de su augusta señora.

—Sois romana, ¿no es cierto? dijo la Czarina con su eco vibrante y su inflexion imperativa y rápida.

—Sí señora, respondió la condesa, logrando por un supremo esfuerzo vencer su turbación. Descendiente de los Felicianis.

—Muy bien, replicó la Emperatriz con una sonrisa sarcástica. Los Felicianis habrán figurado grandemente en las luchas entre güelfos y gibelinos, defendido á Roma contra el duque de Borbon y los tercios imperiales, ó dado algun santo á la iglesia católica, como los Borjias y los Borromeos. Quizás tengan el fuero de llevar el abanico de plumas detrás de la silla gestatoria del Pontífice ó el derecho de servir de *cicerones* á los príncipes que visiten los templos, monumentos y ruinas de esa Ninive.... ¿No es así?

La condesa sintió pasar una nube por sus ojos, y anudarse la voz en su garganta.

—¿Y es tambien italiano el conde de Fénix? preguntó intencionadamente Catalina.

—Maltés, contestó Lorenza, y educado en Oriente, señora.

—¿Teneis hijos? insistió la augusta dama, templando el tono duro de sus interrogaciones.

—No, señora, replicó Lorenza conmovida. El Cielo no me ha concedido semejante felicidad. No la mereceré, sin duda.

—Dicen que vuestro esposo es un sábio (dijo la Emperatriz con la espontaneidad ruda de su carácter) y los sábios no se reproducen como la gente comun, segun informes competentes. Y, decidme, condesa, ¿os agrada la Rusia?

—Me agradaba infinito, respondió la Feliciani prontamente; pero ahora....

—Proseguid, condesa, interrumpió Catalina II con impaciente curiosidad.

—Ahora, repitió Lorenza, conozco que me hace falta volver á mi país, y pronto, si esto es posible.

—Creo que lo es, y aun que conviene que lo sea, repuso S. Imperial Mejestad con severo continente, y hasta os sentaria bien el cambio de clima. Pero, condesa, ¿no dejais algo en San Petersburgo?

—Señora, amigas y amigos, que me han colmado de atenciones delicadas, y....

—¿Y nada más? interrumpió Catalina, provocando con la mirada y el gesto las esplicaciones de la Feliciani.

—Y nada más, señora, concluyó Lorenza, arrostrando con desesperado valor las miradas escrutadoras de la Emperatriz, quien dominaba difícilmente una cólera, que se avergonzaba, no obstante, de sentirla próxima á estallar.

—Se os atribuyen altas conquistas, *signorina*, dijo la Semíramis rusa con enronquecido acento; conquistas que esceden á los triunfos ordinarios; conquistas muy superiores á lo que tiene derecho una aventurera....

—Señora, cortó la princesa de Souweroff con su voz argentina y su aire de olímpica majestad.

Catalina se volvió hácia su dama predilecta como una fiera que se siente herida; pero Ana afrontó el rapto iracundo con esa impavidez de las almas superiores, y el relámpago no fué precursor del trueno. Cuando la Emperatriz tornó el rostro hácia la Feliciani notó en sus párpados lágrimas, que brillaban más que los diamantes de su aderezo, y en sus mejillas el encendido carmin de la vergüenza por aquella dolorosa humillacion.

Catalina era generosa, y sintió agudo remordimiento de haber abusado de su excelso carácter con la extranjera.

—Condesa, dijo á la Feliciani casi con bondad, huir de la calumnia es cuerdo proceder cuando puede hacerse, como vos podeis hacerlo. Creedme, hija mia, y aprovechad un buen consejo, dado por interés á vuestra persona.

—Complaceré á Vuestra Majestad, replicó Lorenza con un saludo respetuoso.

—El príncipe de Souweroff (añadió la Czarina) remitirá á vuestro esposo, con los pasaportes, cuanto baste para sufragar viage tan súbito como necesario, con la comodidad y el fáusto que cumplen á vuestra categoría, y espero que acepteis, querida condesa, un agasajo de mi parte, que os recuerde á la Emperatriz de Rusia.

La Amazona moscovita presentó su diestra á la Feliciani, que la besó, mojándola con sus lágrimas.

Catalina y Ana de Souweroff se retiraron por la puerta que les dió entrada, y Lorenza respiró como la epiléptica que vuelve de un accidente de su cruel padecimiento.

VI.

En Varsovia conservaba el iluminismo dos lójas, de estrecha y de menor observancia, y ambas recibieron la visita del Gran Cofto del rito ejipciano, asistiendo sus individuos con extrema curiosidad á las adivinaciones por medio de las *palomas* y por vision en las garrafas de cristal; siendo frecuentes los casos en que se le propuso reiterar las pruebas con niñas y niños de los afiliados, coronando el éxito estas satisfacciones á la incredulidad de unos y á la suspi-

cacia de otros. Un príncipe polaco, testigo de los efectos del sonambulismo y de la comunicacion con los espíritus, reclamó del marqués de Anna, como allí se hacia llamar nuestro héroe, la posesion de un diablo familiar; no atreviéndose Bálsamo á desengañarle, aunque remitiendo satisfacer su exigencia de dia en dia y con variedad de pretextos. El príncipe, obstinado en su capricho, hacia cuantiosos regalos á Cagliostro por vía de estímulo á su pretension, dilatada mañosamente por espacio de algunas semanas; pero creyéndose desairado y tomando un aire de amenaza vengativa, prefirió José alzar el campo, á tener que habérselas con un hombre altivo, fiero, poderoso, engreido y acostumbrado á lograr sus antojos, sin respeto á leyes, fueros, conveniencias ni reparos.

La esplicacion que antecede, y que dió Bálsamo á su salida de Varsovia en el proceso de la inquisicion romana, está en pugna con el motivo que á tan presurosa marcha atribúye Morand, el que refiere á este propósito una anécdota, de cuya veracidad estamos lejos de salir garantes, aunque la háyamos de exponer á la consideracion de nuestros lectores.—«En Berlin» (cuenta el *Correo de Europa*) enfermó de tavi-»réz un párvulo, hijo único de la baronesa H*, y»deshauciado por los facultativos, Bálsamo se»comprometió á regenerar su sér, á condicion»de llevárselo por el tiempo de su restauracion»física. La pobre madre iba y venia á casa del

»charlatan, quien se limitaba á decirle que vivia
»el enfermo: hasta que sano y alegre lo restituyó
»á la señora H,* loca de alegría al verlo resta-
»blecido, y que no conoció por el pronto la sus-
»titucion de que era víctima, descubierta poco
»déspues de la ausencia del trapacero italiano.
»La aparicion de la baronesa H* en Varsovia
»puso en precipitada fuga al falso conde y á
»la digna compañera de sus innobles destinos.»

VII.

De la residencia de Cagliostro en Francfort sobre el Mein están contextes sus biógrafos en aseverar la aceptacion más lisonjera en su especialidad externa de médico y en el extraordinario efecto de su propaganda masónica del rito ejipciano en aquellas lójias; pero no falta quien sostenga que apresuró su viaje á Straburgo porque trece maestros iluministas se presentaron á la regeneracion moral y corpórea, instando al Gran Coft á que dirigiese las operaciones, prescritas en el sistema del famoso libro de su composicion. El Siciliano prometió volver de allí á poco, y evacuadas diligencias inescusables y perentorias de su orden, se dirigió á Strásburgo, precedido de una reputacion fabulosa de ciencia y de poder.

José cuenta en sus revelaciones espontáneas

á los inquisidores de Roma un episodio de su estancia en Francfort, que sea positivo ó una de tantas historietas de su inventiva inagotable, conduce á demostrar cuánto influyeron las sociedades secretas en el movimiento revolucionario, y con cuanta anticipacion estaba fijo en Francia el cálculo de los impulsores de ese movimiento, precursor de la general sacudida en la vieja y decadente Europa.

Dándose á conocer por sus convenidos signos con Bálsamo dos Archivistas de la lógia matriz de los Iluminados, la única que no admitió la visita del propagador de la secta ejipciana, entraron con él en esplicaciones acerca de su verdadera mision, encubierta con el velo del nuevo rito; proponiéndole para la tarde del dia siguiente una entrevista amistosa en cierta casa de recreo que uno de ellos poseia á corta distancia de la ciudad. El conde acudió puntualmente á la cita, y subiendo á un carruaje con sus nuevos amigos fué á la posesion campestre, que era por cierto lindísima y de reciente construccion, y en una pieza amueblada con sencillez elegante, les fueron servidos café y licores, fumando una pipa el Anfitrión en conversaciones indiferentes.

Despues de aquel rato de reposo Cagliostro siguió á nuestros iluminados al jardin; llegando á una gruta artificial, en cuyo fondo habia una disimulada puerta, que se abrió al empuje de un resorte, dejando ver la esca-

lera de un subterráneo. El dueño de la casa recojió del suelo una linterna y encendiendo la mecha con los prolíjos avíos de entonces, á falta de nuestras cerillas fosfóricas, alumbró la bajada de sus compañeros, que al fin de quince gradas penetraron tras de su guía en una especie de rotonda, en cuyo centro habia dos arcones de hierro, de antigua hechura y de cerraduras complicadas. El propietario de la quinta descolgó un manojo de llaves, suspendido de una escarpia en el macizo muro de la bóveda, y abriendo los candados de ambos arcones, levantó la pesada tapa del uno para enseñar á Cagliostro las actas de instalacion de todas las lójas iluministas de Alemania, sujetas á la central de Francfort, la clasificada correspondencia de todas con su matriz, y los pliegos de instrucciones de los superiores de la orden masónica, que visitaban las provincias, sometidas á la direccion suprema de aquella metrópoli. En el paquete de cuentas pudo enterarse Bálamo de los cuantiosos depósitos que la sociedad tenia constituidos en los bancos de Amsterdam, Rotterdam, Lóndres, Génova y Venecia; informándose que pagaban tributo de cinco luises en cada un año ciento ochenta mil afiliados al iluminismo; correspondiéndose las lójas alemanas con cerca de cinco mil de su rito en América, que el dia de San Juan Bautista estaban obligadas á remitir veinticinco luises á la central, en reconocimiento de supremacía. En

la continuacion de tales confidencias fueron mostradas á José las comunicaciones de los jefes de lójas respecto á los trabajos de sus centros respectivos, y las reservadas notas que respondian á particulares encargos del Grande Oriente, director de la órden iluminista. Por último, se manifestó al admirado conde un acta en pergamino, escrita en letra encarnada y doradas las iniciales; conteniendo el compromiso de doce Maestres Templarios de colaborar á la ruina de la tiranía religiosa y política, concentrando en Francia todas las fuerzas y dirigiendo todos los esfuerzos contra Roma. Además de los sellos y firmas de Scieffort, Falc, Svedimburg y Tomás Jimenez, confiesa Cagliostro que vió con espanto su letra imitada perfectamente, su rúbrica, y aquel sello de la sierpe, adquirido en Malta; no acertando á comprender cómo se habia verificado tan hábil falsificacion. Los Archivistas de la lója matriz de Francfort, abriendo el otro arcon de hierro que les servía de caja, entregaron por órden superior al Gran Cofto del rito ejipcio la suma de seiscientos luis, como donativo voluntario á un aliado de los Maestres del Temple.

VIII.

Strasburgo, ciudad franco-alemana, emporio de riqueza por la activa contratacion que debe

á la antigüedad venerable de su crédito, á su ventajosa situacion topográfica y á la proverbial honradez de su comercio, estaba rejida en lo espiritual por un príncipe de la iglesia, de la rama generosa de Condé, Monseñor de Rohan, Arzobispo de aquella populosa y extensa metrópoli; prelado-caballero, que ejercia grande influjo en aquella sociedad por su noble índole y sentimientos elevados, aunque ni su tipo, ni su género de vida correspondiesen á las maneras y conducta de las autoridades eclesiásticas, como es comun en las personas á quienes eleva al sacerdocio la razon de Estado más que la propia vocacion, y que se encuentran obtenido por su rango lo que logran otros difícilmente por sus méritos y virtudes.

El conde de Cagliostro y la condesa Serafina de Feliziani hicieron en Strasburgo el efecto de dos príncipes; emulando todas las clases en el obsequio de sus huéspedes y en el empeño de atraer sus atenciones á fuerza de homenajes extremosos de cariñosa consideracion. Los médicos de aquella capital, viéndose menospreciados ante el sémi-dios, que acreditaban recomendaciones calurosas de lo más selecto y especial de Alemania, deliberaron si debian ó no contrarestar la impetuosa corriente de la preocupacion pública; pero cuando parecian decidirse á exigir al extranjero los títulos profesionales, en cuya virtud ejercia la facultad de Boerhave y de Hervey, supieron que José habia

sido llamado al palacio arzobispal para asistir al abate Renzzi, capellan de Monseñor, atacado de una pulmonía, y que sin sangrarlo y á favor de menudas píldoras de tiempo en tiempo tuvo la fortuna de restituirle la salud, respetando el horror del sacerdote italiano á evacuaciones sanguíneas, tenidas entonces por irremediables en estos casos. Proteccion tan alta, el aura popular del siciliano en Strasburgo, y aun el recelo de encontrar en su enemigo un hombre efectivamente superior, retrajeron á los Hipócrates de la ciudad franco-germánica de su designio; resignándose á tolerar lo que no tenían recursos para impedir.

En Francfort se habian ponderado las curas prodigiosas y los singulares conocimientos del conde de Cagliostro, y Strasburgo, preparada así á la admiracion de sus obras por encomios tan subidos, celebró el caso del abate Rienzzi como un portento de habilidad médica; llegando á su colmo el entusiasmo por el Galeno de Sicilia al librar en pocas semanas de una opilacion á la esposa del banquero Samuel Handell; consiguiendo felicísimos resultados en algunos enfermos de la clase indigente, que dieron á su bienhechor un relieve casi divino por su caridad, esmero en su asistencia y alivio de sus tristes situaciones. Lorenza contribuyó grandemente al prestigio de su esposo, intimando con las clases acomodadas de Strasburgo por medio de las damas y señoritas, á quienes cautivó su trato insinuante, la

aparente sencillez de su ánimo y la amenidad de una conversacion, fértil en incidentes curiosos de viajes continuos; sembrando entre los menesterosos beneficios, que diesen por réditos del capital de la filantropía la agradecida publicacion de los favores y el crédito de una munificencia interesante.

Strasburgo contaba con gran número de masones del rito escocés, y una lógia iluminista de la estrecha observancia; y en ellas compareció el Gran Cofto del rito egipcio; haciendo las esplicaciones acostumbradas de su secta y las pruebas pasmosas de adivinacion, experimentos en sonámbulas y ejercicios espiritistas, que en todas partes producian impresion tan profunda, revistiendo á Bálamo de un carácter sagrado y misterioso para los unos, y de una mision diabólica y siniestra para los conjurados contra la alianza formidable del altar y del trono. Entre los masones de la comunión escocesa hubo muchos que aceptaran la regla de Jorge Cofton con las variantes de José; deslumbrando aquellas regeneraciones morales, que permitian la comunicacion visible con los siete ángeles primitivos, y aquella restauracion física por la materia prima de la piedra filosofal; reuniéndose los adeptos en número suficiente para ofrecer al Gran Cofto la suma de veinte mil francos, destinada á construir el tabernáculo de retiro para las sucesivas operaciones de su libro de estatutos.

Respecto á las relaciones de Cagliostro con Monseñor de Rohan se han hecho supuestos malignos en várias biografías del personaje, cuya vida relatamos con la veracidad que nos es posible; supuestos que con ciertos aparatos de rebozo han dado á entender que el príncipe era francmasón, creyente en la ciencia hermética, afecto á las artes adivinatorias, buscador de remedios contra la decadencia de sus facultades físicas, y hasta aventuran algunos la especie de que Lorenza no fué la que menos proporcionó á Bálsamo las dádivas y finezas del cardenal-arzobispo de Strasburgo. Indignidades de la condesa de la Mothe y alusiones venenosas del gacetero Morand han dado pábulo á estas infames suposiciones contra un dignatario político y religioso, cuyos defectos y debilidades no llegaban hasta arrostrar los anatemas de la iglesia en actos de tan vehemente reprobacion de la Silla Apostólica; procediendo su afecto particular al conde del predominio que toman sobre los espíritus crédulos, limitados y propensos á la magia de lo sobrenatural, hombres de la superioridad, de la audacia impertérrita y de la seduccion artificiosa de José Bálsamo. Las liberalidades de Monseñor, por grandes que fuesen, no necesitan explicarse por ocultos motivos, ni reprobados fines; bastando para ellas su predileccion por el aventurero siciliano y el desprendimiento de su natural, que frisaba en lo pródigo cuando creia limitarse á lo expresivo.

En Strasburgo conoció Bálsamo á Juana de Valois, esposa del falso conde de la Mothe, mujer de una travesura satánica y de una fogosidad superlativamente viril, quién diciéndose último vástago de la real estirpe de Valois, y comprobando su dicho con árboles genealógicos y documentos, recurría á próceres y personajes, poniéndoles á contribucion en auxilio de una dama, que iba á Paris á hacer valer su derecho á que los Borbones asignaran una pension correspondiente á la nieta de Francisco I. Cagliostro gestionó cerca del Cardenal-arzobispo la solicitud de Juana, y por conducto del italiano recibió la aventurera quinientos luises, y la formal promesa de apoyar en la corte las reclamaciones de la última Valois tan luego como fuesen presentadas al rey Luis Décimo-sexto.

IX.

En el proceso Rohan declaró Bálsamo que salió de Strasburgo por la noticia que recibiera de Nápoles de hallarse de suma gravedad un caballero á quién debía grandes obligaciones, y que llegó á tiempo de asistir á sus últimos momentos, no habiendo podido conjurar el desastre con los recursos de la ciencia. En la causa instruida en el Santo Oficio romano ha fijado en tres meses su residencia en Nápoles, sin determinar el motivo

que le llevara á dicha capital, como lo hizo ante el Parlamento; pero dando por causa á su ausencia la persecucion insidiosa de los médicos napolitanos y una invitacion para ir á Francia que le fué dirigida por el conde de Varennes, al decir de hombre tan vario y falaz en sus manifestaciones á la justicia. Lorenza desmintió ambas declaraciones de su marido, confesando á los inquisidores que el motivo real de abandonar á Nápoles no fué otro que la resistencia de los masones de aquella ciudad al rito egipcio, y la recelosa actitud con que fueron rechazadas las acostumbradas esplicaciones del Gran Cofto respecto á bases y prácticas de su secta.

Apesar de esa invitacion del ministro francés de que hizo mérito Cagliostro en el proceso de Roma, no se cuidó, como hubiera procedido, de atenderla yendo á París directamente, sino que pasó á Burdeos, alternando con la profesion médica en una escala aristocrática la propaganda masónica, y si hemos de creer al cáustico Morand rebajando la dignidad excelsa del sumo sacerdocio egipcio con los resabios y las proezas del estafador y del trapisondistas, pues habla *El Correo de Europa* de una exaccion de cinco mil francos á cierta noble y rica viuda, imbuida como el platero Marano en el descubrimiento de un tesoro en una hacienda de su propiedad, guardado por los espíritus. En Burdeos, y enfermo de calenturas gástricas, rodeando su lecho algunos Venerables del rito egipcio, tuvo una vision beatífica

en que se sintió trasportado á la presencia del Todopoderoso, hablándole una voz incógnita para estimularle á proseguir sus trabajos; llevando su inconcebible espontaneidad hasta referir el cuento á los inquisidores, agregando que á este éxtasis debió el inaudito esfuerzo y la ardorosa fé de su propaganda masónica.

En Lion habia una lojia de la alta observancia, centro de hombres de suposicion y arraigo, nada conformes con depender de la gran lojia de París, obstinada en formar cuerpo aparte del Gran Oriente francés, convenido en 1774 en una asamblea nacional de masones, presidida por el duque de Luxemburgo, y repugnando por otra parte la sumision al Gran Oriente, poder más absoluto que las lójas matrices. La aparicion del Gran Cofto de la masonería egipcia, con sus ritos nuevos y sus tendencias fantásticas á una casi-inmortalidad, enardeció á los afiliados lioneses, porque resolvía su conflicto y los autorizaba á erigirse en cabeza del masonismo nuevo por la fundacion de una lója madre de la secta de Cagliostro. Convino José en su pensamiento, y á todo costo se labró una casa con destino á lója, bajo la planta de un arquitecto de la asociacion, y con las comparticiones necesarias á todos los menesteres y servicios del instituto, y siguiendo la inveterada costumbre de dar á las lójas matrices nominaciones de méritos y virtudes, se acordó llamar á la puesta por obra la *sapiencia triunfante*. La inquisicion romana in-

tervino entre los papeles de Bálsamo ejemplares de las patentes lionesas de masones del rito egipcio, en que campeaban en una especie de elegante cornisa el septángulo, el triángulo, la plana, el compás, la escuadra, el martillo, las calaveras, la piedra cúbica, la basta, la triangular, los andamios, la escala de Jacob, el fénix, el globo y el tiempo, y lemas como—*lucem meruere labore*;—*odi profanum vulgus et arceo*;—*in constanti labore spes*;—*pulsate et aperietur vobis*;—*quærite et invenietis*,—y otros análogos. Era de notar en estos diplomas una cruz, en cuyo brazo transversal se leían las tres iniciales L. P. D. que tradujo por *lilia pèdibus destrue* (huella y destruye las lises), símbolo de aquellas tareas templarias contra Francia y contra Roma de Jimenez, Falc y Svedimburg.

La noticia de haber sido nombrado Monseñor de Rohan gran limosnero de la Corona movió á nuestro héroe á dirigirse á París, pretextando á sus hijos que obedecía á una cita del Gran Oriente francés, y prometiéndoles un pronto regreso. La lógia de la *sapiencia triunfante* entregó seis mil francos de voluntario donativo al Gran Cofto para su viaje á la córte, y á los dos meses de residencia en París envió una comision á advertirle que se habia concluido la edificacion del templo masónico, y Bálsamo comisionó á dos afiliados parisienses para que le representaran en la ceremonia de inaugurar la lógia madre de su rito en Francia.

X.

El conde Alejandro de Cagliostro y la condesa Serafina de Feliziani se instalaron en París, como lo habian hecho en San Petersburgo, en una casa de proporciones y de buen aspecto; pero distante de los centros aristocráticos y de los bárrios bulliciosos, y afectando restricciones al trato social y una modestia, que excluyera esos alardes que hacen sospechar de los que tanto procuran atraer las atenciones á fuerza de ruido, en imitacion de los saltimbanquis. Ni el boticariode *Saint Jacques*, ni Monsieur Duplaisir, ni Madama Saint-Dizier; ni el alquimista sectario de Juan Hemstad; ni el maestro de baile Lyon; ni los greffieres del Parlamento, que habian entendido en el espediente de prision en Santa Pelagia de la fugitiva Lorenza, ó en la prohibicion del ejercicio de la medicina á José Bálsamo, podian reconocer al hombre, que vestido de negro, en una carretela blasonada, grave y silencioso, atravesaba de extremo á extremo á París, sin volver la cara por nada ni por nadie, señalado por todos é indiferente á todo. ¿Y quién hubiera conocido á la bella y elegante Serafina, redondeada voluptuosamente por el desarrollo completo de su físico, formada yá en la escuela del gran tono, templando con la gracia la magestad pa-

tricia, conducida en una carriola napolitana, cuya blanca yegua aguijaba un negrillo de la Martinica, vestido de *groom* británico?

Monseñor de Rohan agradeció infinito al conde que por darle la enhorabuena hubiese venido desde Nápoles, como se lo hizo creer el siciliano, y rogó con vivas instancias á su buen amigo en Strasburgo que se instalara en París, pues que le hacian falta sus consejos y su asistencia en el piélago de la corte, donde el iluso prelado soñaba con Richelieu y con Mazzarino, creyendo una Ana de Austria á la arrogante María Antonieta y otro Luis XIII á Luis XVI de dolorida memoria. La condesa de la Mothe, Juana de Valois, fué á visitar á Lorenza, contándole que la nieta de María Teresa de Austria habia conseguido para ella una decente pension del bolsillo secreto del rey, su esposo, sirviéndose recibirla algunas veces; tratándola con delicados miramientos y prometiéndola colocar al conde de la Mothe en una plaza civil, digna de un hombre de clase, enlazado á la última de los Valois.

XI.

Como quiera que en este personaje singular haya que atender, desde su afiliacion en Lóndres á la familia masónica, á sus aventuras ordinarias y á sus lances en la propaganda de la secta

egipcia, desembaracémonos de ese relieve particular de su estancia en París en este breve capítulo para dedicarnos luego, sin necesidad de interrupciones, á las notables peripecias que han adulterado los novelistas, hasta hacer indispensables las restauraciones de la verdad por los trabajos históricos.

En el proceso de Roma ha confesado Cagliostro que tuvo lójas de hombres y de mujeres en su misma casa de París, presidiendo Lorenza á las damas como Cofta del rito, y celebrando sesiones mixtas en ocasiones extraordinarias, como recepcion de elevados personajes y visitas de afiliados de Lion ó de Burdeos; sus primeros secuaces en Francia. Insistiendo en la manía de una asistencia divina en sus tareas masónicas, aseguró Bálsamo á los inquisidores que en París, más que en otras partes, evocó á espíritus de ilustres finados, comunicando con ellos y hasta haciéndolos visibles en pequeños círculos de sus amigos de mayor confianza, entre los cuales citó á sujetos de la Real familia. José asevera que el masonismo en Francia entró en una completa anarquía desde que al duque d'Antin sucedió en el maestrazgo el conde de Clermont, sin que pudiese remediar este adverso estado el duque de Chartres, luego de Orleans, electo en 1771; y cuando el Gran Cofto dió principio á difundir su rito nuevo, halló grande disposicion á admitirle por la oposicion de los unos al Grande Oriente y la antipatía de los otros á la antigua lója ma-

triz. Cagliostro refiere en el proceso romano que el príncipe, gefe del Grande Oriente francés, notando la boga de la secta egipciana, anduvo en tratos para incorporar á su centro á las lójas de su rito; pero que el aventurero exigía una conversion del rito escocés al suyo, acordado yá por la lója madre de París, resistiendo el príncipe esta sumision, aunque Bálsamo no aspiraba al primer puesto en el Oriente galo, que debia conservar Su Alteza. No dejó el héroe de esta historia de indicar en la causa que una parte de su complicacion en los asuntos de los diamantes de Bohæmer fué debido á este choque con el Grande Oriente, y á su íntima amistad con los condes, á cuya rama pertenecia Monseñor el limosnero de la Corona.

XII.

El magnetismo habia sido llevado á París por el aleman Mesmer; pero en aplicacion mecánica de alambres, como una especie de pila de Volta, y sin embargo acudieron á las sesiones del famoso extranjero todas las clases de aquella novelera sociedad, y el aristócrata y el trabajador y la dama disfrazada y la griseta, fueron á someterse al éxtasis, que no dirigido por el magnetizador era en unos la grata somnolencia del háchis; en otros el sopor de la embriaguez del ópio; en estos el delirio, con sus carcajadas y

sus lágrimas, en aquellos el arretrato, con sus frases inarticuladas é incoherentes. Allí estaba en aplicacion rudimentaria aquel principio, tan desenvuelto en las viejas Sibilas, tan terriblemente misterioso en el trípode de Délphos, tan imponente en las vírgenes *Alrunas* de la antigua Germania; pero estaba allí como una fuerza inconsciente, como un elemento no dominado, como un gérmen de mayores promesas que de resultados positivos.

Cagliostro, más en contacto con el Oriente que el físico aleman, sabía las aplicaciones de ese magnetismo en toda su escala, y si se valia de pasas y de atracciones enérgicas del fluido con las naturalezas refractarias al sonambulismo ó rebeldes á la dominacion moral del operante, con las pupilas y niños de sus pruebas le bastaba con un gesto para rendirlos y la docilidad de sus caracteres influía en gran manera en la lucidez que sabía imponerles la corriente de su poderosa voluntad. ¿Era Althotas efectivo maestro de Bálsamo en este procedimiento, desconocido en el continente europeo?.... ¿Cuál de los infinitos amigos de este hombre extraordinario pudo revelarles esos prodijios de una ciencia, perdida en el tráfago revuelto de las edades?... ¿Iría José á Malta á apurar los secretos magnéticos y espiritistas entre rabinos, buddistas, malayos y ejipcios? Difícil es inquirir la verdad en una existencia como la de Cagliostro, votada á perennes engaños y falsedades; pero es inconcuso

su saber en esta especialidad, que tanto acrecentó su nombradía y por la cual fué condenado como hechicero por el Santo Oficio de Roma, aunque él se abstuviera de explicar á sus jueces los fenómenos naturales á que debia sus adivinaciones por el sonambulismo.

En una de las sesiones de la lógia de damas, presidida por la Feliciani, á que asistió el Gran Cofto del rito ejipcio por señalado obsequio á sus hijas, suplicó Lorenza á su marido que obrara májicamente por la imposicion de manos en una de las afiliadas, pués deseaba conocer la señora duquesa de N.** el séxo de la criatura que pesaba en sus entrañas, Madama T. pretendía inquirir el paradero de su esposo ausente, y la condesa de la Mothe aprovechaba la ocasion de consultar á la pupila sobre asuntos importantes entre su marido y Monsieur de la Villette, su amigo y sócio. El conde preguntó si habia venido la *paloma* ó sibila, que retirada en el tabernáculo contestaba á las preguntas del magnetizador, y le fué contestado que la sesion versaba sobre reglamento interior de la lógia, no haciendo falta por tanto la niña vírjen de las ceremonias solemnes de adivinacion, prescritas en los estatutos del rito.

—¿Quién se prestará á servir de púpila? preguntó resueltamente Cagliostro, girando la vista en torno de sí con magestad.

—Yo, si no hay quien lo desee, contestó una voz de claro timbre.

El conde retrocedió con asombro al fijarse en la adepta, que se habia ofrecido á la operacion de tan buena voluntad; porque su aire, su estatura, su rostro, sus modales y hasta el eco de su voz, la hacian la viva imágen de María Antonieta, reina de Francia.

Juana de Valois sonrió al comprender el motivo de la sorpresa de Bálamo, y le dijo con una guiñada de maliciosa intelijencia:

—La señorita Nicolasa Oliva, mi amiga particular, hija vuestra, recibida por nuestra Venerable Maestre en el grado de compañera en la última sesion de nuestra lója de *la mujer libre*.

La señorita Oliva se habia levantado de su sillón para saludar cortésmente al Gran Cofto en esta presentacion de la condesa, y José mirándola con sus ojos fascinadores, y acercándose á ella con lentitud, llegó hasta situarse á su lado, poniendo la diestra en su hombro izquierdo y diciéndole con voz imperiosa—*dormid*.—Nicolasa cayó en el sillón como una masa inerte, y un murmullo de admiracion corrió por aquella sociedad femenina, comprimido por un gesto del conde, que dió principio á sus preguntas.

La señorita Oliva resultó una sonámbula excelente, y no solo satisfizo á la curiosidad maternal de la duquesa, al deseo de Madama T. y á la exigencia de la Valois, sino que sirvió al conde para objetos suyos y animacion infinita de la sesion extraordinaria, que no permaneció tan

secreta como era de esperar del sijilo masónico.

XIII.

Al aparecer en París el norte-americano Hume, el más célebre de los espiritistas modernos despues del famoso Sport, los hombres de más valer en la prensa periódica, testigos de sus prodijosas evocaciones, debatieron extensamente las cuestiones histórica, filosófica, moral y física del espiritismo, a propósito de aquellas maravillosas pruebas en el palacio de las Tullerías y de otras posteriores en los círculos más selectos del *fau-bourg Saint-Germain*, centro de la nueva aristocracia en la Babilonia europea. Mientras que Girardin relacionaba al espiritista americano con las escelencias adivinatorias y nigrománticas en los fastos de las humanas generaciones, y Veuillot declaraba á Hume un verdadero poseído de Satanás, á trueque de una fama ilejítima y execrable, unos, como Huart, aducian ejemplos de espiritistas, que sin darse este título habian practicado el procedimiento evocador mucho antes del jóven endemoniado de ultramar, y otros, como Delord, recurriendo á la crónica de las trapacerías de grande espectáculo, con rara erudicion en la materia, suponian al admirado Mister Hume un Macallister de más talla y de método más singular que los conocidos hasta la fecha.

Periodista entonces, como ahora, al dar Hume sus terribles espectáculos ante la familia imperial, hube de seguir el curso de aquella polémica importante en la prensa de París, tanto para condensar lo conveniente de este asunto en mis Revistas extranjeras quincenales, cuanto para estudiar yo mismo la cuestión; cuidando, como lo tengo por costumbre, de cortar y poner en mi album de curiosidades las noticias extraordinarias, las citas de textos, los hechos culminantes y los juicios luminosos, que encontraba en los periódicos más reputados de la capital de Francia. Desde entonces conservo una cita de las memorias inéditas de Lallemand, respecto á lo que se intitula *el banquete de los muertos*, dado en París y en corto círculo por el conde de Cagliostro: cita de Huart, que hoy utilizo en esta obra, ahorrando digresiones, y atendiendo solo á reproducir lo que en tiempo del aventurero siciliano se creyó y dijo acerca de aquellas evocaciones de ilustres difuntos, como Voltaire, Diderot, d'Alambert, Montaigne y Boileau.

«Ninguna de las aventuras del conde (escribe Lallemand en sus Memorias) hizo más ruido
«en París, y aun en el reino, que el convite entre
«doce personas de su más íntimo trato, que tuvo
«lugar en una rotonda de su casa, labrada expresamente en el jardín para aislar aquella pieza del resto del edificio, que era un caseron espacioso, pero viejo y algo sentido en sus muros.
«El conde habia hablado á ciertas personas de

«su mayor confianza, algunas conocidas por su
«declarado ateísmo, de las apariciones de difun-
«tos para dar testimonio de la otra vida; dicién-
«do que el conjuro á que obedecían los espíritus
«era casi familiar en la India y en lo interior
«del Egipto, y que comunicar con ellos, sin ha-
«cerles tomar formas visibles, lo sabían hasta
«las viejas persas y los niños de la costa de Co-
«romandel. Instado por los que creían en el po-
«der sobrenatural del noble hechicero y por los
«que ponían en duda la peregrina facultad de
«traer á la tierra á los emigrados de este valle
«de lágrimas, consistió Cagliostro en someterse
«á la prueba; exigiendo que se diera un banquete
«en la rotonda, poniéndose entre los convidados
«sillones vacíos, que ocuparían los muertos que
«se le designaran hasta el número de seis. Lle-
«gado el día del tremendo convite, el conde en-
«cargó á sus comensales que no se preocuparan
«de la escena, que tendría lugar á los postres,
«y que no frustrasen el efecto de la aparición
«visible con ninguna especie de movimiento ar-
«rebatado ni de sensación extrema. En el mo-
«mento oportuno se levantó el prócer italiano, y
«fué llamando á Voltaire, Diderot, d'Alambert,
«Montaigne, Boileau y Moliere, quienes apare-
«cieron á evocaciones sucesivas en los seis sillo-
«nes que se les tenían dispuestos, perfectamente
«visibles al través de una especie de neblina, que
«parecía servirles de atmósfera particular.—En
«este hecho están conformes todas las referencias

«de los doce convidados de la rotonda; pero cor-
«ren por París algunos dichos agudos, puestos
«en boca de los muertos, como el de Voltaire so-
«bre haber averiguado en el otro mundo que los
«Papas eran buena gente, el de Diderot, que de-
«claraba el mérito de su Enciclopedia en el re-
«dactor del índice, y el de Moliere, llamando á
«Luis XIV el primer cómico de la magestad.—
«El duque de Argenson refirió al rey los rumores
«que circulaban en París respecto al banquete
«de los difuntos; pero S. M. encojiéndose de hom-
«bros, contestó al duque:—«*Hé ahí los espíritus*
«*fuertes de nuestra época: niegan á Dios para*
«*creer en el diablo.*»

XIV.

Cagliostro, á fuer de aventurero, estaba muy distante de esas libertades republicanas que afectara despues, y á impulsos del despecho; gustando por el contrario de introducirse cerca de dignatarios y de príncipes, y ostentando títulos de distincion, que no eran solo medios de sus fines explotadores, sino que respondian á sus afanes de singularidad extrema; rechazando sus instintos y sus costumbres esa igualdad que solo aceptan complacidos los ánimos verdaderamente superiores, que no temen la confusión ó que la desean en bien de los demás ó provecho comun.

Juana de Valois, admitida en palacio por una condescendencia bondadosa de Maria Antonieta, que le salió cara por cierto, ha sentado en su libro—«*Mi correspondencia con el conde de Cagliostro*»—el empeño obstinado con que le instara el conde para que hablando de él á la reina, le proporcionase el honor de una entrevista con S. M. dentro ó fuera de palacio.

Ignoraba el siciliano que su reputacion de sér escéntrico, y su popularidad misma, eran obstáculos insuperables para que le otorgaran audiencia Luis XVI ó la nieta de Maria Teresa de Austria, que no perdonaban á Luis XIV el fácil acceso á su persona del conde de San German y otros tipos de esta especie; atribuyendo á tales corrupciones de la etiqueta los desórdenes del Regente Orleans y los escándalos de Luis XV. En cuanto á Monseñor de Rohan, interesado tambien por Bálsamo en el prurito de ser recibido en la córte francesa, aun reservadamente, prometió de buena fé hacer lo posible por servir al extranjero; mas lo disuadió de su propósito la condesa de la Mothe, segun confiesa ella misma en el citado folleto; aspirando sin duda á hacer por su cuenta el negocio que tenia proyectado, y para el cual necesitaba ser intermediaria única entre Monseñor y la reina en el disparatado plan del gran limosnero de la Corona, que dejamos indicado en el capítulo X de esta parte segunda de nuestro libro. Una circunstancia particularísima vino á consentir á Cagliostro en la posibili-

dad de su introduccion en la corte; pero contra todas sus esperanzas no produjo efecto el paso, que engrió sus ambiciones en un resultado irrealizable con harto pesar suyo.

El marqués de Medard-Colineau, pariente de los Condé y hombre de grande respetabilidad por sus talentos, prendas y cualidades, bien visto en la corte y reputado por sus buenos servicios, cayó enfermo de una fiebre catarral, que degeneró en inflamatoria, y se hizo pútrida por yerro de los facultativos de su asistencia en prevenir tales accidentes. Al tener noticia el rey de la gravísima situacion del marqués, antiguo gefe de la Real armada, envió un médico de cámara á cerciorarse del peligro que Medard-Colineau corria, y los informes de tal perito confirmaron las noticias de S. M. acerca del riesgo de la vida del marqués, constituido yá en lo que llaman caso desesperado los discípulos de Celso y Pablo de Egina. Administrados al antiguo marino los finales sacramentos de la iglesia, y confiando solo en la dinámica vital los desorientados doctores que le asistian, fué á casa de su déudo Monseñor de Rohan, llevando en su compañía al conde de Cagliostro, quien se hizo cargo del moribundo, manifestando que allí quedaba que hacer bastante. Es lo cierto, y ante los resultados prácticos nada valen conjeturas, que Bálsamo acertó con el método curativo de aquel caso extremo, y lo que es más, acertó tan cumplidamente, que á los veinte dias estuvo el marqués en disposicion de

ir á palacio á la recepcion del bailío Suffreu, estimulado á ello por Cagliostro para producir sensacion en la córte, fundada en el crédito de aquella curacion milagrosa.

Julio de Saint-Félix nos ha conservado la escena de la presentacion del marqués en las Tullerías con ese diálogo fácil, natural y gráfico, que anima tanto sus atractivas narraciones, aunque á expensas de la severidad histórica.

—Es prodijioso, marqués, dijo el rey acercándose á Medard-Colineau con su habitual llaneza. Esto es volver de la tumba como Lázaro. ¿Y quién ha sido el autor de tan agradable maravilla?

—El conde de Cagliostro, señor, amigo de Monseñor de Rohan y génio bienhechor para mí.

—¿Y os habeis puesto en tales manos? preguntó Luis XVI con aire de profunda extrañeza.

—Ya vé V. M. el resultado de esa audacia. El conde, señor, es....

—Yo no sé lo que es el conde, interrumpió con despego el monarca; pero celebrando la obra, rechazo al agente por muchas razones que no necesito aclarar.

XV.

Entre la supuesta condesa de la Mothe y el falso conde de Cagliostro tenian convertido á

Monseñor de Rohan en miserable juguete de sus combinaciones, la una con sus noticias y confianzas y el otro con sus consejos y vaticinios; conspirando ambos á imbuir al gran limosnero de la corona en el descabellado plan de conquistar el corazon de la hermosa y altiva Maria Antonieta, imponiéndose al rey como hombre de Estado, y aspirando á rejir la Francia con la enerjía de Richelieu y la estrategia de Mazzarino, él que carecia de génio, de talento, de instruccion y de respetabilidad, y que dependia de los lisonjeadores de su amor propio y de sus vanidosos cálculos. En balde Luis XVI le demostraba una consideracion, reducida meramente á su carácter y no extendida á su persona: inútilmente la reina le trataba con una ceremoniosa circunspeccion que encubria mal su efectivo despego: en vano la corte entera manifestaba conocer los reducidos alcances y visibles defectos del príncipe—cardenal.

Juana le persuadia que evitaba el rey con su conducta algo reservada los celos de sus hermanos por toda preferencia á las demás líneas de la familia régia; que la reina, á fuer de austriaca, era fieramente orgullosa y solía tratar con menos atenciones en público á quien más estimaba, impidiendo murmuraciones malignas, que habian escarmentado sus primeras espontaneidades en la corte francesa; que la indiferencia de los cortesanos era una ventaja para los proyectos políticos de Monseñor, que así no encontrarían ánimos prevenidos ni intrigas preparadas en su daño

Cagliostro aseguraba al arzobispo de Strasburgo que los astros, su horóscopo, la cábala, el registro de la carta quiromántica, las revelaciones de los sonámbulos, las visiones en el cristal de las redomas, los conjuros, las evocaciones de los difuntos, la consulta de las entrañas de la blanca paloma y del gallo negro y el vuelo de las aves de los presagios romanos, todos los procedimientos, en fin, del arte adivinatorio, convenían en el porvenir de amor, poder y gloria, reservado al heredero natural de Richelieu y Mazzarino en un plazo breve, y merced á esas circunstancias imprevistas, que aumentan la sorpresa y el interés de las grandes y súbitas elevaciones. Cegado así por la ambición y la credulidad, el Prelado vino á caer en las redes de dos audaces aventureros que le complicaron en el asunto escandaloso del collar de diamantes, que vamos á referir de seguida.

XVI.

Minheer Daniel Bohæmer, joyero de la corona, era un digno holandés, enriquecido en el comercio de piedras en la India, y que al volver á Europa con un crecido capital no esquivó el gremio de San Eloy á que se había afiliado en los primeros días de su juventud; amando el arte con el culto apasionado de Benvenuto Cellini, y te-

niendo pasión por las piezas bien concluidas y fanatismo por las piedras raras, labradas con inteligencia y montadas con finura y buen gusto en el juego de los esmaltes de su contorno. Establecido en París, pagando mejor que todos los maestros de su gremio la mano de obra, no perdonando medio de traer á sus talleres lo más notable en cada especialidad de la orfevrería, exponiendo lo más rico, precioso y bien elaborado que podía presentarse en todos los ramos de su comercio, Bohæmer pudo añadir á su nombre en la muestra de su elegante y espacioso establecimiento las armas de varios príncipes de la sangre, que le hicieron su joyista particular, y por último las lises de Francia, por graciosa concesion de Luis XV, á solicitud de Madama Dubarri, servida puntualmente por el platero holandés en una exigencia caprichosa de la Real favorita.

Al advenimiento al trono de Luis XVI Minheer fué confirmado en el honroso cargo que se le tenia conferido de joyero de la corona, y correspondió noblemente á esta distincion en cuantas ocasiones hubo de recurrirse á su pericia y celo, ya para remontar aderezos antiguos, ya para nuevas joyas ó bien para consulta de alhajas y eleccion de objetos para regalos y finezas. El carácter bondadoso y servicial de maese Daniel, su reputacion de probidad y cariñoso afecto á sus numerosos dependientes, su esmero en adquirir lo mejor en todo y en arreglarlo cuanto era compatible con el valor y mérito de las obras, y

más que nada los límites estrictos en que sabia contener la franqueza de sus esplicaciones al estímulo de la confianza de altas personas, interesaron en su favor á Maria Antonieta, princesa que estimaba mucho ciertas cualidades de discrecion y tacto. Bohæmer solia hacer de vez en cuando ciertos viajes á Alemania, á Portugal y aun á Italia, para orientarse en el movimiento artistico-industrial del arte de platería; buscando curiosidades antiguas; procurándose perlas y piedras en los ordinarios mercados de estas preciosidades, y trayendo siempre dos ó tres operarios más para instalarlos en sus talleres, ensanchando la órbita de sus faenas.

El joyero de la corona de Francia por más que su exterior no lo revelase, era una naturaleza poética, y pocos al ver su traza de burgo-maestre, al estudiar sus pacíficas y ordenadas costumbres y observando la serenidad profunda que parecía reinar en su alma, hubieran sospechado que un deseo ambicioso, un deseo de exaltacion casi mística, ocupaba por entero hacía muchos años el espíritu del holandés, y que tras de aquellas apariencias tranquilas y aquella sonrisa de constante satisfacción se paliaba un pensamiento fijo, exigente, irritado por los obstáculos y enardecido por las dificultades. Cuando salió de Harlem nuestro hombre para entregarse al comercio de pedrería, llevaba en la memoria los nombres particulares, dados á los diamantes célebres del mundo, y la historia de los afortunados mercaderes,

que habian tenido hallazgos tan peregrinos; lisonjeándole una risueña esperanza de encontrar una proporcion semejante, labrando de un golpe su fortuna y adquiriendo el fuero de la fama póstuma. Los diamantes célebres no parecieron en muchos años de trafication del inteligente y activo Daniel, y como en la flemática índole de los hombres de su país ganan en profundidad los sentimientos lo que pierden en extension, no desesperó de su idea, contentándose con modificarla, primero en cuanto á la oportunidad de la ocasion, y despues en lo relativo á la forma de realizar su propósito en alguna manera.

Una vez que andando de aquí para allá no habia conseguido Bohæmer tropezar con una verdadera maravilla de joyero, de las que buscaba con perseverancia afanosa, digna de mejor suerte, se persuadió de que la fortuna es la que busca al hombre, y que estableciéndose en una capital como París sería más fácil quizás el logro de su objeto, si estaba de Dios que se cumpliera aquel voto ferviente de su corazon; y este era el motivo de su residencia en la córte y el secreto de sus tareas por superar en crédito y en rango á todos los hijos del Santo Obispo de Noyon en la ciudad que cruza el Sena. Por otra parte, y mientras parecia el diamante célebre ó por si no llegaba á parecer, el joyista echó sus cuentas, y reflexionó que el arte suplia los prodijios que la naturaleza avara se niega á prodigar; resolviendo emprender una obra de arte, digna de exponerse en

el altar ó en el s6lio; vacilando algun tiempo entre los objetos de la maravilla fant6stica que preocupaba su 6nimo; consultando los m6dios de hacer verdad su alhag6eño idealismo, y decidi6ndose por un collar de diamantes, que ni Semíramis, ni la reina Saba, ni Cleopatra lo hubiesen tenido mejor.

Bohæmer tenia veinte diamantes del tamaño de un grano de mijo; pero enteramente gemelos en limpidez, finura de las facetas, transparencia de su fondo y direccion de sus aguas; veinte diamantes que reunidos uno por uno valian un caudal, como se dice vulgarmente. Alternar estos veinte gemelos con otros tantos grupos de piñas de 6 tres diamantes, de la propia igualdad, en proporcion m6s reducida, pero sin la m6s m6nima discrepancia en un prisma, en un tono de color, ni en el incidente menos perceptible, era una empresa capaz de rendir otros bríos, que no fuesen los de Minheer, acostumbrado 6 relacionar todos sus pensamientos con uno, dominante y exclusivo en su s6lido cerebro aleman. Pero encontrados los sesenta diamantes de las veinte piñas, quedaba aun la mano de obra; un trabajo de hadas; una lijereza de montura que no perjudicara 6 la solidez del engarce; oro en anillos microsc6picos, en garras s6tiles, en haros de perfecto ajuste; pero ese oro no habia de herir la vista, interrumpiendo el efecto deslumbrador de aquella cascada de diamantes. Maese Daniel fué hasta el Brasil para buscar las piedras de primera mano, cual

se dice en estilo de comercio; estuvo en Alejandría en la famosa feria de tratantes en perlas y piedras del Oriente; visitó á Hamburgo y sus almacenes de la Compañía indiana; hizo una excursion á Cádiz á esperar una flota de América; encargó sus diamantes á todos los comisionistas y traficadores con quienes pudo entenderse, y al fin los vió reunidos en su poder como una esplendente granizada, hábiles y dispuestos á formar el grupo más raro que pudiera presentar un artífice á la Rogelana de Soliman el Magnífico ó á Catalina de Rusia, poseedora del segundo diamante de los históricos en los fastos del universo. La mano de obra correspondió cumplidamente á las aspiraciones del joyero holandés, y el collar en su estuche de terciopelo negro pareció á su dueño digno solamente de la reina de los ángeles en la efígie más hermosa entre los portentos de la escultura cristiana representando á la vírgen madre del Verbo divino.

Bohæmer, llamado á palacio para un encargo del Rey, metió en el bolsillo de pecho de su casaca el estuche que contenia su ambicionado tesoro, y despues de recibir de Luis XVI la órden de disponer la confeccion de una charretera de diamantes para un hijo del duque de Orleans, que debia bautizarse con la militar insignia, pidió y obtuvo una audiencia de la reina, presentándole el collar y haciendo su historia con brevedad y sencillez. María Antonieta apreció en todo su valor aquella alhaja de Princesa de las *Mil y una no-*

ches, y convino con el joyero de la corona en que enseñaría el collar á su augusto esposo, avisándole del resultado de la tentativa.

XVII.

María Antonieta enseñó aquella espléndida joya á su dama predilecta, la hermosa cuanto desgraciada princesa de Lamballe, cuya arrogante y clásica cabeza pasearon en una pica los sicarios infames de París, y cuando admiraba en el cuello de aquella jóven beldad el brillo y el efecto de la obra singular de Minheer Bohæmer, entró Juana de Valois en el gabinete, participando de la emocion que atavíos tan notables escitan siempre en los círculos femeniles.

Las tres mugeres convinieron en que el collar del joyista holandés no podia servir más que á la reina de Francia entre todas las princesas europeas, y que si en tamaño habia diamantes superiores en otros guarda-joyas de personas reales, en número y calidad de piedras de aquel conjunto, y en montura y en trabajo manual, no existia de seguro una pieza parecida en los aderezos de todas las esposas de Soberanos y príncipes reinantes del continente. La condesa de la Mothe se permitió añadir que por más que alhaja semejante impusiera un considerable desembolso al real erario, era de todo punto imposible

que aquella maravilla se dejara salir del reino ó se permitiera su adquisicion á alguien que no fuese testa coronada, cuando aparecia evidente que solo con la mira de ofrecerla á S. M. podia el joyero de la corona haberse comprometido en las fatigas y gastos de reunir aquellos ochenta diamantes y combinarlos con tanto gusto como desconocida perfeccion. La gentil Lamballe añadió que no conocia dama que pudiese llevar aquel compuesto de riqueza y esmero artístico fuera de la reina de Francia, que merecia serlo del mundo, así por su exterior como por sus internas cualidades. María Antonieta, guardando el collar en su precioso estuche, y moviendo la cabeza con aire melancólico, expresó que el importe de la joya amenazaba con enorme cifra, y que el rey estaba muy pobre, como lo repetia cada vez que se trataba de renovar mueblaje ó de reformar adornos en las habitaciones de palacio.

Anunciada la visita matinal del monarca á su egregia consorte, la nieta de María Teresa recibió á Luis XVI con su más agasajadora sonrisa; preparando la conversacion con fina diplomacia para que la salida del estuche del pupitre inmediato no pareciese otra cosa que un episodio del diálogo conyugal, ingénuo y sencillo; porque el rey era naturalmente desconfiado, en particular con su esposa á quien amaba y temia, como sucede á los que reconocen la debilidad de su ánimo y se defienden de la dominacion cuyos

efectos recelan. El mismo Soberano dió pié á la intencion de su cónyuge, hablando de Bohæmer y del encargo de la charretera de diamantes para el tierno príncipe Orleans, y María Antonieta, extendiéndose en elogios del joyero de la corona, adujo como prueba de la especialidad que le proporcionaban las obras de arte de sus talleres el último trabajo que habia venido á presentar á la reina, y que esta puso á la vista del nieto de Luis XIV.

—Soberbio collar! exclamó Luis contemplando la magnífica alhaja de Minheer Daniel.

—Digno solo de la esposa del rey de Francia y de Navarra, repuso María con adorable énfasis que aumentó el brillo de su belleza.

—¿Habeis mandado hacer esta joya, María? preguntó el rey con mal disimulada inquietud.

—Me la han traído, creyendo que era digna de mí, y lo es efectivamente, Señor, respondió la austriaca.

—Mereceis más (contestó Luis cerrando lentamente el estuche); pero ni os faltan diamantes, ni está nuestro patrimonio para gastos de esta especie, cuando el hambre aflige á nuestras provincias y abunda en París la miseria hasta un extremo que me prensa el corazon. Devolved á Bohæmer su collar, María, y dejad venir tiempos mejores para la pobre Francia y para nosotros.

Era tan triste y tan profundo el sentimiento en el gesto y la voz del Soberano, y tan verdaderas las adversas circunstancias del país que

María Antonieta no se atrevió á insistir en sus insinuaciones; guardando el estuche en su pupitre, y comprimiendo un suspiro de pesar á fin de no perder el mérito de su resignacion á las graves reflexiones de su esposo.

—María, dijo Luis enternecido tomando entre las suyas una mano de su excelsa consorte, sois una grande y noble muger, y hay cosas en que nadie os escede. Disponed de quince mil francos sobre vuestra asignacion mensual para socorro de las terribles necesidades de tantas pobres familias como sucumben por falta de valor para tender la mano á la caridad pública.

Aquella noche asistió á la reunion de la corte íntima María Antonieta, con la princesa de Lamballe y la señorita de Faverney; retirándose á las nueve á pretexto de un fuerte y agudo dolor de cabeza. El rey jugaba al wisth con Monseñor de Rohan y el marqués de la Chateignerie, sumamente entretenido en aquel solaz de su preocupado espíritu.

—¿Será cosa de cuidado esa indisposicion de S. M? preguntó con viva inquietud el gran limosnero de la corona.

—No creo tal, contestó el monarca, y como buen nieto de Enrique IV, y cediendo á esas expansiones características del bearnés, agregó bajando el tono:—Hay por medio un collar famoso, traído por Bohæmer y que he resistido adquirir esta mañana. Ya veis, Monseñor, que está justificada la jaqueca. Recojed la baza, marqués.

XVIII.

Cuando Minheer Daniel Bohæmer fué llamado á palacio de órden de la reina, la alegría rebosó en su alma, porque una parte y principal de su sueño ambicioso era adjudicar su joya á quien la ostentara con mayor lucimiento, y María Antonieta en punto á majestad, hermosura y seducción, no reconocía émula entre todas las princesas de Europa. El buen holandés, conociendo algo la situacion del real patrimonio y el miserable estado de la Francia, calculaba que la administracion del régio caudal entraria con él en arreglos para la paga á plazos de alhaja tan costosa, y Minheer iba en el ánimo de acceder á todo con tal de oir las alabanzas públicas del collar en todas las bocas, y verse festejado y aplaudido como diamantista y artífice, productor de aquel objeto, único en su especie. Bohæmer llegó á palacio con el júbilo pintado en el semblante, y conducido al gabinete de recibimiento de la reina, se le hizo un siglo el corto tiempo que tuvo que esperar á que saliese de la pieza contigua la condesa de la Mothe, indigna agente de la beneficencia domiciliaria, ejercida por la generosa consorte de Luis XVI. Al fin apareció en el gabinete S. M. con el estuche en la mano y una expresion bondadosa en su interesante fisonomía.

—Buenas tardes, Bohæmer, dijo con cierta llaneza. Os devuelvo esta alhaja, que verdaderamente no tiene precio, y así lo ha reconocido S. M. el rey, mi esposo, cuando ayer tuvo ocasion de examinarla atentamente.

—Espero las órdenes de V. M. repuso el holandés, inclinándose profundamente y trémulo de emocion.

—El rey, añadió Maria Antonieta acentuando sus palabras con intencion terminante, ha creido que en la tremenda crisis que aflige á sus reinos no debia pensarse en aumentar las joyas de la corona, y yo he sido del mismo parecer. Isabel de Castilla vendió joyas para bien de sus pueblos y yo dejo de adquirirlas en bien de los míos. *Nobleza ablíga*, dice un adagio francés.

—Pero ¿es posible, Señora! balbuceó Minheer, tomando el estuche que la reina le alargaba. Yo que creia....

—No hablemos más del asunto (interrumpió la austriaca con decision firme.) Sabed, señor Bohæmer, que no sin sentimiento me resigno á devolveros una prenda que habíais destinado á mi uso, y una prenda de esa valía.

El joyero de la corona, despedido por la reina con una sonrisa afable, saludó en silencio á S. M. y salió del gabinete con el estuche en la mano y como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Aquel golpe equivalía á tirar al Sena el afan de tantos años; porque rechazado el collar

por María Antonieta, era ya indigno de adornar el cuello de ninguna princesa del continente, y ninguna dama patricia osaría comprar una alhaja que había sido elaborada expresamente para S. M. Aunque el Sultán de Turquía hubiera pagado tres veces el subido importe del collar, con destino á la favorita en su serrallo, Daniel habría preferido percibir la mitad de su valor á trueque de incorporarlo á las joyas de la corona de Francia, y vivir en la misma corte donde oyera decir á la aristocracia, á la clase media y al pueblo:—*«la reina llevaba el collar de Bohæmer.»*— Estimulado Minheer por el apuro de su angustiosa situación, hizo pedir la venia á S. M. el rey, teniendo la fortuna de ser inmediatamente recibido.

Ola, maese, dijo Luis XVI con familiaridad, porque á fuer de forjador de hierro de afición desmedida apreciaba infinito á los artífices. ¿Qué deseais? añadió fijándose en el estuche que Minheer apretaba convulsivamente entre sus manos.

—Señor, repuso el joyista con agitación extremada, S. M. la reina ha tenido la bondad de devolverme una prenda, que solo para S. M. puede servir; que para S. M. exclusivamente he trabajado; que únicamente S. M. debe....

—Señor Bohæmer, replicó el monarca tomando un aire de gravedad que precedía á sus raras definitivas resoluciones, creo que la reina no os habrá dado esperanzas para lo futuro en este negocio.

—No Señor, contestó desconcertado el holandés. He venido, por mí solo, á representar humildemente á V. M. el disgusto que me causa la repulsa de un objeto de esta preciosidad, que merecía....

—Basta maese, cortó Luis con imponente dignidad. No olvideis que la charretera del niño Orleans ha de servir el domingo. Adios.

Cuando, sombrío y taciturno, llegó Daniel á su establecimiento, encontró que le estaba esperando una dama, á quien creyó reconocer por la que habia salido de la cámara de la reina cuando él aguardaba en el gabinete. Era en efecto la Valois.

—Señor Bohæmer, dijo la condesa á Minheer, habeis sido deshauciado por la muger y por el marido. ¿No es así?

—Completamente, señora, exclamó el joyero, desahogando su pesar en profundo suspiro.

—Pues mañana, á la una de la tarde, agregó Juana con aire sijiloso, presentaos en el hotel Rohan con el collar en su estuche, que Monseñor desea ver esa maravilla.

XIX.

Minheer Daniel Bohæmer era demasiado hombre de negocios para no comprender en la cita del hotel Rohan que su alhaja no estaba rechaza-

da por la reina con la inapelable resolución que habia manifestado el rey en tal asunto, y la intervencion de un Prelado en este particular nada tenia de extraña siendo Monseñor príncipe de la sangre y gran limosnero de la corona. No dejó de ocurrirse al holandés la maliciosa idea de que fuese el Cardenal-arzobispo de Strasburgo el encargado de moderar las exigencias del joyero, después de la negativa á la adquisicion del collar; arreglando asimismo las condiciones del pago, como intermediario oficioso en la cuestion; pero Minheer pasaba por todo antes de renunciar enteramente á sus esperanzas y se atenia en esta parte al viejo proverbio aleman—«*hágase el milagro y hágalo el demonio.*»—Tambien cabia en lo posible que los parientes de S. M., noticiosos de que Luis XVI sacrificaba el capricho de Maria Antonieta á los apuros de su caja y á las necesidades del Estado, hubiesen convenido en repararse el costo de la magnífica joya, haciendo regalo tan acepto á una dama y demostracion tan estimable al gefe de la real familia. En toda esta variedad de conceptos veia maese Daniel tres cosas claras y distintas, y las tres favorables á sus intereses: que el asunto del collar no se dejaba dormir: que Monseñor de Rohan pretendia ver el objeto y hablar con su poseedor: que un príncipe de la iglesia no suele tener anteojos profanos, sin una causa mucho más fuerte y enérgica que las comunes á los legos y las ordinarias en la multitud pecadora.

Calmada por estas y otras reflexiones la amarga impresion de las entrevistas con la reina y su esposo, el joyero pudo conciliar el sueño aquella noche, y se levantó alegre y confiado, preparándose á satisfacer el deseo del príncipe-cardenal á la hora que Juana de Valois le habia prevenido, y como tenia el hábito de la exactitud, á la una en punto suplicaba al capellan Renzzi dijera á Monseñor que el joyista Bohæmer aguardaba la honra de sus preceptos.

Al ser introducido maese en el salon del Príncipe-cardenal estaban con Su Alteza Eminentísima la condesa de la Mothe y el conde de Cagliostro, diablos familiares del ilustre poseido.

—Adelante, señor Bohæmer, dijo el Prelado con la exquisita urbanidad de su índole naturalmente buena.

Daniel besó el anillo pastoral de Su Eminencia, reparando que tenia una esmeralda de gran precio.

—Os he citado para ver ese collar que, segun votos competentes, no tiene par en el mundo, dijo con tono afable Monseñor.

—Hélo aquí, respondió Minheer, alargando el estuche al gran limosnero de la corona.

Monseñor abrió la caja y examinó curiosamente la obra de Bohæmer. Cagliostro era perito en la materia y justo apreciador de la pedrería y de la mano de obra. La Valois miraba aquella riqueza con ojos febriles de ansiosa codicia.

—Admirable! exclamó el príncipe purpurado.

dirigiéndose al conde. ¿No os parece lo mismo?

—En Oriente, repuso Bálsamo, daría un rico scheriff por esa prenda medio millon de francos, y lo pagaría de una vez.

—Daría su justo valor, caballero, se apresuró á replicar el holandés, y se conoce que su señoría lo entiende.

—Creo, señor Bohæmer, (dijo lentamente el prelado, colocando el estuche abierto sobre una mesa próxima á su sitio) que habeis estado poco hábil en plantear el negocio, interesando á la reina sin tener bien preparado al rey. Vuestra audiencia con el soberano acabó de echar á perder el asunto, y si no hay quien remedie el mal, amigo mio, habeis fracasado en un proyecto que merecia mejores resultas.

—Si yo hubiese tenido la proteccion de Vuestra Alteza....

—Es poca cosa, interrumpió Monseñor sonriendo; pero lo que no pudo ser antes, veamos si puede ser ahora. Esto se entiende, por supuesto, si persistís en la idea de que el collar figure entre las alhajas de la corona francesa, y si os parece oportuno que yo lo gestione.

—Monseñor, hágase como plazca á V. A., contestó Daniel con efusion agradecida y gozosa.

—Os advierto, añadió el arzobispo de Strasburgo marcando las frases, que es una tentativa exclusiva y reservada.

Bohæmer se inclinó en muda protesta de un asentimiento absoluto.

—Y además, continuó Monseñor, que necesito quince días para conducir las cosas al punto que ambos apeteceamos.

Daniel tornó á inclinarse en otra reverencia, digna del más humilde siervo del sultan de Bizancio.

—Conde, dijo el de Rohan á Cagliostro con amable confianza, tened la bondad de extender el recibo de esta alhaja, que firmaré para resguardo del señor joyista de la corona.

—Monseñor, me ofende V. A., exclamó el holandés con verdadera expresion de viva contradicción.

—Pero amigo mio, estas cosas....

—Señor, dijo Minheer irguiéndose con orgullo, los príncipes y los artistas han nacido para entenderse. Entendámonos pues.

XX.

En la esplotacion de las ambiciones insensatas de Monseñor Rohan entraban á la parte Bál-samo y Juana hasta las liberalidades continuas y cuantiosas del iluso prelado; pero en el negocio del collar de diamantes habia otras personas que dirijian el asunto, y eran el supuesto conde de la Mothe, marido de la Valois, un Villette falsificador, y cierto hebreo de Curazao, Matathías de nombre y comisionista de piedras y metales.

Cagliostro dejaba hacer á Juana su papel en aquella intriga, sin penetrar el fin de la aventura, y absteniéndose de todo paso que pudiera creerse dirigido á inquirirle; porque los bribones tienen su delicadeza particular, ni más ni menos que las gentes honradas. José no se mezcló en aquella farsa de tan escandalosas consecuencias, y por más que la Valois trató de complicarlo en el proceso de París, no pudo realizar sus miras infames, como veremos pronto.

Tuvo la debilidad Monseñor de escribir un billete á la reina, si bien lacónico harto expresivo, pidiendo á la altiva austriaca que se dignase darle licencia para adquirir el collar de Bohæmer, con destino á quien únicamente merecía poseerlo, y de esta arriesgada misiva se encargó la Valois, Iris mensajera entre la orgullosa Juno y el engañado príncipe. Por una coincidencia cómica el día después de suponer entregada la carta la aventurera, estuvo la consorte de Luis XVI más esquiva que nunca con el prelado; retirándose este con la acerba convicción de haber lastimado con su oferta el ánimo de la susceptible dama de la estirpe de los Hapsburgos. Juana consiguió á duras penas distraerlo de la siniestra preocupacion que le causara el desden de su ídolo, y comprendió perfectamente que era necesario intentar algo indirecto en favor del cardenal cerca de la reina; atreviéndose á referir á S. M. que el gran limosnero de la corona habia dicho que los príncipes de la sangre no tendrían sangre

de príncipes si permitian que el collar de Bohæmer no cumpliera el objeto á que se le habia consagrado por el artífice de Holanda. Al otro dia Maria Antonieta estuvo deferente con Monseñor, á fuer de agradecida, y no fué menester más para trastornar el débil juicio de la víctima de tan inícuos engaños. Entonces escribió el diestro Villette la breve y evasiva contestacion á la carta del gran limosnero, con la que entretuvo Juana sus impaciencias, dejándole saborear el contexto de una falsificacion engañosa de letra y firma de la Real cónyuge.

Trasladada la corte á Trianon llevó la condesa otro billete de Monseñor de Rohan, insistiendo en que se le autorizara para poner el collar en manos de la lejitima poseedora de aquel prodijio, y esta vez estuvo Villette más complaciente á nombre de la interesada, remitiendo el particular á la hidalguia y á la reserva del Arzobispo de Strasburgo. El desalumbrado príncipe creyó volverse loco de alegría al ver el éxito de su propuesta, y poco faltó para que sucediera así cuando le anunció la Valois que aquella noche á las doce en punto y en el bosquecillo frente al pabellon de la reina, aguardase á S. M. que iria á recoger el estuche, no fiándose de nadie en negocio tan delicado. A esta evidencia de su fortuna el hombre que soñaba con Mazzarino se acordó del apuesto Buckingham y de Ana de Austria, y preparó un traje negro y una capa á la española para su aventura en Trianon, á donde se in-

troujo aquella tarde en las habitaciones del capellan de servicio.

Antes de sonar las doce Monseñor, embozado en su capa, llevando el estuche en la diestra, paseando inquieto frente al bosquecillo, y agradeciendo á la luna la frecuencia de sus eclipses en la celajería espesa, que cruzaba el horizonte al empuje de un viento húmedo y frio, observaba azorado si estaba tan solo como convenia á su proyecto. Las doce dieron por fin, repetidas por todos los relojes de palacio, y dos minutos despues aparecieron dos bultos blancos en la escalinata del pabellon de la reina, y uno de ellos se perdió en el bosquecillo, mientras que el otro permanecia de centinela al pié de la escalinata. El ruido de un traje femenino entre los bojés y espinos de Italia atrajo á Monseñor, desatentado y palpitante, á la entrada del bosquecillo, y á la argentada luz del astro de la misteriosa noche vió ante él, hermosa y confiada en su honor, á la reina más digna de la lisada corona.

—Ah señora! ¡Cuánta bondad! exclamó fuera de sí el príncipe, besando con pasion la mano que se abandonaba á sus transportes.

—Es una imprudencia de mi parte, dijo Maria Antonieta con voz apenas perceptible.

—Tomad, señora, repuso el galan depositando su ofrenda en manos de la régia dama. Permitidme espresar toda la gratitud que me inspira esta confianza en mi reserva.

—Espero que no abusareis de tal confianza,

contestó la reina ruborizada y confusa.

Un ruido cercano hizo separarse á la unida pareja, cambiando un saludo rápido y expresivo. Monseñor permaneció al abrigo del bosque, y la supuesta reina, que era Nicolasa Oliva, amiga de Juana de Valois, se incorporó á la centinela de la escalinata, que era la condesa de la Mothe, directora de todo este enredo.

XXI.

A los diez y seis dias cabalmente de la entrevista con Monseñor fué citado Minheer Daniel Bohæmer al hotel de Rohan por conducto de la supuesta condesa de la Mothe, y el cardenal-príncipe anunció á su protegido que el collar de diamantes se hallaba en poder de la reina, esperándose una favorable coyuntura para obtener el consentimiento del soberano en esta recatada adquisicion contra sus ya manifestadas determinaciones. El prelado convino en el pago de la alhaja en cuatro plazos, dando un bono de cincuenta mil francos desde luego, que maese cobraría en la administracion patrimonial de la familia Condé y firmando obligaciones que guardó el joyista en su cartera, no acertando á agradecer lo bastante el favor que le habia dispensado Su Alteza Eminentísima. Exigió Monseñor todavía el más profundo secreto, porque la menor indiscre-

cion podia comprometer los trabajos para vencer la resistencia del monarca, y el holandés prometió solemnemente que por su parte guardaría en el asunto un sigilo confesional; saliendo del palacio del gran limosnero de la corona con la satisfaccion del poeta que realiza su bello ideal y con el desahogo del negociante que zanja felizmente un complicado asunto.

El collar, que de las manos de la señorita Oliva pasara á las de Juana en la escalinata del pabellon de la reina en la noche de la aventura en Trianon, cayó en las garras de Andrés de la Mothe, Villette y Matathías; decidiendo los tres cómplices de la condesa llevar á Lóndres aquella joya para realizarla; distribuyéndose su producto como buenos compañeros; pero antes de partir para la capital de la Gran Bretaña el redomado Villette, en trage de criado de la Real casa, llevó al palacio Rohan en un pequeño azafate de plata tres tulipanes de Persia, de los que cuidaba por sí misma la esposa de Luis XVI, con la palabra—*recuerdo*—en una finísima vitela y al parecer de la propia mano de S. M. Monseñor guardó amorosamente aquellas raras y costosas flores, sustraídas al pequeño jardín, que María Antonieta se complacia en cultivar, por la audaz aventurera, que se decia de la sangre real de Francia, y en la intensidad de su alborozo envió á Juana un presente de consideracion y una carta, escitándola á venir al hotel para ponerse de acuerdo en los medios de acelerar la resolucion

del problema, que iba presentando datos en tan alto punto favorables á sus proyectos ambiciosos de amor y de predominio.

María Antonieta habia observado en el cardenal Rohan una especie de intencion extraña en gestos y en frases que llamó su atencion notablemente; pero como no variaban sus hoscas disposiciones hácia el gran limosnero procuró desechár aquellas ideas; encerrándose en los límites de una reserva absoluta, que parecía al engañando príncipe la exajeracion del disimulo después del lance en Trianon. Llegó un dia de gala, y la reina se presentó con sus mejores atavíos; pero el célebre collar no brillaba en aquella garganta de cisne, llevando S. M. el de perlas de Ana de Austria, regalo de su augusto hermano Felipe IV de España en las bodas con Luis XIII. Al despedirse de las Reales personas los cortesanos felicitantes, Monseñor habló al rey de la solicitud de un capellan de su servicio, y acercándose á la reina le dijo con extrema concision:

—Mejor luciría el collar de Bohæmer, señora.

María Antonieta se encogió de hombros por toda respuesta, figurándose que el príncipe purpurado aludía á lo que habia dicho sobre costear los príncipes de la sangre el famoso collar, segun le contara la embaucadora condesa de la Mothe; pero le chocó el aire de confidencia de su pariente Rohan, que nunca se habia permitido familiaridades de aquella índole.

Á todo esto maese Daniel, que no oyó á los córtesanos una palabra de su célebre collar y averiguó que S. M. habia lucido el de perlas de procedencia española, aprovechó la coincidencia de remitir unos pendientes, compuestos en su taller, para acomodar en el estuche, menudamente escrito en papel de seda, este atrevido concepto—*Felicito á V. M. por poseer los mejores diamantes del mundo.*»

Hecho comparecer á la presencia de la altiva austriaca é interrogado con severidad acerca del sentido de aquellas inoportunas líneas, Minheer explicó que creia su collar en poder de la reina, y estrechado á decir cuanto supiese por las órdenes apremiantes é irritadas de María Antonieta, el atribulado joyero procuró enmendar su falta, contando todo lo sucedido con una veracidad pródiga en detalles. S. M. oyó el relato del holandés con la ira fulminando en su mirada de diosa del Olimpo, y mandando á Bohæmer que la siguiera, se dirigió en busca del rey, su esposo, haciendo repetir el cuento al joyista delante de Luis XVI, que no interrumpió la relacion del artífice con observacion alguna; despidiéndole con expreso encargo de callar hasta el momento preciso de publicarse los hechos.

El ministro de policía, llamado con urgencia á palacio, salió con instrucciones del rey acerca del asunto del collar y aquella misma noche fueron llevados á la Bastilla Juana de Valois, la señorita Nicolasa Oliva y el conde de Cagliostro,

no siendo encontrados la Mothe ni Villette, que estaban en Londres con el precioso estuche hacia dos dias.

XXII.

Disponiéndose Monseñor para ir á palacio á la recepcion matinal le fué anunciada la condesa Serafina de Feliziani, que demandaba con urgencia hablar con el prelado, é introducida sin dificultad en la cámara de Su Alteza Eminentísima, contó al atónito príncipe la prision de su esposo en la noche precedente y el arresto de la Valois, segun lo acababa de saber por haber estado en su domicilio antes de visitar al gran limosnero de la corona. Monseñor disimuló su sobresalto y despidió á Lorenza con la promesa formal de interesarse en la suerte de su marido, informándose de las causas que hubiesen motivado su conduccion á la Bastilla; pero una vez solo con su conciencia, reconoció que cuando sus agentes eran perseguidos de aquel modo algo debia resultarle en el particular, si bien no acertaba á esplicarse cómo se habrian combinado las circunstancias para un escándalo, en que la misma reina tenía participacion si se relacionaba con el collar de Bohæmer. Entraron á advertirle que el coche le aguardaba, y como apesar de sus defectos y debilidades circulaba por sus venas la

sangre generosa de Condé, Monseñor determinó arrostrar la tormenta alentadamente y recojiendo de un cajon secreto de su pupitre las dos cartas de María Antonieta, que guardó en la cartera de su libro de memorias, salió con el mismo aire de calma bondadosa que de ordinario, bendiciendo á los que se descubrian á su paso hasta el carruage. Al cruzar ante el establecimiento de Minheer Daniel el cardenal-príncipe se asomó á la ventanilla, creyendo apercibir en su asiento de costumbre al diamantista holandés, y al llegar á palacio despidió el coche, como si tuviese presentimiento de que no saldria libre de la régia morada.

En la ante-cámara del salon de recibimiento advirtió el príncipe ujieres del ministerio, un grefier del Parlamento y dos tenientes de policía de París, que no le hicieron concebir la mejor idea de su seguridad; pero adelantó por entre aquellos hombres, que le saludaban inclinando sus frentes, y penetró en la Real Cámara; bastándole la ojeada primera para conocer que estaba perdido. La expresion del enojo en el semblante del rey, la actitud desdeñosa de la reina, la asistencia de los ministros, el aire sombrío de los cortesanos, la presencia del gefe de la guardia de corps y la del secretario particular de Luis XVI, revelaron al arzobispo de Strasburgo que la tempestad iba á estallar inmediatamente sobre su consagrada cabeza.

Monseñor, blanco de todas las miradas, páli-

do pero tranquilo, se inclinó ante sus coronados déudos, que no le devolvieron el saludo, llegando hasta la mesa en que apoyaba su brazo el rey.

—Señor Cardenal, dijo Luis con acento pausado y vibrante, siento infinito que sean nuestros parientes los que comprometen la honra y el reposo de nuestra familia en aventuras incalificables.

—Dignaos explicaros, Señor, contestó el prelado con impasible dignidad en traza y tono.

—¿Quién os ha autorizado, señor Cardenal, á intervenir en el asunto del collar de diamantes de Bohæmer? preguntó el rey con irritacion sorda y mirando al de Rohan fijamente.

—No puedo decirlo, Señor, replicó el gran limosnero de la corona con entereza.

—Pues yo os mando que lo digais, exclamó Luis con imperiosa y fuerte voz. ¿Entendeis, Cardenal? Os lo exijo inmediatamente.

—Pues veo que calla quien debiera impedir este suceso, contestó Monseñor herido en su amor propio por el gesto despreciativo de María Antonieta, leed, Señor, estas cartas y sabedlo todo.

Luis XVI tomó ambos billetes, y despues de leidos, los dejó sobre la mesa, haciendo una seña á su secretario particular.

—Esa letra no es de la reina, dijo el monarca positivamente, y se necesita ser muy torpe, señor Cardenal, para caer en tan grosera superche-

ría. Las reinas de Francia no firman su nombre, y ahí está firmado: ahí dice María Antonieta, y S. M. por escrito pone siempre, como es de estilo, María Antonieta de Francia.

—Señor, repuso audazmente el Cardenal, la reina misma puede decir dónde y cómo recojió el collar de Bohæmer.

La austriaca hizo un movimiento brusco para levantarse de su sillón; pero la contuvo Luis con una indicación enérgica.

—Quien ha de decir eso es Vuestra Eminencia, respondió el soberano, amenazador y magestuoso en su desplante.

—Y lo diré, Señor, apoyó el príncipe sin alteración en su continente grave y resuelto. Diré; pues lo mandais, que...

—Pero lo direis al alto Parlamento de justicia, Monseñor, interrumpió Luis XVI levantándose de su asiento; al alto parlamento que os juzgará, como á vuestros cómplices, que aguardan su hora en la Bastilla.

El rey, con su escelsa consorte, salió del salón, seguido de los cortesanos, y el gefe de la guardia de corps se inclinó ante el cardenal, intimándole que se diera preso de orden de la alta Cámara de la justicia francesa.

XXIII.

Tales son los antecedentes del escandaloso

proceso ante el Parlamento de París, de que hemos anticipado varias noticias para poner en claro diferentes peripecias de la revuelta y tumultuosa vida de José Bálamo, conde de Cagliostro, héroe de nuestra leyenda histórica. Vamos á relatar los episodios más notables de esta memorable causa, con relacion á todos los comprendidos en sus actuados y diligencias; siguiendo la loable costumbre de citar las fuentes de nuestras noticias, para testimonio de la veracidad que inspira estas páginas y satisfaccion de muchos lectores, que conocen á Bálamo al través de las libertades fantásticas de la novela ó en apolojías y sátiras, distantes de una crítica imparcial y desapasionada.

Monseñor de Rohan, arrestado en el mismo palacio de justicia, donde habia de reunirse la alta Cámara, lejos de caer herido por la opinion pública al saberse el motivo de su prision, fué por el contrario objeto de manifestaciones de extraordinaria simpatía de parte de los nobles, descontentos de la corte francesa, de los notables de París, enemigos de la austriaca, y del pueblo, que abraza siempre la causa de los que sufren como él contra los poderosos y los opulentos á quienes odia por eterno instinto; pero el príncipe-cardenal tuvo la delicadeza de sustraerse á estos homenajes con una incomunicacion absoluta; recibiendo las visitas el abate Renzzi, y haciendo celebrar el santo sacrificio en sus habitaciones, para no aparecer en la capilla, expuesto

á curiosidades y demostraciones inconvenientes, de pública estimacion, que envolvian un voto de censura al proceder severo de Luis XVI y una protesta vehemente contra el influjo de la reina á quien se atribuia un encono tenaz contra Orleans y Condés, por ser ambas ramas las más populares de la Real familia.

El Prelado reveló todo, menos sus cálculos amorosos y políticos, cuya confesion no habrian arrancado á su firmeza ni los rigores de la tortura, abolida recientemente por uno de los paternales decretos del monarca. Atribuyó su designio de adquirir el collar de diamantes al deseo de conciliar el gusto de la reina con la escasez de fondos del patrimonio Real á costa de un anticipo que le permitian su caudal y sus rentas, y prefiriendo que se le adeudara este favor á que sirviese á otra dama la prenda, elaborada por el joyero de la Corona para la Real consorte, ó á que se entrara en tratos y arreglos con maese Bohæmer por la administracion de la Real casa; revelando apuros que no le parecía decoroso publicar, habiendo medios de excusarlo. Dijo respecto á la condesa de la Mothe que como agente de la beneficencia particular de María Antonietta, Juana solía entenderse con el gran limosnero, y que por esta mútua relacion la habia escogido para transmitir á S. M. la oferta respetuosa del collar de diamantes, reiterada en otro billete que mereció contestacion benévola, traída por la complaciente intermediaria en este nego-

cio. La cita en el bosquecillo de Trianon la disfrazó hábilmente el Cardenal, suponiendo que la reina y la condesa vinieron juntas al encuentro de Su Alteza Eminentísima, y que escepto la hora y el sitio, pasó en la entrevista lo que hubiera pasado en cualquiera de las salas de recibimiento del palacio Real en mitad del día. Salvó noblemente la responsabilidad del conde de Cagliostro en este asunto, reconociendo los servicios que en Strasburgo y París le habia prestado este eminente personaje, como médico, orientalista, físico de peregrino saber, hombre de consejo y experiencia, y apeló á las declaraciones de Bohæmer para comprobar que no habia hecho misterio alguno sobre los efectivos móviles de la adquisicion del collar, porque ni á su estado, ni á su carácter convenian procedimientos que desmintieran la lealtad y la honradez de su conducta.

El conde Cagliostro, inculpable en el robo del collar, reflexionó que en un proceso de Estado su figura iba á constituir un episodio, y resolvió entonces realzar su nacimiento, sus aventuras y su parte en aquella causa, tanto para ofrecerse más interesante á la curiosidad del pueblo de París, cuanto por la persuasion de que faltarían el ánimo y el tiempo de justificar sus novelescas aseveraciones. La historia, que dejamos contada en el capítulo vi de la parte primera de este volumen, no solamente la consignó en el proceso, sino que la hizo publicar á sus defensores en una

Memoria justificativa, costeada por la lógia madre de París en edicion lujosísima, con su retrato, lemas laudatorios, escudos, emblemas y hasta atributos de masonería. Los enemigos encarnizados de José Bálsamo, que le imputan complicidad en el robo de los diamantes, han escrito que relajando el orden ríjido de la Bastilla, estuvo en inteligencias exteriores para eludir los cargos del proceso con noticia de otras declaraciones; pero esta es una falsedad evidente, y nadie que conozca algo los caracteres inflexibles de los señores Delaunay y Chesnan, gefes de aquella sombría fortaleza, admite como probables esas consideraciones con el siciliano, quien desde Lóndres produjo una queja al rey contra ellos, acusándolos de haberle intervenido ropas y alhajas, que para él remitieran á la Conserjería sus amigos y afectos en la capital del reino francés.

Juana de Valois, viéndose perdida y figurándose que Cagliostro hubiese influido algo en la complicacion de la señorita Oliva en el proceso, que no podía prevenir de indicaciones de la reina, ni del príncipe Cardenal, quienes no tenían noticia de su existencia, se empeñó en arrastrar á Bálsamo al fondo de la sima en que yacía por la inconcebible audacia de permanecer en París después del robo del collar. Sus citas falsas, sus inculpaciones vengativas y sus ataques enconados al Gran Cofto del rito ejipcio, obligaron á los jueces instructores á una diligencia de careo entre la

finjida condesa y el falso conde, y en el curso de este abocamiento la serenidad de José y la destreza con que deshacía los cargos gratuitos de la aventurera, exaltaron á esta de tal modo que cogiendo de la mesa un candelero, se lo arrojó á la cara en el colmo de su furia. Es creible lo que indica Bálsamo acerca del apoyo que prestó el Grande Oriente de París á la supuesta Valois, en odio á la cordial intelijencia de José con su émula constante, la antigua lógia matriz de la metrópoli; persuadiendo la verosimilitud de esta version las ediciones de la *Defensa de Juana de Valois*, en que se desataban contra el conde los abogados de aquella mujer impudente, y del voluminoso folleto—«*Mi correspondencia con el conde de Cagliostro*,»—escrito incendiario, cuyos antecedentes daria en buen hora la clínica procesada; pero su confeccion, tendencias y estilo, acusan la intervencion de uno de esos libelistas, que tanto abundaban en París, vendiendo lastimosamente su ingenio y facilidad á la maledicencia y al oprobio, á sueldo de la malignidad y de la saña.

La señorita Nicolasa Oliva, dama libre como se decía en aquel proceso, cantó de plano á la primera entrevista con sus jueces; hablando de Andrés de la Mothe, de Villette y del hebreo Matathías, su último amante, y esplicando con su presencia más que con sus relaciones el papel de reina que habia desempeñado en Trianon, engañando á Monseñor de Rohan el asombroso pare-

cido de la dama libre con María Antonieta de Francia, que sorprendió en extremo al público al verla en el banco de los acusados entre Juana de Valois y el conde de Cagliostro.

XXIV.

El proceso Rohan fué el tema de todas las conversaciones durante los dos meses de su activa instruccion, y al constituirse el supremo tribunal en audiencia pública hubo que tomar multitud de precauciones para impedir tumultos en la sala y en sus contornos por no caber la masa de espectadores, ávidos de presenciar tan animados como curiosos debates. Monseñor se presentó con hábitos morados, que es el luto del trage cardenalicio, y tomó asiento en un sillón, colocado á la derecha del Parlamento; causando una sensacion de agrado general la reserva digna de su continente y su mesura en obras y palabras. El conde Cagliostro, astuto y observador por naturaleza y estudio esmerado, guardó una solemnidad impasible en su puesto, que le conciliara el aura popular en los tres dias de vista pública, y ni cuando sus defensores hacian su panejirico en son de uniforme forense, ni cuando los abogados de la Valois le dirigían violentos apóstrofes, le hizo traicion aquella calma imperturbable, tan admirada por los concurrentes. La

condesa de la Mothe se olvidó enteramente del papel de nieta de Francisco I para convertirse en mujer indignamente vulgar; repugnante á sus jueces y antipática al concurso, que acojía con murmullos de reprobacion unánime sus alusiones sangrientas al cardenal, sus improperios á Bálsamo, y sus irreverencias frecuentes al lugar y al acto. La señorita Oliva, yá parecía avergonzada de su situacion, ya se animaba un tanto hasta mirar hácia el público, ó ya atendia embebecida á los discursos de los defensores.

La alta Cámara cerró los debates, y tras de una deliberacion secreta de más de dos horas, volvió á su puesto á publicar su sentencia inapelable, absolviendo libremente y con públicas indemnizaciones á Monseñor el gran limosnero de la Corona, declarándolo en plena libertad; condenando á Juana de Valois, en su persona, á Andrés de la Mothe, Villette y el judío Matathias, caso de ser habidos, á la marca de la flor de la lis en la espalda y prision perpétua; absolviendo de todo cargo al conde de Cagliostro, y desterrando del reino, bajo apercibimientos de perpétua reclusion á Nicolasa Oliva. El inmenso público aplaudió el fallo; saliendo en triunfo de la audiencia el príncipe y el gran Cofto de la masonería ejipcia.

XXV.

Monseñor fué recibido en el hotel Rohan por sus numerosos parientes y cuantos nobles no constituían el círculo áulico, despues de los vítores y aclamaciones del pueblo por todo el tránsito hasta su domicilio, y personas que nunca habian demostrado simpatías al príncipe-cardenal se apresuraron á enviar sus tarjetas de felicitacion al que suponian víctima de rencores de aquella *austriaca*, tan digna de aprecio por sus dotes y prendas y tan aborrecida en Francia por los influjos perniciosos en la opinion pública de libelos, falsas anécdotas y amañadas historias. Los parientes de Monseñor, correspondiendo á la preza de su generosa estirpe, retiraron las obligaciones del gran limosnero de la corona de poder del joyista aleman, pagando los dos millones á prorateo y haciendo entrega de la carta de lasto de Minheer Bohæmer al prelado, absuelto libremente por la alta cámara de justicia. La corte sintió vivamente el golpe recibido con el fallo del Parlamento, que en su deferente conducta con el arzobispo de Strasburgo, durante la instruccion de la causa y en la audiencia pública, demostró un espíritu de hostilidad á las pretenciones de palacio, encubierto con el principio de independendencia de la administracion de justicia, é influido poderosa-

mente por aquella atmósfera de subversion contra los fueros soberanos, que preparaba la inminente revolucion social y política de Francia y de Europa. Monseñor, bien aconsejado por sus deudos de la rama de Condé, pidió en solicitud respetuosa á Luis XVI tres meses de licencia para visitar su diócesis franco-alemana, tanto tiempo huérfana de su pastor; librándose de aparecer triunfante en la régia morada ó de servir de pábulo á oposiciones violentas contra la corte de ciertas clases de la efervescente capital del reino. El permiso del rey no se hizo esperar, y la audiencia de despedida de Monseñor fué afectuosa por parte del monarca, que no habia nacido para tipo de teson navarro como el Cuarto Enrique, ni para ejemplo de entereza intransigente como Luis Décimo-cuarto. La reina finjió una indisposicion de su excelente salud para excusarse de recibir al príncipe-cardenal, que contento de no ser recibido, transmitió á S. M. por conducto de su camarera mayor, la princesa de Lamballe, los sentimientos de adhesion respetuosa que la etiqueta puso en los lábios del resentido Arzobispo de Strasburgo.

La condesa de la Mothe, Juana de Valois, odiosamente presentada al público por las diligencias y testimonios del proceso como una miserable aventurera, ingrata á los beneficios y atenciones de la reina y de Monseñor de Rohan, calumniadora del conde de Cagliostro y de la condesa Serafina de Feliziani á quienes debia particulares obliga-

ciones, falsaria, ladrona, y pública disfamadora en Memorias y folletos de personas respetables y apreciadas en París, sufrió la marca en la espalda por mano del verdugo, llamado en estilo curial francés *ejecutor de altas obras* (exécuteur des hautes oeuvres). Entre los testigos de la supuesta condesa contra Bálsamo pareció poco honrosamente Monsieur Duplaisir, antiguo amante de Lorenza; permitiéndose revelaciones y detalles, que le hicieron representar mala figura entonces, y recomiendan su memoria al escarmiento de las faltas de delicadeza y de los extravíos á que conduce una innoble venganza. Juana fué trasladada á una casa de reclusion en Tolosa, donde permaneció tres años, sometida al régimen comun de las penadas, y debió atreverse á implorar gracia de la misma dama excelsa, cuyo honor habia comprometido en la aventura del collar de diamantes, cuando refiere Julio de Saint-Félix que una influencia elevadísima hizo que entregándole una suma de cierta importancia y poniéndola á la puerta de la prision, encargase el jefe del establecimiento á la aventurera que ni tornase á Francia, ni diera que hablar de su persona en el extranjero.

La señorita Oliva, cuyo pasmoso parecido con Maria Antonieta habia circulado como noticia rara por todas las provincias del reino francés, habria sido objeto de tumultuosa curiosidad en su viaje hasta la frontera si no se hubiese prevenido tal inconveniente en el itinerario, en los

médios de transporte, en las horas de camino y en los puntos de descanso. La dama libre, una vez en la frontera, desapareció en esa ola del piélago de la vida, que arrastra al abismo las existencias nómadas y los seres incondicionados.

El conde de Cagliostro no tuvo la precaución de sustraerse, como hizo Monseñor de Rohan, á los exajerados testimonios de los enemigos de la corte, y la apoteosis rayó en tan ruidosos extremos, con iluminaciones, banquetes, limosnas de pan y otras celebridades del propio jaez, que el ministerio comunicó al siciliano la orden de evacuar á París en el término de veinte y cuatro horas y salir de los dominios de S. M. Cristianísima en el improrogable de tres semanas. Como José Bálsamo no era príncipe de la sangre, ni dignatario francés, ni súbdito siquiera de Luis Décimosexto, entendió que no habia recurso contra la Real orden y tuvo por conveniente obedecer, apesar de las escitaciones en contrario de sus íntimos y secuaces.

PARTE TERCERA.

I.

En Passy despidieron al Gran Cofto de la masonería ejípcia comisiones de las lógiás de París, Lyon y Burdeos; dispensándole honores de testa coronada y proveyéndole de recursos para su traslacion á Lóndres, donde pensaba José fijar su residencia. Cediendo Bálsamo á esa glorificación vanidosa, que tanto contribuyó á frustrar sus mejores planes y produjo al fin su ruína, hizo consignar en el proceso ante el Santo Oficio romano los proyectos de sus amigos para resistir abiertamente á la órden de destierro que se le comunicó en París; pero no es preciso rebatir una especie, que hasta en oferta no pasaba de una insensatez, sin término alguno de realizacion por aquella época. Las afiliaciones numerosas de mujeres y hombres al rito ejipciano, que cuenta el

aventurero en la antedicha causa, son más que verosímiles en un pueblo tan impresionable y afecto al ruido como el francés, y bastó á la fama de Cagliostro el complemento de extrañado del país por orden del rey para que el sémi-dios frisara en la altura de Júpiter Olímpico; estimulando el culto y sus ofrendas la necesidad de abandonar el territorio que se impuso al propagador de la secta de Jorge Cofton.

Ya en Londres José y Lorenza, y con un capital en numerario, alhajas y ropa, se ocupó el conde en la satisfaccion de una venganza ruin contra los pundonorosos militares Delaunay y Chesnan, gefes de las prisiones de Estado de la Bastilla, dirijiendo al rey una queja contra ambos por suponer un secuestro de joyas y vestidos en fraude punible de su propiedad. La querella pasó al consejo de S. M. con urgencia, y los oficiales de la Bastilla presentaron para demostracion de la impostura de Cagliostro un inventario de su puño y letra, (cual se dice en lenguaje curial) que se le exigiera de cuanto le habia sido enviado durante su estancia en la prision; un registro por justicia de cuanto existía en la casa-morada del siciliano, firmado por Lorenza y dos testigos á su ruego; un recibo en el libro de solturas de hallarse reintegrado de cuantos efectos le pertenecian, y una escritura de satisfaccion de los bienes que se le embargarán, devueltos por su absolucion en el proceso Rohan. La instancia de Cagliostro fué declarada calumniosa por sentencia.

del consejo, y el gacetero Morand publicó en el *Correo de Europa* un testimonio del expediente en que se comprueba este episodio, nada honorífico para la memoria de José Bálsamo.

II.

Habia prometido Cagliostro á sus parciales que no dejaría impune lo que llamaba atentado del gobierno francés contra su persona, y en cumplimiento de su promesa y al estímulo del ánsia de celebridad que le acosaba sin tregua de reposo, redactó su notable—«*Carta al pueblo francés,*»—escrito de pensamientos tan audaces y formas tan desembarazadas, que hubo resistencia á imprimirla en várias oficinas tipográficas de Lóndres, hasta encontrar un editor, bastante atrevido para prestarse á sacarlo á luz, poniéndole en circulacion por las primeras capitales europeas, cual pretendia José para asegurar su venganza, correspondiendo al par á la oferta de un manifiesto ruidoso. La carta lleva la fecha de veinte de Junio de 1786, y su autor ha dejado reconocido en el proceso de Roma que se harían de ella cuatro ediciones de á cincuenta mil ejemplares cada una; remitiéndose por correos, comisiones, en fardos, y por agentes misteriosos, á todos los pueblos del continente en que existian sociedades secretas.

En esta carta, demasiado extensa para trasladarla aquí, y harto peregrina para reproducirla en partes de su texto orijinalísimo, se estudia el reflejo de las tareas recatadas del iluminismo aleman, de la masonería moderna de la estrecha y menor observancia, de las sectas y los ritos de propagandas tenebrosas, conformes en minar los fundamentos de las sociedades antiguas á costa de una série de impulsos, que preparasen el rudo empuje de las fuerzas acumuladas. Para el que estudie, como yo he tenido que hacerlo, las revelaciones de Cagliostro á los inquisidores romanos sobre instituciones secretas, orden y fórmulas de conventículos masones, la *carta al pueblo francés* es el relámpago siniestro de una tempestad que avanzaba, sombría y muda, en el horizonte político. Lo más admirable en este escrito es sin duda el anuncio de una revolucion profunda y próxima en los dominios de Luis XVI; explicando las iniciales amenazadoras L. P. D. (*lilia pèdibus destrue*); precisando la convocacion de los antiguos estados generales; determinando la abolicion de feudales privilegios y exenciones de cargas públicas; vaticinando la destruccion de la Bastilla; fijando su reduccion á paseo público, y adelantándose, en fin, con profético espíritu á sucesos, que han venido á corroborar predicciones, que no se ocurren por cálculo con tanta circuns-tanciada exactitud.

III.

Se imprimía en Londres una gaceta, intitulada *El Correo de Europa*, dirigida por Gerónimo Morand, uno de los publicistas más distinguidos de su época; persona muy considerada en la capital del Reino-unido y de grande reputación en el extranjero por la circulación extensa y autorizada de su Revista, que era el *Times* de entonces. Morand podía conceptuarse el tipo del periodista, con todas sus cualidades y todos sus defectos: fecundo, fácil y familiarizado con el público, cuyos gustos conocía como nadie; ampliamente instruido; informado siempre de todo y rebuscador infatigable de novedades curiosas; talento de inagotables recursos y estilo alternativamente sereno y apasionado; pluma igualmente apologética que satírica; polemista diestro y narrador atractivo; carácter vehemente en sus amistades y ódios; consentido por la boga de su importante publicación y dispuesto á mantener el crédito de su periódico á todo trance y sin retroceder de su terreno por ninguna consideración ni contrariedad. El director del *Correo de Europa* era un enemigo temible, que Cagliostro debía haberse abstenido de provocar, teniendo en su vida tantos lunares, y sabiendo que Morand no era hombre de pararse

en barras para hacer uso de los datos históricos, que podían rebajar tanto el nivel de su orgullosa preponderancia y los humos de su engrimiento vanidoso.

Morand, como toda celebridad legítima, miraba con hosca prevención las reputaciones enfáticas y las notabilidades sospechosas; pero en la vida del periodismo se prescinde, sin transijir con ellas, de personas y cosas que desagradan ó repugnan, absteniéndose de choques continuos y enfadosas cuestiones, que solo se aceptan cuando no se puede pasar por otro punto. *El Correo de Europa* se habia ocupado del conde de Cagliostro en sus correspondencias de París y con relacion al asunto del collar de diamantes, y como tenia Morand un servicio de agentes activo y bien remunerado, recibió la *Memoria justificativa* de los abogados de José, la defensa de Juana de Valois, el folleto—«*Mi correspondencia con el conde Cagliostro*,»—y una nota detallada de los debates en el Parlamento; relatando la ocurrencia con minuciosos datos, y en sentido algun tanto receloso contra aquel conde italiano y aquella condesa, última de la raza de los Valois, complicados con el gran limosnero de la corona en una causa donde al través de intrigas y extraños lances resultaba sustraída una alhaja de suma consideracion, comprometiendo el honor de la reina de Francia.

Bálsamo, ofendido por la fórmula con que *El Correo de Europa* le confundiera en una comu-

nidad de desconfianza con la aventurera Juana de la Mothe, y picado al ver que su prosopopeya y nombradía no habían producido efecto en el ánimo cáuto y en la irónica índole de Morand, se espresó respecto al publicista inglés con una acritud y un menosprecio tan insultantes que hubieron de llegar las noticias al interesado por varios conductos; contentándose el gacetero con mortificar en despique al que se ocupaba de su persona con tanta violencia y afectación de soberano desden.

Había contado Cagliostro en sus relatos frecuentes de costumbres orientales que los moradores de Medina en la Arabia, molestados en sus salidas de la ciudad por leones, tigres y leopardos, engordaban cerdos con pastos, saturados de arsénico en proporciones graduales, hasta que completamente cebados los echaban á los bosques del radio de la poblacion, exponiéndolos á la voracidad de las fieras. Estos cerdos, devorados por leopardos, tigres y leones, servían así á los medinenses de morcillas ponzoñosas, como las empleadas en la extincion de perros vagabundos por las administraciones municipales en el rigor de la canícula, y los cadáveres de los pobladores de las antiguas selvas testimoniaban á los envenenadores de la ciudad árabe el éxito de su idea y el triunfo de su ingenioso procedimiento.

Morand escribió un delicioso artículo con el epígrafe de—«*Los cerdos de Medina,*»—sacando

un partido cómico incalculable de estos pobres gruñidores y pati-hendidos, proscritos por las leyes de Moisés y de Mahoma, y utilizados por los musulmanes de Medina en píldoras toxicales de las fieras; excusando batidas y algaradas, más en carácter que la química entre aquellos pueblos rudos y belicosos. Al final del artículo, y por vía de protesta de veracidad incuestionable de tan graciosa relacion, se citaba á Acharat, el hijo de la naturaleza, por otro nombre Alejandro, conde de Cagliostro, aludiendo á la historia que de su infancia y juventud en Oriente contara Bálsamo al Parlamento de París; y haciendo constar que era él quien referia la original manera que tenían en la Arabia de desembarazarse de vecinos incómodos. Fuera de sí el Gran Cofto del rito ejipciano con la acerada burla del gacetero, hizo imprimir un cartel, desafiando á Morand á comer juntos el nueve de Noviembre un lechon, nutrido con arsénico y asado en el horno con su propia grasa; apostando quinientas guineas á que el periodista tendria la suerte de las fieras de Medina, mientras que Bálsamo no experimentaria la menor alteracion en su salud. Este cartel grotesco llevába la fecha de tres de Setiembre de 1786 habiendo circulado profusamente por Lóndres, con el consiguiente escándalo.

IV.

Morand era un hombre de corazon á la vez que de inteligencia, y no tenia que renovar en Lóndres sus pruebas de valor en los percances, anexos á la profesion de periodista; pero este duelo á *lechon envenenado*, como él decia en *El Correo de Europa* con su gracejo habitual, era tan escéntrico, tan ridículo y tan poco leal por otra parte, que aun llevado á efecto por una incalificable extravagancia, no probaba absolutamente nada de lo que esplica el desafío, ya que no justificue la continuacion de ese legado de la barbarie. Claro es que el director del *Correo de Europa* no aceptó el reto; mofándose del cartel del conde con una série de consideraciones chistosísimas sobre la esgrima del tenedor y el cuchillo, el plato del honor, las digestiones paralelas de los contendientes, y la apuesta que se jugaba á la muerte ó á la vida como á pares y nones en el paño de la ruleta.

Exacerbado el enojo del aventurero y continuando su imprudente plan de reducir al silencio á su enemigo, hostigándole sin descanso y exponiéndole á la publicidad personal más agresiva, hizo imprimir otro cartel, fechado el once de noviembre, noticiando al pueblo británico que el célebre gacetista habia rehusado admitir su

desafío, creyendo preferible la zumba de los juglares á la muestra de intrepidez de los ánimos superiores. El pueblo inglés tiene demasiado buen sentido para confundir las arlequinadas con las exigencias del decoro en señaladas ocasiones, y Bálamo erró el golpe esta vez, porque la opinion pública encontró racional y procedente la negativa del escritor á la propuesta de tan inusitado y burlesco lance.

Morand cayó entonces sobre el ensoberbecido italiano como el águila poderosa sobre una presa; armando su talento con todos los informes de la vida turbia y cenagosa de su insolente adversario; desenmascarándole con una franqueza abrumadora; produciendo nuevos testimonios de los cargos contra su probidad, costosamente adquiridos; descubriendo sus trampas en todas partes; revelando sus flaquezas conyugales, sus explotaciones de crédulos, de maníacos, y la falsedad de los títulos nobiliarios, usados en diferentes paises por el aventurero de Sicilia. Bálamo intentó defenderse de las primeras agresiones; pero aquella cascada asordadora é interminable que caia sobre su cabeza le arrebató en su torbellino, ahogando su voz, inutilizando su pluma y concluyendo por hacerle huir de Lóndres como un criminal descubierto.

V.

Al iniciar *El Correo de Europa* los ataques contra la existencia vaga y trapacera de Bálamo, ilusionado este por el éxito de su carta al pueblo francés y deseoso de una circulacion de su réplica á Morand, que nivelara la extension de la Revista de su enemigo en todas las naciones cultas del universo, escribió una—*carta al pueblo inglés*,—incluyendo los carteles susodichos; procurando desmentir hechos, como el arresto de Lorenza en la reclusion de Santa Pelagia y la prohibicion del ejercicio de la medicina que se le impuso en París; negando su viaje á España contra el testimonio del cirujano M. Sachy, ratificado por el testigo inglés desde Strasburgo; atribuyendo la guerra que le hacia la Revista británica á ruines motivos, y atacando la honra y el crédito de un hombre, como Gerónimo Morand, independiente por carácter y posicion, universalmente reconocido por el primer publicista de su época y halagado por los gabinetes de Europa en razon á la respetabilidad de su periódico entre todas las Gacetas, Correos, Diarios, Revistas, Semanarios y Quincenas de las primeras capitales de nuestro continente. Esta carta obtuvo un resultado negativo para el extraviado Cagliostro, contribuyendo á hacer

más público el análisis de sus aventuras por la pluma incisiva y desapiadada del escritor, cuyas iras habia tenido la imprudencia de concitar con sus temeridades; no pareciendo obras de un autor mismo las dos cartas al pueblo francés y al anglo.

Sus locos dispendios, la fastuosidad con que se habia acostumbrado á vivir, y el despego de los ritos masónicos, escocés de York y moderno, hácia la secta ejipciana, habian obligado á José á contraer déudas en Lóndres, donde las comodidades y el lujo costaban mas caro que en todas las córtés europeas, á escepcion de San Petersburgo. Morand supo la cuantía de estas déudas y hasta el número de los acreedores, y sus indicaciones en el particular levantaron tal polvareda que si se descuida el siciliano en sacar sus efectos y en poner en salvo su persona, vuelve á conocer aquella prision de deudores de donde le sacara la conmisericordia del irlandés Mister Jhon O'Dailly para que en recompensa de tal beneficio llevara á su casa el deshonor de su enferma y mal aventurada hija.

VI.

Sin que tengamos más apoyo en esta conjetura que la atenta observacion del curso de los sucesos en lo que resta de la biografía de José Bál-

samo, diremos que el masonismo empezó á volverle la espalda, retirándole aquella ayuda eficaz de recursos, relaciones ó influencias, á cuya sombra hizo tan preminente figura en las primeras capitales de Europa; bien motivara este desvío la publicidad escandalosa de las aventuras de José en la gaceta de Morand; bien conspirasen á prevenir el ánimo de las lójas contra el aventurero los efectivos superiores de la masonería laborante, Jimenez, Falc, Svedimburg, y demás gefes templarios, que no hacian al iluminismo palanca de apariencias y de fortuna; trabajando en el misterio y en la oscuridad en pró de los fines de las asociaciones secretas á que presidian. También contribuyó al decaimiento de la feliz estrella del supuesto conde la atencion particular de los gobiernos, fija en el expulso de Francia por orden de S. M. Cristianísima, y no agravaron poco esta actitud de los gabinetes los incendiarios artículos del *Correo de Europa*, denunciando con harta y sutil transparencia la especie de mision política que llevaba al conde de país en país, sin fijarse en ninguno y produciendo en todos una sorda fermentacion, como huella perenne de su siniestro paso.

La saña de Morand no quedó saciada por la fuga de Bálsamo de la capital del Reino-unido, y noticioso de que el aventurero se encontraba en Basilea, ocupado en fundar una lója matriz de su rito en los cantones helvéticos, habiendo dejado en Bienn á Lorenza Feliciani, comisionó á un

agente, astuto y listo como era de desear para el caso, á fin de que obtuviese á cualquier precio revelaciones nuevas de fechorías y desconocidos lances del siciliano, adquiriendo comprobantes, á ser esto posible; debiendo manifestar que la romana oyó semejantes proposiciones, y aun dijo algo para probar si eran reales las promesas de su corruptor. Avisado José por el dueño de la fonda, en que paraba la condesa Serafina, de que habia novedades de mal cariz, vino á tiempo de frustrar los planes del agente inglés, que trataba de añadir su nombre á la lista de los Agliata, Pereira, Vivona, Duplaisir y Potemkin, como el mejor espediente para introducirse en la absoluta y plena confianza de la frágil calderera.

VII.

En Aix adelantó poco nuestro héroe, segun confesion de Lorenza á los inquisidores romanos, porque los severos edictos de las autoridades de Saboya contra las juntas de francos-muradores habian producido la clausura de dos lójas, extrañándose de la ciudad cáutamente ocho ó diez extranjeros que fomentaban las tareas masónicas en la poblacion. Habiendo recibido letras de sus hijos de Lyon con un socorro de importancia, Cagliostro se dirigió á Turin; pero no bien instalado en una de las mejores fondas de aque-

La corte, la policía le comunicó orden de destierro, con la circunstancia de ruta forzosa para el punto que fijara inmediatamente, á fin de expedirle sus pasaportes. José pidió pase para Roveredo, y á las veinticuatro horas de recibido salió de Turin; habiendo podido averiguar que el encargado de negocios de la corte de Francia era á quien debia aquel extremado rigor; obrando el gobierno á escitacion suya y en virtud de sus repetidas reclamaciones contra el autor de la *carta al pueblo francés*.

En Roveredo, vijilado muy de cerca, tuvo José que recurrir á su antigua especialidad médica para sufragar sus gastos sin detrimento de sus prendas de valor, vendidas y empeñadas yá algunas para el pago de déudas y costos de viajes. Algo se extralimitó el buen médico en su conducta cuando por orden de S. M. Imperial José II se le prohibió severamente el ejercicio de la medicina, y dos meses después se le expulsó del país en un término angustioso, tal vez por instancias de la embajada francesa, ó quizás por espontánea aversion de un príncipe, que como tan próximo déudo de Maria Antonieta no podia mirar bien á uno de los procesados por la alta Cámara en el asunto del collar de diamantes.

Cagliostro escribió un pequeño volúmen en idioma latino, que no me he podido procurar, titulado:—«*Liber moralis de Calleostro dum esset Rovoreti*,»—parodiando el estilo de los evangelios, y burlándose de las costumbres y tipos de

Roveredo con alguna oportunidad. En el extracto y relacion de la causa del siciliano ante el Santo Oficio se habla de este volúmen impreso, comúnmente llamado el Evangelio del Conde Cagliostro; determinando que lo reconoció por suyo, aunque vituperando su estilo por satírico y mordaz en demasía.

VIII.

Cada vez más estrechado por la falta de recursos, dejando en los montes píos y bancas de préstamos las mejores alhajas suyas y de su mujer, dificultosas las subvenciones de las lójas francesas, cansadas de tantos donativos al Gran Costo del rito ejipciano, infinitamente expuesta la propaganda masónica en toda la península italiana, y espiado con perseverancia donde no se le desterraba con término afanoso, obstinábase el conde en creer pasajera una tempestad terrible, de que habia de ser víctima por su presuncion é imprudente confianza. Llegó á Trento, y sabedor de la sencillez candorosa del Obispo-príncipe, feudatario del imperio aleman, se propuso crear lója de su secta en aquella ciudad insigne en la historia del catolicismo; prometiéndose atraer con la doble vista de las sonámbulas, las evocaciones espiritistas y las sesiones adivinatorias, á esos espíritus ávidos de la novedad que

afrontan los mayores peligros por saciar su hidrópica sed de sensaciones desconocidas.

No habia logrado aun iniciar la primera sesion, teniendo en preparativos la sala de las reuniones, cuando llamado por Su Alteza Ilustrísima, se le notició por el secretario de la mitra coronada una carta imperial, extrañando José II la libertad que en Trento disfrutaba un hombre tan audaz, peligroso y notado, como el que habia comprometido en un proceso á Monseñor de Rohan; encargando al Obispo-príncipe que le vijiara sin pérdida de tiempo, excusando expedirle pase para los dominios de S. M. I. de que estaba desterrado inexorablemente. José sintió agudo escalofrío al conocer el teson con que se le cerraba el paso á Alemania, único refugio en su situacion escepcional; pero juró al secretario de Su Alteza Ilustrísima que se le habia calumniado horribilmente, y que los enemigos de la insigne casa de Condé le hacian pagar á este precio su adhesion y su cariño hácia los esclarecidos príncipes de aquella rama de la Real familia francesa. El secretario del Obispo-duque advirtió terminantemente á Cagliostro que antes de la Carta imperial se habian recibido avisos y denuncias de que tramaba algo en Trento, y como un Estado eclesiástico tenía más estrechos deberes que otros Estados políticos, le apercibía que de resultar ciertos tales anuncios podría pesarle la tentativa á proporcion de la inusitada franqueza con que se le advertia previamente.

IX.

Lorenza habia enfermado desde su arribo á Italia, pintándose en el amarillo color de la ictericia, y en la congojosa pasion de ánimo que la abatia hasta el punto de inspirar temores su existencia, no hablaba más que de Roma, de su familia, de volver á su pátria y renunciar á correrias incesantes, que se ibán haciendo penosas cuando no imposibles. Bálsamo reconocia que su esposa tenia razon; reprendíase interiormente su falta de prudencia en no haber desaparecido de la escena del mundo para reaparecer más tarde sin peligro; calculaba que cerrados á su tránsito los reinos de Saboya, Austria y Francia, no tenia salida más que á los Estados pontificios; pero sabia José que allí iba á celarse su conducta con sumo cuidado, si es que se le admitia en los dominios de la iglesia. Persuadíase el falso conde de Cagliostro que todavía era tiempo de eclipsarse para tornar á lucir, y en esta persuasion nada discreta convino con la Feliciani en procurarse los medios de restituirse á la capital del orbe católico; prometiéndola emprender otro órden de vida, que entregara al reposo y al bienestar unos dias, sustraídos á las perturbaciones de su ajitada existencia.

Noticioso Bálsamo de que el Obispo-príncipe

de Trento disfrutaba por concesion particular de la Sede Apostólica jurisdiccion para absolver de su culpa y alzar la excomunion á los franc-masones, relajada en favor suyo la reserva al Romano Pontífice de la bula *In eminenti* de Clemente XII, solicitó por conducto reservado la confesion en penitencia de Su Alteza Ilustrísima, y se reconcilió con la iglesia al parecer, abjurando de una afiliacion á instituciones, condenadas por el Vicario de Cristo. El buen duque-prelado quedó altamente satisfecho de aquella vuelta al redil de una oveja, descarriada por tanto tiempo y por tan malos caminos, y no solo otorgó al converso cartas comendaticias, que testimoniaran su regreso feliz al místico rebaño por una confesion general de sus pasados extravíos; sino que llevó su paternal bondad hasta recomendarlo al cardenal, secretario de Estado, para obviar todo género de inconvenientes respecto á su residencia en Roma; costeándole la traslacion al saber que le faltaban medios para el viaje.

Lorenza dijo en el proceso inquisistorial que al contarle su esposo el partido que habia sacado del Obispo-príncipe de Trento añadió:—«*¡Qué bobo es el tal sacerdote, y cómo he conseguido embaucarlo!*»

X.

Tocando nuestra historia á los precisos tér-

minos de su desenlace, y bastante animada la narracion de tan originales excursiones para que se extrañe un alto en el relato, á fin de fijar oportunas y conducentes ideas, vamos á poner en relieve la situacion de Bálsamo y de la Feliciani antes de su regreso á Roma, último y desastroso teatro de sus escéntricas aventuras. Así precederá el resto de tan peregrina historia una exposicion de curiosas y significativas circunstancias, que no solo abrevien la relacion de futuros sucesos, sino que eviten interrumpir el curso de los hechos ulteriores con datos y antecedentes, condensados en estas reflexiones preliminares.

Desde su salida de la metrópoli católica por escelencia los esposos Bálsamo, que comenzaron sus correrías á expensas del finjado marqués de Agliata, se mantuvieron á costa de multitud de industrias más ó menos culpables; alternando el lujo con la miseria; pasando de las privaciones al fausto; independientes hoy, para suscribir mañana á una sumision inmoral; recibidos con agasajo donde luego se les perseguía con encarnizamiento. Pero estas várias peripecias, que suponen consumida en la adversidad la parte de lucro de las ostentosas prosperidades, cesaron desde que reconocido José por Gran Cofto del rito ejipcio en la familia masónica, confiesa espontáneamente á los inquisidores romanos que las lójas le subvencionan con generosa prodigalidad, hasta la iluminista de Francfort que no le

admite á sus sesiones; haciendo una cuenta de escudos, thalers, guineas, cequíes, luises y francos, que denuncia un caudal sin ahorros; prescindiendo en este cómputo de los productos de la munificencia de Potemkin, de las dádivas de Monseñor de Rohan, de los regalos que como facultativo recibiera de familias elevadas y en brillante posicion, y del cúmulo de particulares obsequios á uno y otro de los consortes por personas, que remuneraban sus servicios ó procuraban captarse sus simpatías. ¿Cómo no se ocurrió á la pareja aventurera reservar una parte de aquellos fabulosos rendimientos para conjurar tiempos menos bonancibles?... ¿Cómo disiparon aquella fortuna en espacio tan breve?..... ¿Cómo bastaron dos años de cierta estrechez para agotar enteramente los recursos de los expedicionarios?... Solo nos brindaron la clave de este fenómeno la constante observacion que ha dado origen al antiguo refran sobre los bienes mal adquiridos.

Es imposible que se establezca un acuerdo perfecto entre esposos que se amen ó se respeten, y no se pueden amar ni respetarse los esposos, que prostituyendo la santidad de sus dobles vínculos, relijiosos y sociales, se permiten relaciones por el estilo de las mantenidas por Lorenza con Agliata, Vivona, Duplaisir y Potemkin, y las de José con Lucy, Miss, Mary, la Framblart y otras de análoga especie. Bálsamo habia soliviantado á la jóven romana para reducirla á una

infamia, provechosa á sus cálculos, y siempre fué para ella aquel marido innoble el agente de Satanás, separándola de la senda de sus deberes para arrastrarla á las vías de perdicion, donde á cambio de placeres fugaces y satisfacciones momentáneas de vanidad, se cosechan tantas amarguras y crueles desengaños. Con los principios de Lorenza y con su carácter se avenian mal los indignos tratos de su cónyuge, y cómplice forzosa de sus farsas y trapacerias, connivente espontánea otras veces con sus cábalas y embustes, resistiendo unas participaciones en sus amañes y aceptando luego peores papeles en las escenas de la masonería ejipciana, la rebelion interna de la Feliciani al yugo de su esposo tuvo claras manifestaciones en la fuga á Fontenay, en la facilidad con que suscribió en Bienn á las revelaciones que pretendia el agente de Morand, y en la especie de sañudo empeño, con que declaró en el proceso de Roma, comprometiendo á José gravemente en puntos, que trataba de desfigurar á los inquisidores el astuto siciliano. *El Correo de Europa* habia pintado de mano maestra á la Feliciani, como víctima de un esplotador brutal é inícuo de un sér débil, y que tenía instintiva aversion al mal á que se la precisaba por la seduccion ó por la violencia; expresando que todas las delicadas atenciones y amantes solicitudes, con que era tratada en público por su hipócrita consorte, se volvian en la vida privada tratamientos duros, cuando no despóticos é inhumanos.

Parecía natural que Cagliostro, resuelto á pasar una temporada en la ciudad de Césares y Pontífices, aunque decidido á emprender al cabo de algun tiempo su ordinaria vida de lances y translaciones caprichosas, hubiera tenido la precaucion de desembarazarse de libros, documentos y papeles, que le comprometieran; pero si esto causa extrañeza al lector que no se ocurriese á nuestro personaje, mayor se la causará el saber pronto que, avisado por quien lo estimaba de las disposiciones hostiles del Santo Oficio, tampoco se cuidó de ocultar ni destruir los instrumentos, que secuestrados en su hogar, hubieran de servir de seguros precedentes á su condenacion á la última pena.

XI.

Á fines de Mayo de 1789 llegaron á Roma José y Lorenza, alojándose en la plaza de España y casa donde vivieran con Agliata y Nicastro, convertida en fonda y parador de ilustres viajeros. La Feliciani, más aliviada de sus padecimientos, aunque en su deterioro alarmante de su naturaleza, se hizo conducir en silla de manos al barrio de la Trinidad de los peregrinos, morada, taller y tienda de calderería de su anciano padre á quien de tiempo en tiempo, y á hurto de Bálamo, habia cuidado de socorrer con decentes su-

mas. Magdalena y el calderero abrazaron á su hija con arrebatados transportes; notando luego la desmejora en todo su sér; y abrumándola á preguntas atropelladas sobre sus viajes, acerca de su situacion y respecto á los planes de su marido en punto á fijar residencia en la corte pontificia ó proseguir errante al través de los pueblos, como las aves peregrinas. Supo entonces Lorenza que su hermano Bautista se habia casado con la hija de un rico industrial de Granada, estableciéndose en Málaga con taller de calderería, y que enviaba auxilios á sus padres de vez en cuando, portándose con ellos como buen hijo en sus expresivas y respetuosas cartas. Ocultó acertadamente la Feliciani á los autores de sus dias los episodios de grandezas y de abatimiento, que se repartieran á períodos el tiempo de su larga ausencia de Roma, y en gracia del visible quebranto de su salud ahogó la Fierri sus quejas contra el siciliano por el abandono en Cádiz de su hijo, y prescindió el calderero de sus consideraciones ordinarias y frecuentes sobre la hipocresía con que le habia arrancado José la perla de su casa. Lorenza prometió á sus padres volver á visitarlos cuantas veces se lo permitieran sus achaques y su necesidad de eludir la vijilancia de su marido, incómodo aun por las cuestiones con su suegra, y salió con las lágrimas en los ojos del paterno hogar, donde se deslizaran sus más risueños dias y donde, melancólica y doliente, habia encontrado efusion cariñosa y ol-

vido de sus faltas al cabo de tantos años y después de tantas vicisitudes. La supuesta condesa Serafina estaba saturada ya de emociones tempestuosas, herida en el alma y en el cuerpo, y ansiosa de esa calma inerte de los temperamentos agotados por un mal incurable; pero la fatalidad lo dispuso de otra manera y vamos á cumplir nuestro compromiso de cronistas fieles de esa terrible fatalidad.

XII.

¿Podía Bálsamo renunciar á la vida de brillo y holganza que le aseguró su afiliación en Londres al masonismo de York ó antiguo rito inglés? ¿Era fácil que rompiese útiles relaciones con las lójas que le debían su reforma ó su existencia? ¿Estaba dotado de bastante fuerza de voluntad para variar el rumbo de sus pasos, dando un eterno adios á sus glorias, á sus trabajos secretos, á la singularidad de su tipo y al placer supremo de verse casi adorado en conventículos misteriosos, donde era el sacerdote último de Baal?.. Al mes de medroso retraimiento mudó José de domicilio; trasladándose á un caseron sombrío en la plaza Farnese, donde empezó á recibir sospechosos extranjeros y jóvenes romanos de mala reputación; imponiendo silencio con autoridad despótica á las representaciones y consejos de la

consternada Feliciani. Pocos dias después circuló cartas á las lójas de su secta en estilo bíblico, firmando en Babilonia, con alusion al centro del catolicismo, y prometiendo próxima visita á todos sus secuaces, tan luego como dejara funcionando en Roma el Gran Oriente ejipciano, cabeza de la masoneria cofta en Italia. Empeñadas algunas alhajas en el Monte Sacro (caja de préstamos) y no recibiendo subvenciones de Lyon, Burdeos, ni París, Cagliostro se aventuró á ejercer la medicina, donde se le vijilaba con tanto recelo, y al notar que no se le impedía la profesion, como en Roveredo habia sucedido, tuvo la audacia de hacer intervenir en sus curas al magnetismo y á las evocaciones espiritistas. Al extenderse las noticias de la apertura de los Estados generales en el reino francés envió á imprimir á Lóndres una representacion extensa y calurosa, solicitando permiso para volver á aquel noble país, ávido de saludar la aurora, por él anunciada, de las libertades públicas; repartiendo en Roma ejemplares de aquel vehemente escrito. Trabajó asídua, pero infructuosamente, para crear lója en el círculo de donde salían los anatemas contra los muratores-francos, y despreció, como ya queda expuesto, avisos reiterados del riesgo de su persona. La Inquisicion, merudamente informada de todos sus pasos, se apoderó de ambos consortes en la tarde del 27 de Diciembre de 1789; secuestrando sus papeles y efectos; haciendo conducir á Lorenza á las cárceles del

Santo Oficio, y encerrando á José para mayor seguridad en la fortaleza de Sant'Angelo, prision de Estado como la Bastilla.

XIII.

José habia visto á los familiares y alguaciles de la inquisicion romana registrar á su presencia y á la de su abatida muger, cómodas, estantes, armarios, roperos, cofres, maletas y cajas; interviniendo libros, impresos, manuscritos, paquetes de correspondencia, y legajos de papeles sueltos. Se le habian encontrado los mandiles blancos, bordados de oro, obsequio de la lógia madre de Lyon á los consortes Bálsamo, con las varillas de plata y las tocas rabínicas de las ceremonias solemnes; los guantes de seda y la liga azul con estrellas de plata, donados á Cagliostro y á su esposa al ser recibidos en la lógia de Lóndres; un estuche con todos los símbolos masónicos en piezas de marfil, agasajo de la lógia central de Varsovia; una redoma, un trípode y un pergamino cifrado, con evocaciones y signos de cábala adivinatoria; el acta de concordia del rito ejipciano con la lógia madre de París, ostentando en dos círculos de lacre negro el sello de dicho centro masónico y el de la sierpe atravesada por una flecha, adquirido en Malta por el siciliano; una especie de estola con todos los em-

blemas de su rito en delicada bordadura, un cinturón de cuero ruso, en cuya chapa se leían las tres famosas iniciales L. P. D. rodeando una cruz templaria, y un túnico de raso con triángulos y calaveras, vestidura de la Gran Cofía en las iniciaciones de damas; una estatua de bronce de San Juan el Bautista, rodeado el pedestal de compases, escuadras, martillos, esferas y piedras triangulares, y una espada alemana con la inscripción latina—«*vim vi repellere.*»—Á uno y á otro de los cónyuges se hicieron reconocer por el juez-comisario del Santo Oficio el libro de Jorge Cofton; el de estatutos de la secta ejipcia; las patentes á favor suyo de la lója de Lóndres, donde fueran recibidos á los tres grados de aprendices, compañeros y maestros; el despacho de coronel de infantería en el real ejército de Prusia, falsificado por José, teniendo á la vista el del coronel Falsteind, su presentador en la lója de Lóndres; las patentes en vitela de las lójas de Lyon, París y Roveredo; el librito satírico en latín, conocido por el *Evanjelio de Cagliostro*; las consultas y cartas de los masones ejipcios de Alemania, Francia é Italia; un modelo de títulos para afiliados al Gran Oriente en Roma, aun no concluido por el Gran Cofía que tenía en proyecto fundación semejante; borrador de la circular á las lójas de su secta; ejemplares de su representación á los Estados generales de Francia, y un catecismo masónico, empezado á redactar por Bálsamo en hojas numeradas.

Conducido José á la fortaleza de Sant' Angelo y alojado en un departamento interior del castillo, reflexionó que la inquisicion romana era tribunal muy diferente del Parlamento de Paris, y que su situacion se hacía en extremo grave y arriesgada desde que su negligencia indisculpable habia permitido encontrar en su albergue tantas y concluyentes pruebas de un crimen penado con el último rigor en los Estados pontificales. Por más que el Santo Oficio de Roma, como la Inquisicion de España, no fuese ya aquel foro terriblemente escepcional y privilegiado, en que á título de la importancia religiosa, social y política de tal jurisdiccion, se conculcaban los elementos normales de todo juicio, bastando á la condenacion indicios y precedentes que en ningun tribunal pasarian como fundamentos de una sentencia justa, quedaban en el procedimiento en causas de fé suficientes y privativas prácticas para arredrar aun á los reos, que no contaran en contra suya las piezas de conviccion y cuerpos de delito, intervenidos é inventariados en la morada del imprudente conde.

El secreto de la causa daba horror á José, que hasta para ser condenado á muerte habría querido la exhibicion de los debates públicos de la justicia francesa, y el siciliano, que habia saboreado en París los goces de la evidencia escandalosa en la alta Cámara, estremecíase al pensar que allí no encontraría jueces instructores que admitiesen novelas, como la de Acharat en las

ciudades de Oriente, guiado por el anciano Althotas; que cada hecho y cada version iban á ser minuciosamente comprobados hasta que resultaran su exactitud ó su falsedad; que los arranques altivos y los golpes de efecto serían inútiles en la soledad de la sala de audiencia y ante jueces investigadores é impasibles; que no llenarían el local curiosos espectadores del drama judicial, atentos á las actitudes y palabras de los acusados y dispuestos á turbar con sus murmullos de aprobacion ó antipatía la solemnidad imponente del juicio; que las pasiones de la multitud caprichosa no ejercerían allí influjo ni presion en un tribunal, que firmado el definitivo y pasado en consulta al Romano Pontífice, aguardaría tranquilo la resolucíon suprema de la Santa Sede; que confirmada por Su Santidad la sentencia, daría al público su texto á la vez que entregara el condenado al verdugo, respondiendo á Dios de unos procedimientos, que el pueblo no tenia el derecho de escudriñar en sus trámites.

Los cálculos de José respecto á sus denunciantes están indicados en la causa por la virulencia con que se esplicó relativamente á Magdalena Fierri, por sus pésimos informes del dueño de la fonda de la plaza de España, y sus alusiones punzantes contra vários conocidos suyos en los siete meses de su última residencia en Roma; vacilando en sus sospechas de interés vengativo, de celo relijioso ó de temor de complicacion futura en un proceso criminal.

XIV.

Lorenza Feliciani, sobrecojida de espanto al verse arrestada por el juez-comisario del Santo Oficio, cayó en profundo estupor al descubrirse por los familiares y esbirros de su séquito los acusadores testimonios que dejamos relatados en el capítulo precedente; costando no poco trabajo hacerla volver en sí para que reconociera los objetos, explicara el uso de algunas ropas extrañas, indicase el paradero de llaves y el secreto de resortes de ciertos estuches y cajones de su cómoda, y prestara auténtica conformidad á las formales diligencias de registro, secuestro é inventario de efectos, libros y papeles, y sello y embargo de bienes, afectos al fisco de la inquisicion por la responsabilidad de los procesados. Lorenza al notar la aparente calma de su esposo ante la reunion á su vista de aquellas pruebas formidables no pudo contener su indignacion, prorumpiendo en quejas amargas y en desesperadas reconvenciones, que Bálsamo quiso ahogar en balde con una breve palabra rusa, dando causa á que el juez-comisario hiciera separar inmediatamente á los consortes, evitando su reservada intelijencia.

La Feliciani, sériamente enferma y restablecida un tanto desde su regreso al país natal, llegó á las cárceles inquisistoriales con una fiebre

altísima, teniendo que destinarse una enfermera al cuidado de la infeliz, que pasó la noche en un delirio horrible. Los médicos de las prisiones del Santo Oficio, interesados por la víctima del aventurero siciliano con una solícita eficacia, no solo atendieron á conjurar los peligros de su alarmante situación, sino que despejada la intensa calentura, que la tuvo rendida cierto período crítico, cuidaron de animarla y de desvanecer sus terrores por el resultado del proceso, á fin de remover un germen de agravación de la enfermedad, que debía consumir sus fuerzas vitales con sorda pero segura lima.

Los informes facultativos sobre el estado de la Feliciani movieron al tribunal de la fé á relajar la incomunicación absoluta de la reo; mudando su habitación; permitiéndola bajo segura vigilancia paseos hijiénicos por el terrado y el jardín de la casa de arresto; alterando en gracia á su quebrantada salud el régimen general de alimentación y ejercicios de las reclusas en aquellas cárceles; concediéndola un director espiritual que demandara á sus jueces como precioso favor, y dispensándole, en fin, una suma de consideraciones, bien distante del sistema común de la inquisición con los relapsos.

XV.

En la misma tarde del 27 de Diciembre de

1789, mientras el juez-comisario arrestaba á los culpables esposos en su domicilio de la plaza Farnese, la policía romana procedía al registro de una casa en el barrio de la Trinidad del monte, recientemente desalojada por un polaco que la tenía en arrendamiento, la cual servía de lógia, fundada en 1787 por cinco franceses y un americano; siendo la destinada por Cagliostro para convertirla en Gran Oriente del rito ejípcio, conforme anunciaba en la circular á sus secuaces en el extranjero. Más precavido que Bálamo, el inquilino de la casa-lógia no se hizo repetir el anuncio de las pesquisas inquisitoriales, y dos dias antes de la sorpresa de la policía, salió de Roma, dejando en su abandonado hogar algunos papeles, cartas cifradas, instrumentos masónicos y el libro de registros, con indicaciones útiles sobre la fundacion, ramificaciones, alternativas y estado de aquel centro. El rito era francés, en correspondencia con la lógia-madre, de París, de donde habian venido las constituciones y adonde constaban remesados los tributos, y así entraron sus desconocidos miembros en tratos con el Gran Cofto de la secta ejípcia, reconocida como aliada por los masones de la grande lógia central de la corte francesa, aunque rechazada por el Oriente, cómo queda ya relatado. No entraremos en pormenores de todas las resultas de este descubrimiento de la policía; bastando con advertir que Cagliostro no apareció convenido con los gefes del conventículo de la Trinidad del

monte en tareas conjuntas, cual lo especificaba una nota en el registro, comunicada al centro parisiense, y en virtud de tal diverjencia, decidió crear por sí, y en su morada, el Gran Oriente, anunciado á sus parciales.

Antes de entrar en el exámen del proceso romano contra José y la infortunada Feliciani, siguiendo nuestra costumbre invariable en esta reseña histórica, debemos exponer al lector el origen de nuestras noticias en un proceso inquisitorial, y reservado por consiguiente. Poco después de la condenacion de Bálsamo se dió á luz en italiano, traduciéndose al francés, y publicándose por Piferrer en Barcelona, un compendio biográfico de nuestro héroe, fundado en méritos de su causa. Julio de Saint-Félix en su *Vida de Cagliostro* se refiere á datos, obtenidos del proceso por vários empleados franceses durante la ocupacion de Roma por el ejército imperial y asegura tenerlos á la vista al escribir su precioso libro.

XVI.

Habia demasiado tiempo que José Bálsamo venia haciendo en el mundo el papel de hombre de importancia para que de improviso, y sin cierta especie de tentativas, se resignara á las condiciones comunes de los demás procesados, somet-

dos á la competencia particular del tribunal de la fé en Roma. Inició la série de sus pretensiones, solicitando por conducto del gobernador de la fortaleza del Santo Ángel que se le mudara á departamento más capaz, ventilado y cómodo que el interior, en que se le tenia para mayor seguridad, y á poco reclamó libros, recado de escribir, mejora en los alimentos, ropa blanca de la que contenian los cofres embargados en su casa de la plaza Farnese, algunos muebles para la habitacion que ocupaba y un criado á entero arbitrio de la eleccion de sus jueces. El Santo Oficio negó la translacion del reo á otras estancias; dió sus órdenes para que se le proveyera de ropa, concediéndole cama, mesa y sillas de su secuestro domicilio; no contestó á la descabellada exigencia del criado, y envió al prisionero el tratado en defensa de la iglesia católica y del Sumo Pontificado, escrito por el Padre Nicolás Maria Palaviccini. Animado por la atencion de algunas concesiones, se atrevió á pretender que se le otorgara la compañía de su esposa en un pedimento de tanta orijinalidad como hipócrita tendencia, permitiéndose la cita evangélica—«*quos Deus conjunxit, homo non separet.*»—Harto el tribunal de la cáfila interminable de favores, con que el reo molestaba de continuo al juez-comisario de su causa, le hizo entender que comprendiera su situacion y el círculo á que le reducian sus cargos; absteniéndose de pedir lo que no estaba en las facultades de la inquisicion

otorgar por oponerse á ello leyes expresas y rigurosas prácticas.

Llegado el caso de las declaraciones, Bálsamo inauguró las suyas, desbordándose contra la corte francesa á quien atribuyó todos sus infortunios; expresando que á su gestion referia las extorsiones de Turin, Roveredo y Trento, y dando á entender que el mismo proceso inquisitorial no era extraño á las escitaciones pertinaces de las Tullerías en odio á su persona. Los jueces cortaron sus quejas, demostrándole que á nada conducian en un actuado por razones de conducta en la metrópoli de los Estados pontificios, y en el que obraban ya motivos más que suficientes y testimonios auténticos de una culpabilidad, que tendría sus atenuaciones en el período de la defensa; persuadiendo al procesado á que abandonara el tema de sus infructuosas lamentaciones.

Intentó después ensayar en los jueces romanos el deslumbramiento que probó en la alta cámara francesa con la novela oriental de Acharát, referida en el capítulo VI de la parte primera de este volumen; pero como no cabian leyendas fantásticas en nacimiento, vida juvenil y matrimonio de un hombre, cuyos antecedentes constaban en Italia, y sus actas y referencias se habian traído al proceso, se dijo nieto de Cárlos Martel por línea paterna; siendo invitado por el tribunal á que adujera, si lo tenia por conveniente, las pruebas genealógicas de tan escelso oríen. Con este y

otros rasgos de parsimonia de los inquisidores, se cohibió José en sus alardes vanidosos y en sus ficciones habituales; penetrándose bien de qué ni le restaba el consuelo de hacer imprimir y circular otra Memoria por el estilo de la imponderable de París, imbuyendo á la crédula muchedumbre en las fábulas que dejaran correr los individuos del Parlamento por no relacionarse con el asunto de su dominio especial.

Al apercibirse que en la causa aparecían datos irrefragables de sus hechos en Sicilia, en Roma, en España, Alemania, Inglaterra, Francia y Suiza, acusó á su muger de cohechada por sus enemigos para arruinarlo, reclamando con instancias vivísimas un careo; pero los inquisidores imperturbables le hicieron advertir que Lorenza se comprometía tanto como él en las declaraciones falsas y mañosas, puesto que era idéntica su responsabilidad en los cargos del proceso, y que ni él ni su consorte, como reos del mismo delito, eran creídos en sus manifestaciones interesadas, mientras no corroborasen su veracidad, instrumentos, testigos ó informes externos y desapasionados. De igual manera se combatieron con la razón y la calma sus violentos desahogos contra los Felicianis, excluidos de intervenir en la causa por razón de parentesco, contra varias personas de quienes recelaba algunas revelaciones en su perjuicio, y hasta respecto al venerable Obispo-príncipe á quien creía agente de José II en la obra de su perdición.

Convencido al fin de que estaba plenamente descubierto en todas las diversas fases de su vida de aventuras y escándalos, se espontaneó exajeradamente, como hemos tenido ocasion de consignarlo antes; relatando acontecimientos, cual su entrevista con los dos iluminados de Francfort, que ignoraba su misma esposa, y cediendo al prurito de singularidad, que era su pasion dominante, se extendió en pormenores de vários sucesos con una expansion, inconcebible en sujeto de su astucia y de sus artificiosos expedientes para eludir lo que le importaba no poner en claro. Procede aquí asentar que abolida la tortura en Roma, y antes que en todos los paises católicos, no podia temer Bálsamo este recurso contra sus ocultaciones y reservas; siendo por tanto sus declaraciones ámplios efectos del solo impulso de su voluntad ó de su cálculo.

XVII.

La conducta de Lorenza en el proceso inspira á Julio de Saint-Félix apreciaciones apasionadas contra una pobre muger, cuya vida es preciso estudiar en sus relaciones todas de educacion, costumbres, rudos cambios, degradaciones, encumbramientos, violencias, placeres, contrariedades y récios golpes; distinguiendo en ella lo esencial y propio de lo accidental ó de circunstancias, y

reflexionando en lo que forma el carácter y constituye el sér moral de una criatura, á diferencia de lo que imponen las eventualidades de un ajitado destino, de lo que traen las complicaciones de una existencia tempestuosa, y de lo que viene á ser 'el barniz efímero á la materia real que encubre.

Hija del pueblo, devota hasta la supersticion, no preparada á los lances de tan vária fortuna por una educacion conveniente, capaz de virtudes domésticas, desarrolladas en el seno de un hogar pacífico, y con ideas de honor y deber, inícuamente combatidas por la cínica inmoralidad de Bálsamo, la Feliciani luchó antes de sucumbir á la infamia, precursora de sucesivas indignidades, y yá abdicado el pudor en las relaciones con Agliata, vinieron los demás pasos en esa pendiente, donde se precipita el que no rueda hasta el fondo del abismo. No prueba que Lorenza esplotara al confesor de Barcelona que su catolicismo fuese meramente convencional, como tampoco arguye su afecto á Duplaisir y á Potemkin que sus sentimientos de fé conyugal fueran una hipocresía, ni se deduce de sus participaciones en las cábalas y ceremonias de su marido que era ficticia su aversion á tales procedimientos, ni afectada la honda alarma de su conciencia.

El autor de la *Vida de Cagliostro* parece olvidar, juzgando á la supuesta condesa Serafina de Feliziani, su fuga á Fontenay, para volver á Roma, libre del yugo de un esposo degradado;

su resistencia en Marsella á sacrificar á su hermano Bautista al matrimonio que le brindaba el sórdido interés de Bálsamo; sus fervientes ruegos en Trento y Roma á fin de mover al falso conde al abandono de sus arriesgadas ocupaciones: protestas de una repugnancia al mal, que no se descubren en un accidente siquiera de la vida del siciliano. Saint-Félix prescinde en su crítica del proceder de Lorenza en la causa de que la católica, reconciliada con la iglesia, debia decir toda la verdad; de que la muger doliente espaciaba su alma en aquellas revelaciones; de que la moribunda se imponia la penitencia de sus faltas en su confesion explícita.

XVIII.

Tras de las declaraciones de Bálsamo hubieron de llegar por su turno las esplicaciones de puntos dudosos, la confrontacion de sus dichos con los de su esposa y testigos del proceso (sin revelacion de sus nombres, como aun se usaba en las causas de fé y de Estado) y las reconvenciones de los jueces por disparidades entre lo expuesto por José y lo manifestado por otras personas ó lo que persuadian ciertos instrumentos, traídos á las actuaciones para ilustrar extremos importantes.

Cagliostro empezó con el peor sistema que podia habersele ocurrido ante un tribunal como la inquisicion; mostrándose animado de una inspi-

racion suprema en sus operaciones magnéticas, adivinatorias y espiritistas; ofreciendo á los inquisidores pruebas de esa inspiracion en resultados, obtenidos á su presencia si consentian en ello; tratando de convencer al Santo Oficio de que la masonería ejipciana era un servicio patente á la religion en sus puntos cardinales de la existencia divina, inmortalidad del alma y progreso indefinido en la vida de la humanidad por direccion admirable de una Providencia infinita; citando á prelados que aprobaban sus tendencias como reconocidamente meritorias, y queriendo pasar ante sus cáutos y expertos jueces por un fanático, que habia obrado por alucinacion de su intelijencia.

Desengañado pronto, y argüido con datos innegables de no creer la mitad de lo que habia escrito en su libro de instituciones de la masonería ejipcia, reforma del manucristo inglés de Jorge Cofton, Bálsamo comenzó á retractar paulatinamente sus audaces y mentidas afirmaciones de una conviccion profunda; ya disculpando las regeneraciones de sus estatutos con la preocupacion de la época sobre restauraciones físicas por la materia prima de la piedra filosofal; bien confesando que en cierta parte del masonismo no encontraba afinidades con la doctrina católica, aunque hubiese muchas en otras puntos; ora figurando que á las refutaciones de sus jueces caía de sus ojos la espesa venda que le tenia oscurecida la verdad.

En estas alternativas de rebeldía jactanciosa y de sumision humillada transcurrió cerca de un año, sin fijar línea de conducta aquel hombre inquieto y móvil como el viento y la ola, usando de la bella frase de Shakespeare, y á fines de Octubre de 1790, elevada la causa á plenario, se le intimó que nombrara defensores, entregándole una lista de abogados de Roma para su libre eleccion de patronos.

XIX.

No es Julio de Saint-Félix el único biógrafo de José Bálsamo que afea la conducta de Lorenza Feliciani en el proceso de Roma, imputando á la prisionera en las cárceles del Santo Oficio un vengativo afan contra su esposo ó la intencion deliberada de cargar el peso de sus culpas en la larga cuenta del cautivo de la fortaleza de Sant' Angelo. En un notable estudio del publicista norte-americano R. Simmes, intitulado CAGLIOSTRO, inserto hace años por folletin en el *Morning-Cronicle*, se dice respecto á la mujer del aventurero siciliano lo siguiente:

«Preocupada é ignorante la consorte de este
»hombre extraordinario, ingrata con una secta
»que le habia dado posicion, brillo y ventaj
»as que ella no merecia, renegando en la ad
»versidad de los elementos de su fortuna, co-

»mo todo sér mezquino, sugerida por frailes
»fanáticos que la dirijian como una máquina
»destructora contra el perseguido gefe del rito
»cofto, y tal vez animada por la esperanza se-
»creta de un perdon, comprado con delaciones
»infames, Lorenza prostituyó el fuero reseta-
»ble del infortunio con las degradaciones de una
»hembra vulgar, impulsada por influjos siniestros
»hasta los últimos grados de la ignominia más
»vergonzosa.»

En este período fulminante contra la infeliz
cónyuge de José Bálsamo hay algo más que una
injusticia, y ese algo más es el empeño de justi-
ficacion de Cagliostro, móvil que denuncia todo
el estudio de Simmes: es tambien el realce de la
masonería en sus diferentes sectas, diestramente
acometido por el norte-americano: es la enconada
prevencion del protestante hácia todo lo que pro-
cede de Roma, se liga á su manera de ser ó de-
pende de su arbitrio: es el menosprecio del libre-
pensador á las sumisiones de una católica,
que reconciliada con su comunión y arrepentida
de sus extravíos, rescata sus pecados con una
confesion pública para merecer la absolucion de
la iglesia. R. Simmes no tenia seguras noticias
de la causa inquisitorial cuando así se expresa;
porque de otro modo habria notado en las decla-
raciones de la Feliciani las repetidas veces en
que se acusa de actos voluntarios, de cuya res-
ponsabilidad salva expresamente á su marido, la
conveniencia absoluta de sus dichos con prue-

bas ó indicaciones del proceso, y sobre todo, que nada de lo expuesto en las revelaciones de Lorenza comprometia á su marido en más de lo que resultaba, probado y constante, en los autos contra el Gran Costo de la masonería ejipcia. ¿Dónde está la prueba de esas calificaciones enconadas, con que se abruma á la víctima de José Bálsamo?

XX.

José manifestó que elejía por abogado al conde Cayetano Bernardini, defensor de oficio de los reos de la inquisicion romana, y persona de grande autoridad en el foro, en la cátedra y en el consejo municipal de la metrópoli católica por antonomasia; recibiendo en consecuencia la visita del conde, que era un sugeto de tanta ilustracion como esperiencia, hombre de entendimiento claro, de palabra concisa y de carácter firme é independiente. Bernardini puso por condicion para aceptar el encargo de Cagliostro la de acompañarse en su cometido de otro letrado que designara el reo en la lista que le hiciera entregar el Santo Oficio; insistiendo en ello con tal entereza que Bálsamo escogió á la ventura á Monseñor Carlos Luis Constantini, abogado de pobres para todos los tribunales de la capital.

Quiso entonces el siciliano entrar en esplicaciones amplias con su patrono; pero este le rogó que suspendiera toda instruccion en particulares de la causa hasta que, admitido el nombramiento de adjunto por Monseñor Constantini, registrasen ambos el proceso, y precisaran las cuestiones, á fin de no divagar y fijarse en los puntos de cargos y en los medios de defensa. El conde se despidió cortés pero friamente de su patrocinado, conociendo éste que se las habia con un hombre de razon y de ley, nada propenso á bachillerías y foso á la declamatoria de que se resiente algo la toga francesa. Bernardini ya que no podia excusar decorosamente la defensa de hombre tan peligroso, trataba de impedir al menos que de él dijera lo que expuso en la causa en menoscabo de sus defensores ante el Parlamento de París, atribuyéndoles ciertas extravagancias de la *Memoria justificativa*, contra sus expresas instrucciones y á despecho de sus reparos á la lectura del borrador de aquel escrito, impreso despues y extendido en la forma que dejamos contado en su respectivo lugar.

Volvió el conde al cabo de algunos dias y trajo á su defendido un extracto del proceso, arreglado de manera que se agrupaban los testimonios de cada cargo en el orden sucesivo de los trámites; ofreciendo al exámen de un golpe todos los datos acusadores en cada capítulo de culpa, y rogando á José que repasara atenta-

mente aquel prontuario mientras, con ayuda de Monseñor Constantini, se arbitrabán los recursos hábiles de la defensa, para convenir en una conferencia inmediata y decisiva el plan de conducta en una causa de tan grave compromiso para él y tan delicada para sus abogados.

A pretexto de la necesidad de extensas instrucciones pidió Cagliostro á sus jueces que se le proporcionara papel y recado de escribir; accediéndose á su pretension por el término improrogable de tres dias, y bajo la especial vigilancia del sub-gobernador del castillo; precaviéndose contra un hombre, que por vanagloria, y sin sombra de realidad en su relato, ni precision de hacerlo, había contado á los inquisidores que, burlando el severo régimen de la Bastilla, lograra comunicarse con amigos y afectos, apesar de los registros escrupulosos de los Señores Delaunay y Chesnan. Tan luego como Bálsamo se vió dueño de una pluma, y autorizado á emplearla en defensa de su persona, olvidó completamente su situacion real, la índole de su causa, el carácter de sus jueces, y la mision de sus defensores; entreteniendo en trazar un proyecto disparatado de alegaciones diversas, en que venian á fundirse sus accesos de rebelde contumacia, sus retractaciones parciales, sus increíbles subterfugios, y su simulada ofuscacion en la bondad intrínseca del rito masónico que habia extendido por Europa. Satisfecho de su trabajo, y congratulándose de sorprender

los ánimos de sus patronos con aquella obra de tres días de tareas incesantes, aguardó la venida de los señores Bernardini y su adjunto, que no se hicieron esperar; presentándose en la prisión con objeto de conferir acerca de la causa y del sistema que procedía emplear en las exculpaciones de los cargos. Monseñor Constantini era un anciano de bondadosa fisonomía y de atractivo trato, y menos prevenido que su colega contra José, le prodigó atenciones que alentaron á nuestro héroe á la enfática lectura de su Memoria, escuchada con imperturbable serenidad por Bernardini y con mudo asombro por el abogado de pobres en los tribunales romanos.

—Señor Bálamo, (dijo el conde Bernardini al término de aquella lectura) es indispensable sacaros de un funesto error. Con las pruebas instrumentales y de testigos de vuestro proceso, con las explícitas confesiones que no habeis podido rehusar á la evidencia de los testimonios, y con el tenor de los edictos contra los francomuradores, no os queda más que un recurso: uno solo; entendedlo bien.

—Proseguid, señor conde, repuso Cagliostro, dominado por la lúgubre solemnidad del gesto y del tono del abogado del Santo Oficio.

—Si sois el Gran Cofto de una relijion masónica, con entera conviccion de semejante causa, declaraos impenitente, y morid como Juan Huss, y como Arnaldo de Brescia; pero si sois católico, aunque pecador, retractaos luego; pedid gra-

cia á Su Santidad, y danos el único medio de salvaros la vida del rigor inexorable de la ley.

—Y solo de esa manera....

—Solo de esa manera conquistaremos una esperanza, que ya es mucho, apoyó tristemente Monseñor Constantini.

XXI.

La causa de Lorenza Feliciani no fué conjunta á la de Bálsamo, porque en el masonismo habia dos conceptos agravantes para José que no concurrían en su esposa, y ella no era culpable de la propagacion de sectas en los estados de la Santa Sede, como Cagliostro: delito que le hacia reo de pena capital, segun expusimos en el capítulo XXVIII de la parte primera de este volúmen, tratando de las determinaciones del pontífice Clemente, XII de este nombre glorioso, contra los franc-masones é iluminados.

La enfermedad insidiosa que desde su salida de Francia se habia enseñoreado de la quebrantada naturaleza de la Feliciani, contenida á su instalacion en el país natal, desenvuelta después por los terribles sucesos del 27 de Diciembre, agravada en las cárceles del Santo Oficio, y exacerbada en sus efectos destructores por las fatigas de tanta prolija declaracion y las an-

gustias de tanto cálculo sombrío, concluyó por declararse tísia pulmonal, y reducir á la pobre reclusa á la apariencia de un cadáver, rindiéndola en el lecho con dolores morales y físicos, soportados con esa resignacion que solo una fé verdadera puede inspirar en supremos y críticos instantes. El director espiritual que habia pedido, y le señalara el tribunal romano, la asistía con el cariño de un padre en dolencia tan penosa como la consuncion, que aviva el sentimiento á medida que el cuerpo se extenua, y que mantiene despejada la inteligencia á proporcion que las fuerzas se rinden y gana terreno aquella negra sombra que marca la hora de la muerte en el cuadrante de la vida.

La juventud, esa fuerza incalculable, prolongó los martirios de Lorenza al través del otoño de 1790 y del crudo invierno de aquel año; pero ya en Diciembre se presentaron los síntomas letales en toda su extension; precisando al confesor de la penitente jóven á recurrir á la augusta persona de Pio VI, á quien estaba reservada por la bula *In eminenti* la absolucion de los masones; dando comision Su Beatitud al cardenal-decano, Monseñor Stuard, para que oyendo la confesion general de la moribunda, le diera la bendicion apostólica; siéndole administrados los Sacramentos en el trance que se presentaba tan próximo. El 3 de Enero de 1791, al declinar el astro del dia, sucumbió Lorenza, auxiliada en su postrer hora por el sacerdote que hacía allí las ve-

ces de un padre, pues que el natural no podía traspasar la barrera de la incomunicacion absoluta, y de un amigo de los que no ahuyentan ni la desgracia ni la muerte.

• XXII.

José Bálsamo siguió el consejo del conde Bernardini, y firmó la súplica en retractacion de todos sus errores; recomendándose á la clemencia del tribunal; impetrando la reconciliacion con la iglesia; pidiendo los auxilios de una direccion ilustrada y salvadora, y abominando sus principios, conducta y ejemplos perniciosos. No es propio de nuestra mision histórica, ni conduciría á objeto alguno de provecho, escudriñar si con este paso trató de salvar su vida José ó si la gracia tocó al fin, como la vara mosaica la dura roca de su corazon para hacer brotar los raudales del arrepentimiento. Casi todos los biógrafos de esta criatura singular, llegados á este punto de su turbulenta vida, se permiten invadir el foro íntimo de su conciencia, interpretando los ignorados sentimientos del prisionero de Sant'Ángelo, segun el criterio particular de cada uno; yá asentando como positivo que sus protestas de contricion fueron una farsa más, con el propósito de obtener indulto de la última pena; yá decidiendo la ingenuidad de su conversion, cual si ella fuese un

señalado triunfo de la doctrina católica. Reconozcamos la fatuidad de esos historiadores, que repugnan detenerse ante las vallas naturales del pensamiento, y mientras se entretienen á su sabor en figurar y persuadir lo que no puede constarles, contentémonos con reflexionar, á favor del mísero cautivo, y en indicacion benévola hacia la abjuracion de sus yerros, en lo que estrechan las distancias entre el hombre y la realidad de sus destinos las situaciones extremas y solemnes, y pocas habrá que lo sean tanto como la de Cagliostro, que si por medio de la reconciliacion con la iglesia lograba sustraerse al afrentoso patíbulo, tenia en perspectiva dos sepulcros, uno en la lúgubre fortaleza á la márgen del Tiber y otro en el campo santo.

La causa estuvo dispuesta á la vista en plena consulta del tribunal de la fé en el mes de Marzo de 1791, y el 21 del propio mes se abrieron los debates; asistiendo al acto un considerable número de personas distinguidas, teólogos, canonistas, jurisconsultos, y oficiales superiores de la curia romana, público bien diferente á la consideracion perspicaz del reo de aquella multitud ajitada y palpitante de París, que convirtió la alta Cámara de justicia en una sala de espectáculos, donde pudieron lucir la imponente dignidad de Monseñor, el gran limosnero de la corona, la cínica osadía de la supuesta condesa de la Mothe y la majestad de Júpiter Státor, con que el Gran Cofto de la masonería ejípcia autorizó

su papel de hombre extraordinario y excepcional.

R. Simmes, el biógrafo de Cagliostro en el folletín del *Morning-Cronicle*, inserta una correspondencia de Roma en la *Gaceta de Leipzig*, y sin perjuicio de reproducirla para debido conocimiento de nuestros lectores, haremos preceder á su texto la oportuna advertencia de que se trata de una Revista de polémica protestante, interesada vivamente en el descrédito de todas las instituciones católicas y en la causa de los rebeldes á la sumisión de la iglesia.

«Han empezado (dice la citada correspondencia) las formas hipócritas de juicio, con que la «Inquisición encumbra sus tropelías contra los «hombres de inteligencia y valor, que arrostran «las iras del fanatismo ó sacuden el yugo intolerable de la superstición, idolátra. El conde de «Cagliostro, insigne naturalista, distinguido «médico, y viajero estudioso en varias rejiones «del mundo, preso en Roma y encerrado en la «Bastilla de los Papas (*Sant' Angelo*) en Diciembre de 1789, acusado de franc-mason, y perseguido por los odios de la siniestra teocracia «aquí dominante, compareció el 21 de Marzo ante el llamado tribunal de la Fé en pleno, después de más de un año de acumular contra él á «mansalva declaraciones anónimas y testimonios rebuscados en todas partes, donde habia «enemigos del conde ó auxiliares complacientes «de las miras teocráticas. No creais que estos de-

«bates son públicos, ni que el procesado goce en
«ellos de las garantías que ofrece la opinion ge-
«neral contra el cohecho y el soborno de los ins-
«trumentos de una opresion, disfrazada de justi-
«cia. Asistirán por cédulas de privilegio los pre-
«lados y consultores de las órdenes monásticas,
«los curiales mantenidos por las dispensas, in-
«dulgencias y postulaciones del gremio fiel, las
«hechuras del poder pontifical, algunos de los
«nobles que sirven de gonfaloneros á la alta cle-
«recía, y damas deseosas de ver y execrar al he-
«reje, amenazado del fuego en esta vida y la
«otra. Se cuenta con una retractacion del mise-
«ro conde, arrancada en el fondo de las prisiones
«de Estado y por médios nada difíciles de conje-
«turar, conociendo la índole de esta gente, y la
«mordaza ahogaría pronto la palabra primera
«con que el reo se atreviese á protestar de una
«retractacion, que aparenta una victoria de la fé
«romana y constituye una esperanza única de
«gracia para el reo, convicto y confeso.»

Brigth en su *Ensayo histórico sobre sociedades secretas*, tratando del juicio de Cagliostro por la inquisicion, escribe con una lealtad propia de su talento, las siguientes y elevadas frases:—«Sería indigno aplicar mi criterio protes-
«tante á los jueces católicos de Bálsamo, supo-
«niéndoles interés en la condenacion, distinto
«del interés religioso. Cagliostro conspiraba con-
«tra el catolicismo en la sombra, y el catolicis-
«mo se defendió con la ley notoria de su foro con-

«tra sus adversarios. Si no se prueba que con
«Bálsamo se hizo lo que no se hubiese hecho con
«otro gefe de secta, ni en los jueces habrá esceso
«de jurisdicción, ni en el condenado queja justa
«de violencia ó de arbitrariedad.»

XXIII.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que el Santo Oficio romano en su sentencia no podia relajar la ley que condenaba á la última pena á los franc-muradores en los Estados pontificales, segun las constituciones canónicas y conforme á las leyes políticas; pero esta sentencia debia elevarse en consulta al Sumo Pontífice, y ocupaba á la sazón la silla de San Pedro la Santidad de Pío VI, de esclarecida memoria, padre misericordioso de desvalidos y extraviados y representacion del Pastor bueno, pronto á dar la vida por sus ovejas. El siete de Abril de 1791 fué á la Cámara pontificia el fallo de la inquisicion, y el quince aparece firmada la resolucion suprema de Su Beatitud, cuyo texto íntegro importa conocer para apreciar con entero conocimiento de causa los hechos de esta peregrina historia.

«Vista por Nos (escribe el venerable Pío VI)
»la causa seguida por el Santo Tribunal de la Fé
«contra José Bálsamo y Braconieri, natural de

CONDE DE CAGLIOSTRO. 291

«Palermo en Sicilia, reo confeso y respectiva-
 «mente convicto de varios delitos, incurso en
 «las censuras y penas, publicadas todas contra
 «los herejes formales, dogmatizantes, heresiar-
 «cas, maestros y secuaces de la magia supersti-
 «ciosa, como tambien en los anatemas y castigos,
 «establecidos en las sagradas constituciones
 «Apostólicas de Clemente XII y de Benedicto
 «XIV, ilustres predecesores nuestros, contra
 «aquellos que en cualquier modo y forma favo-
 «rezcan y osten promover la sociedad y conventi-
 «culos de los franc-masones, cuanto en el edicto
 «de la secretaría de Estado contra aquellos que
 «de cualquier secta dellos se hallaren trabajando
 «en su mala obra en lugar y dominio de la Roma-
 «na iglesia—usando, Nos de especial gracia, y
 «queriendo más que la muerte del público peca-
 «dor que se arrepienta y viva, venimos en rele-
 «varle de la pena de relajacion al brazo secu-
 «lar, y en conmutarla en cárcel perpétua en for-
 «taleza segura, donde esté estrechamente custo-
 «diado, sin opcion futura á gracia de su condena;
 «y habiendo hecho el sentenciado la abjuracion,
 «como hereje formal, en el lugar de su arresto,
 «se le otorga absolucion de las canónicas censu-
 «ras, imponiéndosele las penitencias saludables
 «que sus directores determinen.»

Interrumpimos aquí la resolución del bonda-
 doso Pio VI para que preceda á la continuacion
 del fallo una advertencia preliminar que justifi-
 que las disposiciones pontificias. Roma se defen-

día contra las agresiones tenebrosas de multiplicados enemigos, acojidos al amparo de las sociedades secretas, y convirtiendo los estatutos orijinariamente fraternales de grémios antiguos y poderosos (cual pretenden muchos escritores inculcar) en armas contra el Sumo Sacerdocio católico y los poderes temporales. Roma no podía conocer á enemigos que tramaban en oscuros centros conspiraciones contra su autoridad y acción, y solo por descubrimientos, como el de la masonería egipcia de Cagliostro, penetraba en el secreto de sus adversarios, y le era dable incluir en sus anatemas y reprobaciones las distintas especies de la familia, conjurada en daño de su doctrina y de su influencia.

«El libro que tiene por título *Masonería egipciana* (añade el paternal Pio VI) queda solemnemente condenado como conteniendo ritos, proposiciones, doctrina y sistema, que allanan el camino á la sedición, en tendencia destructora de la religion cristiana, supersticioso, blasfemo, impío y herético. El dicho libro sea quemado públicamente por el ministro ejecutor de justicia, juntamente con los instrumentos y atavíos pertenecientes á dicha secta. Confírmese con nueva Constitucion Apostólica el contenido de las Constituciones de los Sumos Pontífices, insignes predecesores nuestros; renovando asimismo el expresado edicto de la secretaría de Estado que veda y castiga en los dominios y feúdos de la Santa Sede la sociedad y con-

«ventículos de los franc-masones, haciéndose particular mencion de la secta ejípcia y de la otra, «que se nombra de los Iluminados; estableciéndose contra todas ellas las penas corporales en «su escala de culpables y cómplices de tales herejías, incluyendo en ellas las que merecieren «los que se adscriban, afilien, ó de cualquiera «otra suerte favorezcan la causa y el dañoso interés, de las reprobadas asociaciones y juntas.»

Así terminó la carrera del hombre á quien los abogados de Juana de Valois, condesa de la Mothe, comparaban con el profeta nigromante *Giuseppe Borri* en su contestacion á la Memoria justificativa en el proceso de París; pareciendo vaticinarle la igualdad de su futuro destino con el de aquel célebre impostor, tambien preso y condenado por la inquisicion romana en el siglo XVII, retractándose de sus errores y siéndole conmutada la pena de la vida en prision perpétua, que más tarde se convirtió en destierro por la piedad del Romano Pontífice. Bright en su citado *Ensayo* histórico, hablando de nuestro héroe dice lo que sigue:—«Visitando la fortaleza de Sant-«Ángelo con el permiso competente, pregunté por «la estancia de Cagliostro en aquel macizo y siniestro edificio, y el gobernador se limitó á «contestar que tal preso no era de su época, y que «no podia enseñar los libros de registro sin la órden de Monseñor el Cardenal secretario de Estado.»

XXIV.

Apesar de que la resolución suprema de la Apostólica Sede en el fallo de la inquisición contra José Bálsamo contenía la cláusula de que no tuviese opción el reo á más gracia que la conmutación de la pena capital en cárcel perpétua en fortaleza segura, la série de ejemplos de lenidad de los Romanos Pontífices con los condenados á reclusión perenne nos autoriza á creer que, como sucedió con *Giuseppe Borri*, al cabo de algunos años de encierro y de pruebas de resignación, Cagliostro habria sido relevado de su dura condena; trocándose el castigo en extrañamiento de los dominios de la iglesia ó bien confinándole bajo la vigilancia de la autoridad á un punto cualquiera del patrimonio de San Pedro. Estas gracias solemnizaban las alegrías ó las prosperidades de la iglesia católica, y á las canonizaciones, á las elevaciones al pontificado, á las embajadas de reinos y provincias que rendían obediencia al Vicario de Cristo, y á las victorias de la cruz contra sus enemigos en Polonia y en África, se otorgaban á propuesta de la secretaría de Estado, conociéndose con el nombre de *solturas de Barrabás*, en memoria del facineroso, preferido á Jesús por la saña rabiosa del pueblo deicida.

La revolucion francesa vino á impedir con sus estragos y sus consternadores impulsos toda ocasion propicia de favor hácia el cautivo de Sant'Ángelo, que en la causa del Santo Oficio habia consignado en confesiones y por documentos su solidaridad en las tareas preparatorias de aquella subversion de los destinos de Francia y más tarde del continente europeo. Cuando Europa se estremecia al soplo del huracan revolucionario, y las potestades sentian bajo sus piés el trabajo de zapa de misteriosos y tenaces minadores, mal podia abrir el gefe del catolicismo las ferradas puertas de su prision al hombre, que habia revelado el acta de Francfort sobre el Mein, en que su nombre y su sello constaban entre los sellos y nombres de los doce Maestres Templarios, conjurados contra el sacerdocio y el imperio en liga formidable de sus diferentes ritos; mal se concebía el perdon del profeta cofto, que aceptara en las tres iniciales siniestras L. P. D. el compromiso de incendiar los ánimos en los estados, sometidos al régimen de las históricas lises, • preparando su desastrosa ruina; mal procedia la conmisericordia con un activo agente de la propaganda anti-católica y anti-social, que en su *Carta al pueblo francés* anunciaba los primeros ímpetus del preparado transtorno, y en su representacion á los Estados generales saludaba con alborozo la aurora del dia tremendo para la monarquía francesa.

La prision perpétua, y más aun en su forma

de aislamiento absoluto, es sin duda una pena horribilé, y nos atreveremos á decir que impía, porque no es tipo de justicia humana el que no busca paridad en lo posible con la norma de la justicia divina, cual le es dable comprenderla á la inteligencia del legislador y se aviene á las condiciones prácticas de los pueblos. La perpetuidad es la tiranía en todo fallo penal, porque si Dios dispone del tiempo y de la eternidad para espacios de su justicia, el hombre, que solo cuenta con el tiempo, no debe cerrarlo á perpetuidad, á falta de las indemnizaciones que se reserva el poder sumo. La justicia divina, segun el criterio cristiano, abre horizontes á la esperanza hasta á las contriciones imperfectas ó temor servil del castigo, y la justicia humana se extravía del tipo eterno de su accion cuando niega espacio al estímulo de la reforma, al provecho de la enmienda y al consuelo de un punto, en que la deuda de un crimen se encuentre con la condonacion misericordiosa del poder social.

En Roma se templaba el rigor de las prisiones perpétuas infinitamente más que en todos los estados europeos, cediendo al espíritu de caridad y mansedumbre del gobierno eclesiástico, y allí no se conocian esas abrogaciones despóticas del secuestro por razones de Estado, que en Francia dieran oríjen á la historia dolorida de *máscara de hierro*, que en España confinarán al Peñon de la Gomera al titulado príncipe de Módena y luego de Galles, y en Prusia nos revelan las aven-

turas lastimosas de Federico de Trenk. Roma condenaba después del juicio, marcado en sus Constituciones y bandos; y segura de su derecho y aplicada la ley á la culpa, era casi una práctica disminuir la intensidad de las penas, y conmutarlas gradualmente en otras inferiores, á proporcion que lo permitian las circunstancias del reo, ó las ocasiones clásicas de la clemencia pontificia.

Condenado Cagliostro en 1791 á reclusion perpétua, á los cuarenta y ocho años de edad, y suponiendo verdadera é íntima su reconciliacion con la iglesia católica, á la vez que prestándole para nuestro cálculo las dosis de conformidad y perseverancia que servian de naturales precedentes al indulto de Su Santidad, no era menos de diez años ó doce el término de observacion de los penados de su especie, como lo persuaden los casos de estas *solturas de Barrabás*, de que tenemos noticia, y en ese tiempo se desarrolló la revolucion francesa, dando á Bálsamo el trágico destino de Sanson, sepulto entre los escombros de la obra que sus fuerzas quebrantarón, descujándola de sus fuertes cimientos. En la fecha de la muerte de este singular personaje vacilan sus biógrafos entre los años de 1795 y 1796; procediendo esta discrepancia de que para evitar las maliciosas apoteosis de los enemigos de la iglesia por plumas interesadas en el descrédito de Roma, se niegan datos oficiales, con muy escasas escepciones, á la curiosidad de los extranjeros, y

así nos lo indica Bright en la respuesta del gobernador del castillo de Sant'Ángelo.

XXV.

Ha sido inherente á la condicion de ciertos personajes famosos su reaparicion en el mundo tras de sus catástrofes, ó noticias auténticas de su fin ó conjeturas fundadas de su muerte, y citaremos entre otros casos de esta índole al rey godo Rodrigo, con cuyo sepulcro en Lusitania se quiere probar que sobrevivió á la derrota del Guadalete, al rey Don Sebastian, que se cree ajusticiado en el pastelero de Madrigal, Gabriel de Espinosa y al Delfin de Francia, hijo de Luis XVI, cuya tranquila defuncion en Alemania han contado recientemente diarios y Revistas. José Bálsamo ha disfrutado del privilegio de reaparicion, y no hemos de concluir la peregrina historia de sus aventuras sin traer á cuento las opiniones en que se funda semejante creencia, en el orden en que fueron llegando á mi conocimiento las dispersas noticias acerca de nuestro héroe, recapituladas ya en este libro, que á falta de otro mérito no podrá serle negado el de la imparcialidad crítica.

El Diccionario histórico (edicion de Bruselas, 1836) concluye la biografía de Cagliostro con estas palabras:—«Muerto en su prision de Sant'Án-

«gelo en 1795 ó principios de 1796, sea interés
«de sus prosélitos, leyenda fantástica á que son
«tan afectos los alemanes, vanagloria de ciertos
«pueblos, ó superchería de algun osado impostor,
«se dijo que el conde habia visitado en 1798 á
«vários personajes de Berlin, Varsovia y Franc-
«fort, presidiendo lójas de su rito. No cree-
«mos razonable discutir estas versiones, ni de-
«tenernos en ampliarlas con otras noticias,
«que son corolarios de la que dejamos ex-
«puesta.»

R. Simmes en su folletín CAGLIOSTRO, inclina-
do siempre á la apoteosis de un héroe, en quien
preconiza el pensamiento masónico y realza el
espíritu hostil al Pontificado, se expresa en
cuanto á la reaparicion del Gran Cofto en esta
forma:—«A las variaciones de fechas en la
«muerte del conde, que se notan en los relatos
«de su importante vida, podemos oponer la creen-
«cia comun en Alemania de que no acabó sus dias
«en la reclusion de Sant'Ángelo; saliendo de la
«cárcel por industria de cierto médico franc-ma-
«son, que con ayuda de un narcótico figuró su
«fallecimiento, sacándole del sopor para devol-
«verle con la vida la libertad. Hay lójas germá-
«nicas, en cuyas actas de 1797 consta la visita
«del Gran Cofto, precisado á guardar un incógni-
«to severo para no comprometer á su noble bien-
«hechor. Es tradicional en Berlin, donde la ma-
«sonería es una de tantas instituciones al amparo
«de las leyes, que los antiguos amigos del conde

«fueron visitados en 1798 por este personaje
«ilustre, si bien con el encargo de reservar su
«estancia en aquella corte, para impedir que Ro-
«ma se apercibiera de la libertad de su mayor
«enemigo. A un noble polaco he oído referir con
«relacion á su padre, archivista-tesorero de la
«lójia-madre Varsoviana, que José Bálsamo se
«despidió de los afiliados tiernamente; expresan-
«do que se dirigía al Egipto, y de allí al Asia, no
«pensando regresar á Europa en mucho tiempo.»

Jeremías Bripht en su *Ensayo histórico sobre las sociedades secretas*, pensador profundo, razonador discreto y concienzudo publicista, haciéndose cargo de esta reaparicion del aventurero siciliano en várias capitales de Alemania, la explica en este período con una lucidez propia de su elevado criterio:—«Entre las sectas místicas
«que se acogieron á la comunidad masónica, los
«iluminados de Adam Weishaupt y los ejipcianos del conde de Cagliostro parecian los más
«análogos á los heresiarcas políticos de la edad
«media en sus ceremonias, supersticiones y recor-
«sursos de propaganda. Aquel gran Cofto del rito
«magnetizador y espiritista, que prometia á sus
«adeptos la regeneracion por el arte magno y su
«última consecuencia *la materia prima*, aquel
«sacerdote de Ménfis, que suponía en sí una se-
«rie de restauraciones que habian desafiado las
«injurias del tiempo, aquel hombre extraordina-
«rio, que en Francia contó las bodas de Caná co-
«mo uno de los convidados al festin nupcial he-

«breó, no podia dejarse morir como un simple
«mortal por sus discípulos, bajo el poder del Papa
«y en la mole pesada y sombría de la fortaleza á
«orillas del Tíber. Los enemigos de Jesús, despues
«de la escena del Gólgota, movieron á Pilatos á
«que hiciese guardar su sepulcro, temiendo que
«los partidarios del Nazareno robaran su cadá-
«ver, persuadiendo á la multitud su resurrec-
«cion. Los apóstoles del profeta siciliano, impo-
«sibilitados de sustraer á la fosa el cuerpo de su
«Cofto, finjieron su resurreccion como una tra-
«dicion consecuente de lójia en lójia en Alemania,
«y aquí se refieren á cartas de allá, y allá se fun-
«dan en dichos de más lejos; siendo positivo que
«ni hay, ni puede haber testimonio fehaciente
«de semejante conseja; pareciendo poco probable
«que usurpara fuero y título del difunto Bálsamo
«un audaz impostor, habiendo tantas personas en
«Berlin, Varsovia, Mittau y Francfort, que tra-
«taran íntimamente al verdadero Cofto, y no
«abundando, á Dios gracias, los parecidos sor-
«prendentes, como el de la señorita Oliva con la
«infortunada Maria Antonieta.»

EPÍLOGO.

Antes de despedirnos, caros lectores, como esos viajeros que terminan una jornada, entretenida en plática sabrosa, y se disponen á seguir distinto rumbo, saludándose cariñosamente á la separacion, permitidme dejaros un recuerdo de este viaje, emprendido en busca de las huellas de José Bálamo por el revuelto camino de sus aventuras: obsequio de algunas páginas, que contienen la historia de esta historia, y que os probará la expansiva franqueza de un narrador, que ni aun os reserva el sagrado de sus intenciones, fiando á vuestra consideracion bondadosa el secreto de este libro.

I.

Revolviendo un viejo estante lleno de volúmenes empolvados, biblioteca de un tío paterno, abandonada por la campaña del norte en que perdió la vida, y entre ordenanzas militares, tácticas de caballería, diccionarios geográficos, y otros, y otros libros, indigestos para un muchacho de nueve años, la casualidad puso á mi alcance un libro de 367 páginas en cuarto, forrado en pergamino, impreso en Barcelona, y que se titulaba—«*Compendio de la vida y hechos de Joseph Bálsamo, llamado el conde de Calliostro;*»—expresando la portada que procedían los antecedentes de tal personaje del proceso, instruido contra él por la inquisición romana en 1790, y que por ellos podía venirse en conocimiento de la índole particular de las sectas masónicas. El niño curioso leyó y volvió á leer aquel volumen, y aunque no se le alcanzara mucho del modo con que adivinaban las *pupilas*, ni entendió lo de las evocaciones, ni penetró en los motivos de reprobación de masónicos, iluminados y ejipcios, aquel hombre, que pretendía hacer oro y renovar á las gentes por medio de un elíxir, que permitía amantes á su mujer, se hacía amigo de los príncipes, sufría prisiones como un criminal, recibía adoraciones como un dios,

huía de Palermo, triunfaba en París, y moría después en un calabozo de Sant'Angelo, todo aquel embolismo de ignominias y glorias, de mendicidad y riqueza, de oscura sombra y radiosa luz, entró en la exaltada imaginación del impúbero; dejando en un rincón de su memoria aquel fantasma, circuido de embrionarias ideas de francmasonería; palomas; muertos invocados; visiones en redomas de cristal; letras misteriosas; cifras terribles; correspondencias secretas; ovaciones entusiastas; persecuciones rencorosas, y al cabo de todo esto la humillación, la condena, y el ignorado fin entre cuatro espesos muros.

II.

El niño curioso é impresionable era adolescente, ávido de saberlo todo y penetrar en el misterio de todas las cosas; hijo de su época de audaz exámen y de febril inquietud; plegándose con dificultad al orden de estudio y á la disciplina de la enseñanza universitaria; indemnizándose en privadas lecturas y en temerarias investigaciones del freno oficial y de las tendencias prácticas de una carrera, emprendida bajo su aspecto útil. Su inteligencia parecía esa fabulosa cuba de las Danaidas, nunca llena por más que en ella se vertiesen raudales de vários y múltiples conocimientos: su corazón, co-

mo esas harpas eólias de los griegos, respondía con vibraciones diversas al arrullo de la leyenda mansa, suave y melancólica; al embate de la propaganda vehemente y subversiva, ó al rudo choque de esas teorías disolventes, que sobornan por su audacia y su soberbia el móvil y aventurero ánimo de una fogosa y desmandada juventud. En sus continuas y afanosas indagaciones de todos los secretos de la naturaleza, de todos los arcaños de la historia, de todos los resortes de la sociedad, ya entre los espiritistas coetáneos, ya entre los magnetizadores más reputados, bien como agitador infatigable de la sociedad antigua, bien como último profesor de la soñada ciencia de Hérmes, el adolescente ansioso de averiguar lo pasado, lo presente y lo futuro, volvió á encontrar á José Bálsamo, conde de Cagliostro; aquí preconizado como un poderoso auxiliar del espíritu moderno; allí confundido con indignos explotadores de la credulidad fantástica en los imposibles del arbitrio humano; contado acá entre las víctimas de la teocracia y del despotismo y los mártires del pensamiento y del ímpetu rebeldes contra las tradiciones feudales; acusado allá de haber convertido en su provecho la cruzada secreta en daño de las autocracias y en beneficio de la multitud pária de la vieja Europa. Siempre aquel hombre presentaba, como Jano, sus dos caras diferentes al análisis del niño y del joven: la una, grave y taciturna, de profeta y conspirador: la

otra, burlesca y odiosa, de charlatan y trapacero. El adolescente, como el niño, no osaba amar ni aborrecer á aquella criatura, objeto de tantos afectos y de tantos ódios.

III.

El adolescente se habia convertido en mancebo laborioso y lleno de ambiciosas aspiraciones, verdaderamente incompatibles en sus intereses y resultados, como lo son todavía en España el foro y el periodismo, donde el uno impone aun la forma curial y el otro sirve de escala más que de profesion. Alternando, á costa de infinitos desvelos y constantes fatigas, las tareas del bufete y los trabajos de la redaccion, el jurisconsulto descansaba de sus sérios estudios é improbas faenas en ese registro constante de noticias, en ese cambio perenne de descubrimientos y en esa infinita variedad de detalles, que hacen tan atractivo el oficio homicida de la publicidad periódica, en que se consumen tantas inteligencias de privilegio, se gastan sin fruto fuerzas tan potentes y sucumben sin gloria y sin provecho tantos hombres, votados á la inmensa obra de la civilizacion, como los ejipcios á sacar de su cantera el monólito que representa diez generaciones de desconocidos obreros. Entonces, y en-

tre los mil particulares de interés, curiosidad y capricho, que suministran los periódicos á la voracidad inteligente ó sensitiva de la muchedumbre, y que el periodista previsor acumula, clasificándolos para no perderlos en laberinto inextricable de asuntos y materias, reapareció Cagliostro en el folletin, en las secciones várias, en las notas sueltas y en los relatos anecdóticos; pero blanco siempre de predilecciones apasionadas ó de violentas diatribas; barnizado con esmerada solicitud ó envilecido por el lodo de la infamia; argumento de obras apolojéticas ó héroe de la trápala como Anselmo Collet ó Giuseppe Borri. Alguna vez, y leídas las obras laudatorias y depresivas de José Bálsamo, una tentación súbita asaltó mi alma, y ya tuve mojada la pluma para escribir su nombre por epígrafe de un estudio histórico-crítico de su existencia, cuando me detuvo una reflexion, triste para mí, humillante para mi pátria; pero lamentablemente positiva.

—¿Qué significaba ese nombre extranjero en un país, donde la historia nacional es el saber de unos cuantos?

IV.

Esa ciencia, acojida al amparo eclesiástico,

de que tanto partido se saca en homilías, controversias y discursos académicos, es un fenómeno de doble esplicacion, la moral y la física. La moral consiste en que equilibrado el poder entre la fuerza intelectual y la fuerza bruta ¿dónde habia de ir la inteligencia sino al centro donde podia únicamente desarrollarse? La física es de una sencillez hasta brutal. ¿Dónde podian refugiarse más que á la iglesia los que necesitaran fiar en una providencia protectora para consagrarse á la vida abstracta ó á la idealidad que presta vida á las artes? Pero es el caso, lectores, que los contemporáneos de la exclaustacion de regulares y venta de sus bienes por el Estado, tendríamos cerradas las puertas de asilos de estudiosos y acogimientos de capacidades científicas y literarias si la nómina oficial no hubiera sustituido en parte á las rentas eclesiásticas, de que se sostenian esos *vagos* (escritores, maestros y artistas) como les llaman los hombres útiles (banqueros, comerciantes y traficadores.) Hé aquí un largo rodeo para declarar al fin que yo me hice fraile á la moderna; empleada en archivo público y cronista municipal; una cosa entre literato subvencionado y oficinista á regaña-d'entes; y todo para seguir esa ruta de honra que me separa del lucro positivo.

Sacrificada la literatura á la ciencia, abandonados el periodismo, la poesía, la novela y el foro escénico, por los estudios archigráficos, históricos y administrativos, que conciliaban algo la

posicion oficial con la vocacion estudiosa, y obtenidos por los láuros y aplausos de otros dias honores y premios por tareas más áridas y menos comunes, ví reaparecer á José Bálsamo, conde de Fénix y de Cagliostro, marqués de Anna y de Balsam, médico y alquimista, magnetizador y médium, presentado á la sensibilidad de las mugeres y á la estimacion de los hombres por el mistificador Dumas (padre) en sus *Memorias de un médico* y despues en *El collar de la reina*. Yo os confieso, lectores, que tuve un goce, maligno si se quiere, en la osadía del novelista francés y en el candor con que hasta personas de cierta instruccion y de ciertas pretensiones tomaron por realidades las mil fábulas, con que el autor de moda entretejía sus argumentos con episodios figurados del aventurero de Sicilia, poniéndose en ridículo con una cómica gravedad estas personas al hablar de Althótas, en París, Lorenza inmolada por Althótas, de una entrevista de Bálsamo con María Antonieta en Taverney, de libre entrada del conde en Trianon y otras lindezas por el estilo, creidas como relatos históricos, y contadas en honra y prez del condenado por el Santo Oficio en 1790, convertido ahora en héroe para la multitud, seducida por el hombre de más génio y de menos conciencia que ha producido el siglo XIX. Entonces adquirí el Ensayo histórico de Jeremías Brighth sobre las sociedades secretas, concibiendo en la serenidad y madurez de su crítica el modo de

tratar de personajes como José Balsamo, sin hacer de ellos seres sobrenaturales, ni tipos abyectos; pero me detuvo en la idea de poner en claro la verdad acerca de Cagliostro, el recelo de que se me supusiera interés en descubrir que Alejandro Dumas habia engañado, como siempre, á sus lectores, y por segunda vez abandoné el propósito de este libro.

V.

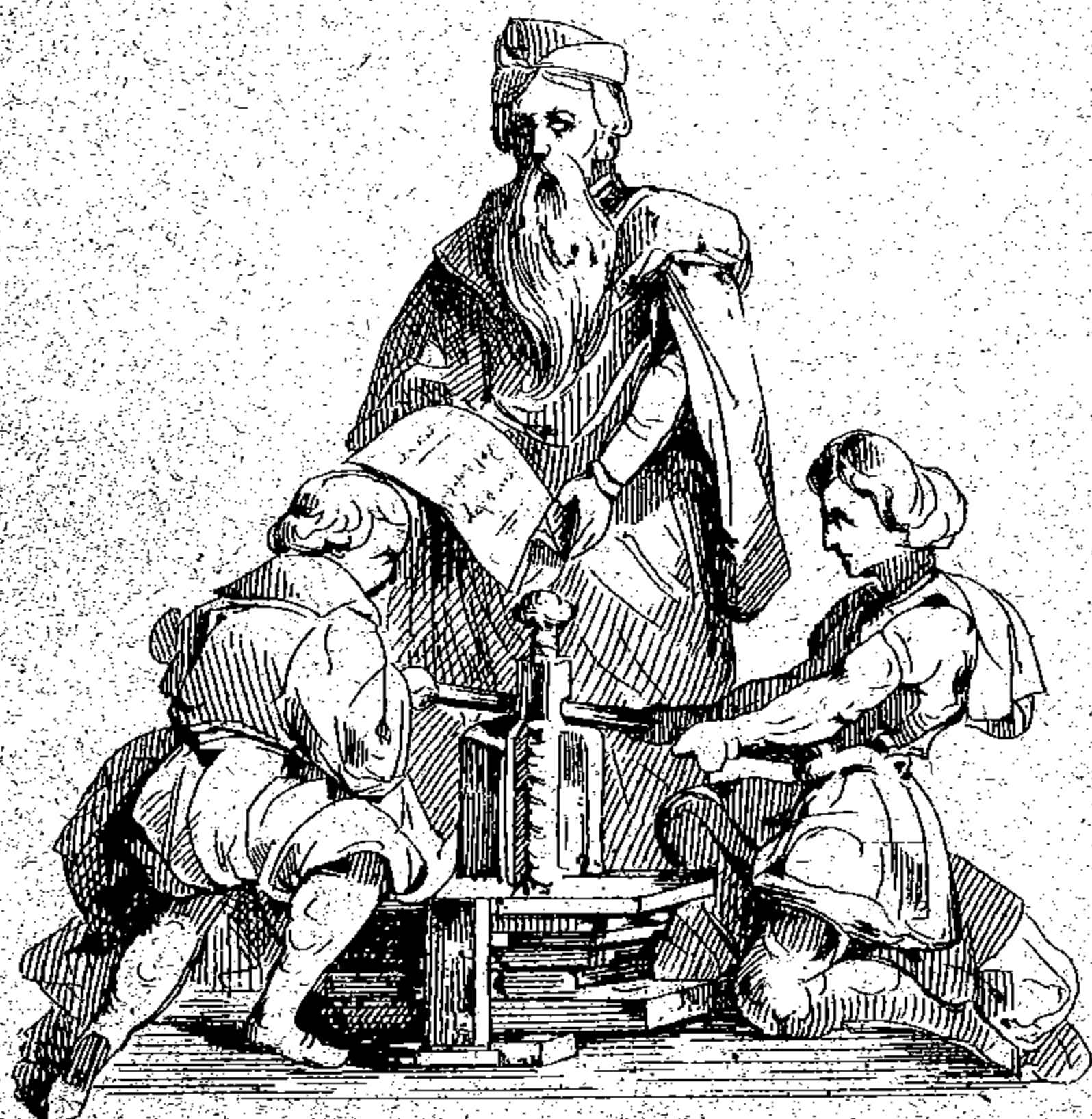
Una revolucion imponente en su origen, resuelta como el peor de nuestros anteriores y estériles pronunciamientos, arrastrándome en su torbellino mal de mi grado me ha devuelto á la atmósfera candente de la política, á la lucha sin reposo del periodismo, á la publicidad instructiva de las Bibliotecas populares, y á las faenas sin intervalo de la emulacion con otras plumas, que se disputan el imperio de la actualidad en la mision de enseñar con deleite, como exige Horacio. Comprometido con el editor de esta Biblioteca á darle un volumen, y dejado á mi eleccion el asunto, la historia de José Balsamo vé al fin la pública luz, y yo os declaro que no sin emocion voy á terminar estas páginas en que se reúnen mis impresiones de la niñez, mis sentimientos juveniles, mis estudios ya organizados, mis

deseos diferidos por diferentes consideraciones, y la realizacion de estos deseos, que ojalá satisfagan los vuestros, como he procurado conseguirlo con todas las veras de una intencion inmejorable.

FIN.

CONDICIONES
de la publicacion para América.

Un año franco de porte, 160 rs.



Se halla abierta la suscripcion en casa de su editor plaza de Sto. Tomás núm. 13, y en las principales librerías de la nacion. La Empresa de esta BIBLIOTECA agradecida á sus muchos favorecedores, en todo el tercer año de publicacion, dará gratis á sus suscritores un periódico de modas.

